

PREMIO LITERARIO INTERNACIONAL PREMI LITERARI INTERNACIONAL INTERNATIONAL LITERARY PRIZE



2012

os encantats i princeses bellíssimes preses en torres
legendes de guerres que s'enfronten a dracs que
rapids com la tramuntana i espases que ho poden
es històries absurdes que distreuen la canalla abans
reiu, també hi ha qui les considera una perduda de
quest serà un relat seriós i formal, dones està ben
torra absurda per llegir després de fer el got de llet i
votres;

llunya, hi havia un regne enfrontat amb el seu veí
negu ni el recordava pas, ja que feia ben bé vint anys
es sortien de palau amb cent soldats, i es trobaven
Els soldats, com a treballadors normals i puntuals,
campaña que marcava l'hora de dinar, els soldats
follana, menjant entrepanes de can-amida i formatge,
i jugant a cartes. Mentrestant, els reis decidien
atalia a pedra, paper, tisores, ja que de cap altra
ença que els soldats s'havien unit en un sindicat per
brr en Combat Exceptional dels Caros Accidentalts.
els reis i els soldats se'n tornaven a casa, cadascu
sans i feliç, amb la meitat del botí, ja que els reis
osaven el botí. Les dues arribaven exhercits i amb el

els dos reis es van anar de pagar i van somriure
i van enjugar un pla per posar fi a la guerra sense
brrar res de res. Van decidir anar a un summit amb el
le país, resoldre el dilema de la successió reial. Així
k hen amovolsians i guanyats es van presentar a la
ment que el rei era una bona multitud
i mar Yasuvius, a una boda reial
hi havia, a primera fila, l'ambaador
dur per criticar-la.

portava la Princesa. En arribar,
ella es va aixecar i retrair cinc mil
la, se'ns obria i no perquè ningú podia
deixar-la, meravellosa, però so caracter no las acompañaba. Las dos eran agonias
perrones y muy mal habladas. Toda ella estaban peleándose por cualquier
cosa y discutiendo a gritos sin parar. Su madre y su papá podían más y un día, desesperada, y
en a contar una broma que era famosa por sus encantamientos. La broma, que, com
sola broma que se precava se llamado Marija, tenía un gran poder y podía convertirse
que maravilloso en lo más horrible. Así que la madre le contó lo que ocurría en
sus días y decidieron que lo mejor sería darle una lección. La broma se sentó delan
de una marmita, pesándole, donde hervía un mupane vegetal y - dijo unas extra
palabras. Entonces de la marmita salieron unas borbotones enroscados y dentro de ellas
fue la figura de los dos niñas. Terminado este ritual, la broma le dijo a su madre que
fue a casa que todo estaba en marcha.

and. "Go straight
the head, lay the
can so refreshing
punch about, they
and how than the

3. "Comer?
Santas?"
"I guess I have some
left. When Lydia came back, she had six elf suits in
her bag. They were way too big for me," she said. I smiled gratefu
ly.
"You want to make?" Santa said. Lydia blushed.
"I don't know. It was a pleasure meeting you!" she waved, and
I sat on the chair closest to Santa.
"Do you want breakfast?" asked Mrs. Claus. I nodded and wa
ted.
The time I was going to leave.
As the reindeer went by. By then, I had settled into a daily routi
ne. I had milk breakfast with Santa and Mrs. Claus, and th
at was with Lydia. We spent about two hours preparing f
or our hand work, we would have lunch, which consisted o
f hot chocolate. After lunch, we would play in the sno
w.
At four sharp, I would head to the reindeer bar
n. I was liking for Comer, but the other reindeer were ju
st out for some free time, we would go sledding or ice skating
with the other elves. The dinners constantly changed, so I reall
y enjoyed dinner. Because I was busy and having so much fun,
I never saw the others. One day at breakfast, I asked Santa wh
ere she was going to leave.

ST. PAUL'S

CUENTOS CONTES SHORT STORIES



back, she had six elf suits in her
e," she said. I smiled gratefully.
Lydia blushed.
meeting you!" she waved, and
nta.
Mrs. Claus. I nodded and went
ad settled into a daily routine.
nta and Mrs. Claus, and then
out two hours preparing for
e lunch, which consisted of
we would play in the snow
d head to the reindeer barn
the other reindeer were just
go sledding or ice skating. I
stantly changed, so I really
y and having so much fun, I
breakfast, I asked Santa why
me you were having at that
ed to be cared for."

head. Santa laughed. "Of
Lydia stepped in. We

Patrocinadores / Patrocinadors / Sponsors

El Corte Inglés

Colaboradores / Col·laboradors / With the support of

ASSOCIACIÓ DE CONSELLS AUTONOMS D'EDUCACIÓ DE BARCELONA

BRITISH COUNCIL

BOOKBOX INTERNATIONAL

PREMIO LITERARIO INTERNACIONAL

PREMI LITERARI INTERNACIONAL

INTERNATIONAL LITERARY PRIZE

PREMIO LITERARIO INTERNACIONAL
PREMI LITERARI INTERNACIONAL
INTERNATIONAL LITERARY PRIZE



© 2012, St. Paul's School
Avda Pearson, 39-45 08034 Barcelona
Tel. 34 93 203 05 00
e-mail:secretaria@stpauls.es
www.stpauls.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, o fotocopia u otros medios, sin el permiso previo de los titulares de los derechos.

Convoca: St. Paul's School
Diseño y maquetación: Eva Morell
Impreso en Agpograf, Barcelona

Premio Literario Internacional 2012
15ª Edición de cuentos

Premi Literari Internacional
15ª Edició de contes

International Literary Prize
15th competition for short stories

FELICIDADES | FELICITATS | CONGRATULATIONS

Descubriendo el talento

Uno de los retos de la educación actual es centrarnos en la persona y en sus necesidades individuales. No basta ya con un objetivo general, igual para todos, ni es suficiente con una única manera de ver y de hacer las cosas. La educación actual, si quiere crear oportunidades para el futuro, tiene que unir la creatividad con el talento, la puesta en práctica de las ideas con el desarrollo de los procesos e incentivar tanto las habilidades interpersonales como las técnicas.

Desde St. Paul's School hemos trabajado durante mucho tiempo con el objetivo de dar una oportunidad a aquellos jóvenes que han dedicado su esfuerzo a desarrollar ideas e historias, que, como en cada edición, nos sorprenden y merecen toda nuestra atención.

En su décimo quinto aniversario de vida, reivindicamos este Premio Literario Internacional St. Paul's como un espacio que nos permite identificar, reconocer y potenciar el talento de los más de quinientos participantes. Todos, finalistas y ganadores de las diferentes categorías, han demostrado tenerlo.

Patricia Carranza
Directora St Paul's School

Ginebra, 9 de marzo de 2012

Queridos amigos del Premio Literario Internacional St. Paul's:

Me han solicitado que escriba el prólogo de este libro que se publica con motivo de la decimoquinta edición de dicho premio. Me hace mucha ilusión ver la gran participación que ha tenido y cuántos de vosotros soñáis con convertirnos en escritores, por lo que me gustaría compartir con vosotros algunos consejos.

En primer lugar, creo que todo el mundo tiene una buena historia que contar, y que forma parte de la naturaleza humana el compartir un poco de la experiencia personal con los demás. Quizás os preguntéis cómo publicar estas experiencias, cómo encontrar una editorial dispuesta a hacerlo.

En realidad, hoy en día existen muchas plataformas para eso (como Internet o cualquiera de los muchos periódicos en circulación, por ejemplo) y siempre habrá alguien interesado en lo que escribís. De todas maneras, aunque no existiese tal persona, el placer de escribir ya merece la pena.

A medida que la pluma va trazando palabras en el papel, vuestras angustias desaparecen, y vuestras alegrías permanecen. Hace falta tener valentía para mirar en lo profundo de uno mismo, y traer lo que se ha visto hasta el mundo exterior, y hay que tener aún más valentía para asumir que, un día, lo que escribisteis podrá (y deberá) ser leído por alguien.

¿Y si se tratara de algo muy íntimo?

No os preocupéis. Hace miles de años, Salomón escribió las siguientes palabras: “Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol” (Eclesiastés 1:9).

Es decir: si hace miles de años no existía nada nuevo, ¡imaginaos ahora! Nuestros sentimientos de alegría y angustia continúan siendo los mismos, y no hay por qué esconderlos. Y aunque no haya nada nuevo bajo el sol, permanece aún la necesidad de traducirnos todo eso a nosotros mismos, y a los de nuestra generación.

Jorge Luis Borges dijo en cierta ocasión que en realidad sólo hay cuatro historias que puedan contarse:

- Ⓐ una historia de amor entre dos personas,
- Ⓑ una historia de amor entre tres personas,
- Ⓒ la lucha por el poder,
- Ⓓ un viaje.

De todas maneras, a lo largo de los siglos, los hombres y las mujeres continúan recontando esas historias, y ha llegado el momento de que vosotros hagáis lo mismo. A través del arte de la escritura, entraréis en contacto con vuestro universo desconocido, y acabaréis sintiéndos un ser humano mucho más capaz de lo que creáis.

La misma palabra puede leerse de maneras muy diferentes. Escribid “amor” mil veces, por ejemplo, y en cada ocasión el sentimiento será distinto.

Una vez que las letras, las palabras y las frases están dibujadas en el papel, la tensión necesaria para que eso ocurriera ya no tiene razón de ser.

Por consiguiente, la mano que las escribió reposa, y sonrío el corazón del que se atrevió a compartir sus sentimientos.

Si alguien pasa junto a un escritor que acabó de terminar un texto, pensará que tiene una mirada vacía, y que parece distraído.

Pero él —y solamente él— sabe que arriesgó mucho, que consiguió desarrollar su instinto, que mantuvo la elegancia y la concentración durante todo el proceso, y que ahora podrá darse el lujo de sentir la presencia del universo, y comprenderá por fin que su acción fue justa y merecida. Los amigos más cercanos saben que su pensamiento cambió de dimensión, pues ahora está en contacto con todo el universo: continúa trabajando, aprendiendo todo lo que ese texto trajo de bueno, corrigiendo los eventuales errores, aceptando sus virtudes.

Escribir es un acto de valentía. Pero merece la pena arriesgar.

Con cariño,

Paulo Coelho
Río de Janeiro 1947
Escritor

2012



GANADORES 15ª EDICIÓN

Selección	Categoría	Autor/a	Pag
Castellano			
Vidas anónimas	Primera Categoría	Clara Rivadulla Duró	13
A la mar fui por naranjas	Segunda Categoría	María Gisela Salafranca Mendoza	25
Cambio de padres	Tercera Categoría	Enric Mir González	43
Català			
Els meus estats d'ànim	Primera Categoría	Andrea Lafuente Faucón	63
Setanta anys de diferència	Segona Categoría	Iñaki Gonzalez Ballell	71
Fusta de cirerer	Tercera Categoría	Irene Martí Gil	89
English			
The Lost Sisterhood	First Category	Anna Lithgow	101
Mirror, Mirror On The Wall...	Second Category	Lara May Shavren	107
The Kill	Third Category	Samantha Kathryn Rawle	122

SELECCIÓN EN LENGUA CASTELLANA

El Premio Literario Internacional St. Paul's se concederá en tres categorías, para cada una de las lenguas.

1a Categoría: Nacidos entre el 01/01/00 y el 31/12/01

2a Categoría: Nacidos entre el 01/01/97 y el 31/12/99

3a Categoría: Nacidos entre el 01/01/94 y el 31/12/96

Género literario para todas las categorías: cuento. Tema libre.

Ese día opinaba que nada podía ir peor, todo le salía mal. La taza de café que tenía en el escritorio se cayó, así manchando el suelo de parqué y empezando a crear, a los pocos segundos, un bulto parecido a un pequeño tumor estampado. También pudo apreciar, mientras escribía otro de sus aburridos días en su diario, cómo su nueva pluma empezaba a desprender tinta de color negro, quedando seca en esa misma hoja. En fin, nada le podía ir peor. ¿O sí?

Esa tarde, en clase de historia, mientras el profesor explicaba una lección sobre Colón, ella no le prestaba la más mínima atención. Simplemente estaba pensando en qué haría al llegar a casa al acabar la clase. El profesor, Germán, empezó a darse cuenta de que hacía más caso a una mosca que a él. Y le llamó la atención:

Señorita Clea, ¿me podría decir usted en qué año y en qué día llegó Cristóbal Colón a América?

No contestó, no se sabía la respuesta. “¿En qué año y en qué día podría haber descubierto América Colón?”-se preguntó Clea. Germán le preguntó a otra de las personas ocupantes de la pequeña habitación con poca luz y plantas pocas sin ganas apenas de resucitar, ni mucho menos. Esta respondió a la pregunta del profesor decidida y correcta.

Justo cuando salieron de clase el profesor cogió a Clea por sorpresa y le dio la mala noticia de haber sido castigada el lunes, puesto que era viernes.

Al acabar de escuchar esa frase monótona y aburrida saliendo de una persona monótona y aburrida, Clea se fue rápidamente de clase y pudo llegar a casa sana y salva.

Se desplazó directamente hacia la cocina, concretamente a la estantería de los vasos. Cogió uno de ellos, el más limpio, abrió el grifo y llenó el vaso con agua a temperatura ambiente. Unos pocos pasos después encendió el televisor, se quitó los zapatos (botines) y se tiró con desgana al sofá. Cogió el mando y empezó a hacer zapping. No había nada interesante, a no ser que llaméis interesante a series de adolescentes preocupadas porque no les queda esmalte de uñas.

Al día siguiente se levantó, no con muchas ganas pero se levantó. Era sábado así que no tenía que volver a las clases aburridas de Germán. Se fue a lavar los dientes y la cara y un poco más tarde se metió en la ducha. Movié levemente su mano y abrió el mecanismo viejo y oxidado del agua. Comenzó a gotear, cada vez más, hasta que finalmente se podía considerar que se estaba duchando. Cogió el bote de champú de marca barata, lo estrujó hasta que salió una masa pastosa y se lo extendió por el pelo. Cuando este había hecho efecto lo aclaró con agua caliente. Bueno, no estaba demasiado caliente puesto que la caldera no funcionaba correctamente. Luego volvió a alargar el brazo, lleno de pequeños pelitos marrones. Para coger un tubito no demasiado grueso ni demasiado alto que contenía gel.

Al acabar de ducharse se envolvió en una toalla verde, ya tan gastada que parecía que tuviese un erizo enrollándola. Eligió la ropa que se pondría ese día; pantalones de pana, camisa de flores, chaqueta roja, calcetines rotos y botines desgastados. Nada del otro mundo.

Estuvo pensando en cómo arreglar las cosas que le habían salido tan mal. Llegó a la conclusión de que debería airearse un tiempo y pensar detalladamente en ello. Se fue a poner la chaqueta, abrió la puerta, cogió el ascensor y salió a la calle.

Justo al salir se encontró a su abuela. Esperad, ¿era realmente su abuela? Parecía una bola de papel arrugado. Un papel estrujado por una persona cruel y sin piedad que debía estar muy furiosa para haberlo dejado en ese estado tan impresentable. Sí, lo era. Clea pensaba que no era un buen momento para que su abuela se pusiera a hablar del día en el que se sintió mujer realmente, cuando se casó. Por suerte esta vez Araceli no quería ponerse a hablar de su maravilloso día, sino que simplemente le dijo:

Hola, querida nietecita, ¿qué tal te va por ahí?

Clea le contestó diciéndole que todo bien y se inventó la excusa de que tenía que ir a estudiar a la biblioteca para que Araceli la dejase ir como a un pájaro adulto. Así fue. Esta continuó su pequeño paseo.

Clea se fue fijando en las personas de la calle, hasta que vio a una especialmente peculiar y empezó a imaginarse cómo debía ser su vida en realidad;

“Este se llama Enrique, tiene unos 33 años, soltero, trabaja en la empresa de chupa-chups, un cargo no muy alto. Enrique tiene un perro, se llama amorfo, por su forma irregular. Cada sábado se va a casa de su madre y le prepara la comida, pollo con patatas. No sabe preparar otra cosa. Está en la empresa de chupa-chups porque le gustan mucho y así se ahorra el comprarlos. Decía que no tenía novia porque le gustaba estar solo, pero en realidad cada noche se ponía a llorar por ello. Hace una semana Enrique por fin pudo encontrar alguien especial. Esta tiene el pelo rojo y siempre viste de azul. Cada vez que él la invita a tomar algo se le cae la bebida al suelo y han de comprar otra. Por lo tanto se está gastando más de lo que ahorra por no tener que comprarse los caramelos redondos de varios sabores de los que de debajo sale un palo blanco, hueco y simple. Pero él se siente feliz.”

A medida que Clea iba caminando se iba imaginando las vidas de otras personas. Hasta que volvió a ver, sentada en un banco, a una mujer especial:

“Esta se llama Marga, 59 años aproximadamente, separada. Trabaja en un pequeño estanco, en un pequeño rincón de una pequeña calle. Con su hijo Vicente, hombre delgado y con poco pelo. A Marga le gusta mucho ir por el río paseando con su nieta, hija de su hijo. Nunca le cayó demasiado bien su nuera, puesto que le parecía que no era demasiado culta, pero ahora ya se ha acostumbrado. Marga se pone triste muy a menudo, por eso se encierra en su cuarto y en vez de ponerse a llorar escucha música animada y baila”-se imaginó Clea cogiéndole gusto a esto de inventarse vidas de personas anónimas.

Siguió caminando por su barrio hasta llegar a otro que no conocía nada. Ese lugar era curioso, lleno de gente exótica y peculiar. Entró en un bar y pidió un café con hielo, no muy típico en ella. Pero como le apetecía el café y tenía calor decidió acercarse al empleado que había en la barra. Ella se sentó en la mesa más cercana a la ventana para seguir observando personas desconocidas. Al cabo de un rato, el camarero le trajo su café. Mientras se tomaba la bebida Clea seguía mirando a la gente de la calle. Durante un segundo se giró y vio, sentado en una mesa cercana a la suya una última persona a la que poder observar:

“Este es Miguel, 64 años, alto y canoso. Trabaja en una zapatería, solo porque le gustan los zapatos, no porque tenga ninguna necesidad. Simplemente le hace feliz poder alegrar zapatos viejos y desgastados y poderles dar más provecho. Es soltero, tuvo varios matrimonios, pero ya hace un buen tiempo que decidió que solo era más libre. Este tiene una afición extraña, cazar bichos. Una vez los tiene en la red los coge y los clava con alfileres en un material acolchado que luego coloca en unas cajas de madera y vidrio. Ahora ya tiene más de tres armarios llenos de insectarios. La única pega que tiene es que es un poco vago y no es capaz de hacerse la cena. Por esa razón está en este bar.”-se sobresaltó al darse cuenta de que la gente entraba en el bar para cenar.

Ya era muy tarde y Clea debía volver a su pequeño piso. Pagó la cuenta y se fue de ese sitio tan anticuado pero acogedor. Siguió el camino hacia su casa recordando el trayecto de antes, dado que no se conocía bien el barrio.

Llegó a casa. Se hizo la cena (tortilla a la francesa) y se fue a dormir sin apenas recordar lo ocurrido el día anterior. Todo gracias a su nuevo entretenimiento: inventar vidas anónimas.

Autora
Clara Rivadulla Duró

El pastillero de mi hermano

Parecía que aquel tórrido verano se resistía a marchar a pesar de que ya era época de substituir los tops de tirantes y pantalones cortos por la bata de colegio y la cartera. Yo tenía muchas ganas de empezar este nuevo curso, no sólo por el hecho de poder estudiar sexto en el colegio de mi mejor amiga, sino porque mi hermano mayor también iría conmigo después de tantos años de quedarse enfermo en casa. Como Toni era muy buen estudiante y yo quería causar muy buena impresión a los padres de mi amiga, le pedí a mi hermano que me acompañase a la fiesta de bienvenida que el colegio dedicaba cada año especialmente a los nuevos alumnos que se acababan de incorporar. Por suerte, Toni ya no necesitaba su motocicleta para personas con dificultad de movilidad. Aunque todavía estaba convaleciente, ahora sólo precisaba llevar con él a su inseparable pastillero cargado de todo tipo de píldoras, grageas y pastillas según la necesidad del momento.

–Vamos a pedir un poco de agua porque no puedo disolver esta pastilla efervescente ni con Fanta ni con Coca-Cola.

–No te preocupes que ahora mismo tu hermana y yo te la traemos. Tú siéntate aquí y espera que no tardaremos nada–le contestó Laura.

Toni disolvió la pastilla en el agua, todos estábamos ensimismados escuchando el sonido del borboteo cuando, de repente, un grito de sobresalto rompió el silencio. Los ojos de mi hermano se abrieron como platos:

–¡Pero si acabo de sacar de dentro la pastilla! ¿Dónde habré metido mi pastillero? Necesito tomarme la otra dosis de hidroaltisona.

–¿Has mirado dentro de los bolsillos del pantalón? Tal vez lo habrás guardado sin darte cuenta– le indiqué.

–No, no. Ni rastro en los bolsillos. Vamos a tener que regresar a casa, necesito la hidroaltisona o caeré desmayado de un momento a otro.

–No, por favor... Con lo bien que nos lo estábamos pasando. Ahora iba a presentaros a mis padres– se quejó Laura.

–Tengo una idea, les pediré a todos que nos ayuden a buscar tu pastillero. No puede haberse ido caminando solito por su cuenta.

Todos nos pusimos a buscar el pastillero de mi hermano. Miramos por todas partes: debajo de las mesas, entre las servilletas de papel, por el suelo de la sala e incluso en la barra de los aperitivos. Estábamos tan enfrascados que nos olvidamos por completo de los padres de Laura quienes habían quedado con ella en la puerta principal a las seis. Así que éstos, hartos de esperar y de que Laura no les contestase ni tan siquiera al móvil, decidieron entrar en la fiesta donde en un instante se toparon con todo mi grupito de amigas que no habían cesado de buscar, en vano, el pastillero de mi hermano.

–¡Hola papá! Disculpa se me había olvidado por completo que habíamos quedado a las seis pero es que no encontramos al pastillero del hermano de Paula.

–¡Hola señor! Estoy buscando el pastillero de mi hermano. ¿Podría Ud. ayudarnos?– le rogué desesperada.

–¿El pastillero de tu hermano? ¿He entendido bien? –nos interrogó su padre un tanto extrañado.

–Sí, papá. Es que no había tenido todavía tiempo de explicártelo. Paula tiene un hermano mayor que se llama Toni. También va a empezar este año aquí, pero él hará tercero de Secundaria.

–Así que tu hermano toma pastillas de esas...

–Sí, señor y de todo tipo. Le cuestan una fortuna pero por suerte, como mi padre se gana bastante bien la vida con sus cuentos, la asistenta social apenas nos ha tenido que ayudar a pagar todos los gastos.

–¿Y en el colegio lo saben?

–La directora dijo que no se puede excluir a nadie por sus debilidades.

–¿Eso dijo la directora?

–Oiga que a pesar de todo mi hermano es un estudiante excelente.

–Y tus padres...¿No han venido a la fiesta?

–No han podido. Es que cuando mi padre no está liado con sus historias se va a hacer bolos. Todo lo que haga falta para el bienestar de Toni. Claro que ahora ya ha bajado mucho la dosis. Bueno, ya sabe, todo el mundo puede tener sus problemas particulares.

El padre de Laura, un poco escandalizado, se dirigió rápidamente a la directora, un tanto sorprendido por lo que a él le pareció una extraña situación.

–No se preocupe, hombre, que aunque no hemos dado con el pastillero de Toni, yo tenía aquí unas dosis de repuesto– le dijo la directora al padre de Laura.

–Señora directora, me deja estupefacto. ¿Cómo puede permitir tener a un adicto en su escuela?

–Hombre, el chico a pesar de necesitar sus medicinas, es bastante aficionado a los estudios, sus calificaciones hablan solas por él, pero no creo que ello vaya a suponer ningún problema– le quiso aclarar la directora.

–¿Y está al corriente de la profesión de los padres de estos nuevos alumnos? El padre parece que vive del cuento y juega a los bolos.

–Por supuesto que vive de los cuentos, como que es un reconocido escritor. Aunque no sé si ha entendido bien... lo de los bolos. También toca muy bien el piano y, de hecho, hoy a pesar de tener unos bolos, quiero decir una actuación, nos complacerá al final de la fiesta con una audición sorpresa. Si su señora no ha podido venir antes

es porque ella es quien le pasa las páginas de las partituras.– Le respondió la directora antes de que yo exclamara:

–¡Mirad, acabo de encontrar el pastillero! Estaba en el bolsillo pequeño de mi mochila.

–Gracias, hermanita, eres un sol. Aunque por suerte en el botiquín del colegio los papás ya habían dejado 5 pastillas de hidroaltisona. Me he puesto tan nervioso que se me había olvidado por completo.

El padre de Laura cambió inmediatamente la expresión de su cara.

–¿Así que el pastillero no eres tú sino esa cajita?

–Pues claro, pero... ¿Qué estaría Ud. pensando? Ya digo yo que nada es verdad ni es mentira sino que, como dijo el príncipe Hamlet de la pluma de William Shakespeare, es nuestro pensamiento quien lo hace aparecer así.

Autora

Aina Casal Pelegrí

Eran ya las 8:30 de la tarde y Gustavo estaba mirando la tele cuando, de pronto, su padre entró y se la apagó. Luego le ‘ordenó’ que hiciera una tortilla de un huevo y con esto se marchó para leer un libro.

Gustavo tenía 8 años y era muy patoso en todo el sentido de la palabra, no era muy delgado, tenía pelo castaño y corto, ojos azules y una nariz chata.

Se levantó del sofá resignado y refunfuñando y fue hacia la cocina mirando al suelo. Cogió el taburete, lo puso delante de la nevera, la abrió y cogió los seis únicos huevos que había en esta. Al bajar del taburete, tropezó y le cayó un huevo al suelo. Enfadado fue a buscar la bayeta para limpiar toda la porquería. Al acabar, cogió los huevos y preparó un bol y un tenedor. Después, cascó el segundo huevo, pero al ver que la yema se había petado al caer de la cáscara rascándose con su uña, pensó que le saldría mal la tortilla y lo tiró.

Su padre entró a ver cómo le iba, pero al ver que solo había empezado le preguntó por qué se distraía y Gustavo le contó lo que le había pasado. Su padre le explicó que no se necesitaba una yema perfecta para hacer una tortilla y dejó a su hijo para seguir leyendo.

Al rato, Gustavo ya había cascado el tercer huevo en el bol, había puesto el fuego al número de potencia que le había indicado su padre y había puesto aceite en la sartén. Mientras se distraía pensando en su comida preferida: el chocolate, percibió un olor a chamuscado, miró a su alrededor, y vio que el aceite de la sartén estaba ardiendo. Corriendo intentó llamar a los bomberos, pero al explicarles lo que estaba pasando, le colgaron riendo. Sin pensárselo dos veces, cogió un vaso con agua y lo arrojó a la sartén, pero eso solo le sirvió para provocar una pequeña explosión. A continuación, desesperado y llorando por el susto, gritó: -¡¡¡PAPI, FUEGO!!!-

Inmediatamente su padre apareció con un mini extintor de emergencias, tiró de la manivela de este y de un pequeño tubo empezó a salir una densa espuma que sofocó el fuego. Acabada esta crítica escena, Gustavo y su padre tuvieron que limpiar todo el desastre de espuma blanca del extintor.

Otra vez lo preparó todo, pero empezó a batir el huevo antes de poner el fuego en marcha. Mientras lo batía, vio una mosca que empezó a fastidiarle poniéndosele encima, hasta el punto que cogió uno de los huevos y lo estampó contra la pared en la que estaba ella. Se oyó un SPLASH contra la pared y todo quedó sucio de huevo y Gustavo tuvo que limpiar toda la porquería de huevo otra vez. Con todo el jaleo Gustavo se había distraído un poco y al empezar a batir el huevo se le convirtió en merengue.

Pulverizado y abatido de hacer tortilla, Gustavo rompió los dos huevos que le quedaban y los tiró a la basura e hizo un pan con tomate a su padre. Cuando su padre llegó y vio lo que había en la mesa le preguntó a Gustavo qué había pasado y él le contestó que si algún día quería tortilla, que se la hiciera él.

Autor

Pol Gabaldon Salvador

Me desperté. Salté de la cama rápidamente, me vestí y cogí el pañuelo amarillo en el que estaba bordado en blanco "MINAS DE QUESO 7". Aquellas letras indicaban que yo trabajaba en las minas de extracción de queso, en el agujero número 7. Anualmente los niños que habían cumplido 10 años elegían un trabajo en las minas o en los talleres. Me parece que no os he comentado que no soy humano, yo y los de mi pueblo somos una especie de unos dos centímetros. Aunque no seamos humanos nos asemejamos mucho a ellos, la única diferencia es que en cada mano tenemos cuatro dedos en vez de cinco.

Bueno, pues aquella mañana entré en las minas de queso y empecé con el trabajo: conseguir todo el queso posible para que mi familia y yo pudiéramos cenar aquella noche. Cuando todos habían abandonado las minas menos yo, la puerta de la despensa de la casa abandonada donde vivía mi pueblo se abrió con un chirrido. En ese momento me desmayé.

Cuando abrí los ojos me encontraba atado a un lapicero con una cinta transparente muy pegajosa. Eché un vistazo a la lúgubre estancia donde me encontraba y no pude evitar sorprenderme cuando descubrí a un niño humano observarme con cautela:

-¿Qué eres? - me preguntó extrañado.

-Algo que tu raza no conoce -le contesté

-Gracias, eso me ayuda mucho -afirmó sarcásticamente.

-¿Qué hacéis tú y tu familia en esta casa? -dije.

-La hemos comprado -me respondió.

En ese momento comprendí lo que eso significaba: Se quedarían allí toda la vida.

Mientras tanto, en el pueblo ya se habían enterado de mi secuestro y de que habían comprado la casa. La gente se preparaba para la guerra fabricando armas, como arcos hechos con la madera arrancada de los muebles y hondas hechas trenzando las fibras obtenidas de la tela de las cortinas.

El niño que, según me había contado se llamaba Nicolás, me soltó y me condujo hacia una habitación donde solo había una gran caja. Nicolás la abrió y empezó a sacar pequeños ladrillos de todos los colores y muñecos de cabeza y manos amarillas. Con los ladrillos el chaval construyó una casa hecha a mi medida, con puertas, ventanas... Y dijo:

-Para ti.

La gente del pueblo consiguió salir de la despensa donde vivía. Tan pronto estuvo la puerta abierta la multitud de diminutos seres empezó a atacar a los padres que se encontraban hablando en el salón, y se sobresaltaron cuando vieron a un ejército de personitas del tamaño de pétalos de margaritas disparando astillas con unos arcos. La mujer se subió a una silla y comenzó a repartir escobazos a diestro y siniestro

mientras el hombre rociaba insecticida. Yo lo observaba todo con Nicolás cuando el niño gritó:

-¡Dejad a mis padres! Yo os daré refugio y alimento pero no robéis nuestra comida.

Me desperté. Todavía era demasiado temprano. Escudriñé en la oscuridad en busca del pañuelo, pero no lo encontré. En ese momento me vino a la cabeza el suceso de la noche anterior: ¿Habrían aceptado la propuesta de Nicolás? Entonces, ¿dónde me encontraba? Salí y rápidamente las dudas que rondaban por mi cabeza se resolvieron al poder contemplar a la gente de mi pueblo habitando en casas de ladrillos de colores.

Pasaban los años y Nicolás venía todos los días después del colegio para dejarnos comida. Sus padres se mudaron de casa así que no nos molestaron más. Fueron tiempos tranquilos para mi familia y mi pueblo; teníamos cobijo y alimento, pero aquello terminó cuando un día Nicolás apareció a su cita diaria con una chica. Se cogían de la mano y cuando le preguntamos quién era, se sonrojó y nos dijo que era alguien muy especial. Al cabo de unos meses se casó con ella y eso fue nuestra perdición. Todo cambió de repente. Nicolás era ya un adulto, y sus responsabilidades le habían hecho olvidarse de nosotros. Dejó de venir y tuvimos que salir de la casa para conseguir alimento en otras viviendas. La comida era cada día más difícil de conseguir pues los humanos sabían ya de nuestra existencia y protegían sus despensas.

Yo, al igual que Nicolás, había envejecido; de vez en cuando, con nostalgia, recordaba aquellos tiempos en el agujero número 7, antes de que aquel joven cambiase nuestras vidas. Echaba de menos la familiaridad de la despensa, la rutina de aquel trabajo, y dudaba de si haber aceptado aquella pasajera generosidad había sido una buena decisión.

Y cuando estaba en mi lecho de muerte se presentó ante mí un anciano que me resultaba familiar:

-¿Por qué?- dije titubeando.

En ese momento la vida abandonó mi cuerpo.

24 de octubre 1964.

Hacía mucho frío. Eran las nueve de la mañana y Amanda estaba en casa, tumbada en el sofá, con su manta preferida, una taza de chocolate caliente y ya estaba preparada para empezar a leer el periódico. Amanda tenía dieciséis años, su pelo no era ni corto ni largo y era de un marrón muy intenso; sus ojos eran del color de la miel y muy grandes. Tenía la piel pálida y unos labios rojo carmín. Vivía en una casa pequeña con sus padres en Glastonbury, un pueblo pequeño pero acogedor. Desde toda la vida Glastonbury había sido un pueblo inofensivo en el que no pasaba nada hasta estos últimos meses. El 19 de Octubre hubo diez víctimas. Según declara una señora de treinta y dos años, el asesino lleva una gran capa negra y siempre que está preparado para matar se escuchan unos pasos muy grandes y fuertes. En ese mismo momento Amanda estaba aterrizada, cuando terminó de leer la noticia lo único que pensó era en llamar a Bea, su mejor amiga desde los nueve años. Al fin, Bea cogió el teléfono. “¿Quién es?” dijo Bea sin sonar preocupada. “Hola Bea, soy Amanda.”- dijo Amanda aliviada de oír su voz.”¿Te has enterado de lo que ha pasado?” “Sí”- dijo Bea sin mostrar interés”¿Qué tal si quedamos para ir al cine con Lourdes?” “De acuerdo, te veo luego.” -dijo Amanda`.

Amanda colgó el teléfono. Lourdes era una chica bastante afortunada, sus padres eran ricos, vestía con la mejor ropa de marca, había estado tres años viviendo en América y encima era muy guapa. Su pelo era pelirrojo, liso y le llegaba por las caderas, sus ojos eran negros y su piel era muy morena ya que tenía orígenes latinos. En cambio a Bea no le importaba la ropa, tenía el pelo rubio dorado, muy corto y rizado. Sus ojos eran pequeños y verde esmeralda.

Cuando llegaron al cine ya eran las ocho. “Chicas id cogiendo asiento, yo voy comprando las palomitas.”-dijo Bea. “De acuerdo” dijo Lourdes. Bea fue al puesto de palomitas. No había nadie.”¡Hola!¿Hay alguien?”-gritó Bea. De repente se escucharon unos pasos. ¡PUM,PUM,PUM! ¡¿Quién anda ahí?” -gritó Bea. ¡PUM,PUM,PUM! “Si es una broma no tiene gracia.”gritó Bea aún más fuerte, se estaba empezando a asustar. Nadie contestó. De repente un hombre apareció de la nada con una gran capa negra. Bea iba a salir corriendo pero el hombre misterioso la cogió del brazo. Le tapó la boca y la nariz. La estaba asfixiando. Bea intentó escapar y gritar pero no podía. De repente Bea no gritó más, no se movió más. ¡Estaba muerta! El hombre desapareció.

La película terminó. Cuando Amanda y Lourdes salieron del cine no sospecharon nada. Solamente creían que Bea las había dejado plantadas.

26 de octubre 1964.

Los últimos dos días llovió. Amanda y casi todos los del barrio estaban sorprendidos y deprimidos por la muerte de Bea. El 25 de octubre fue el funeral, acudió todo el colegio y bastantes personas del barrio. Amanda se despertó. Eran las 8 de la mañana.

Despertó a Dani y a Lisa. Amanda, Lisa y Dani eran hermanos. Dani tenía diecisiete y Lisa diez. Dani medía un metro ochenta y ocho centímetros, tenía el pelo negro y sus ojos eran verde turquesa. Lisa también tenía el pelo rizado y negro. Siempre se lo recogía con dos coletas. Los padres de Amanda se habían ido una semana fuera del pueblo por motivos de trabajo. Amanda hizo el desayuno, planchó la ropa, se peinó, se vistió, preparó el almuerzo a Lisa y se fue con Lourdes al colegio.

“Hola Amanda, ¿estás mejor?” dijo Lourdes con una voz apagada. “Sí...” dijo Amanda sonando aun muy deprimida. Amanda también apreciaba a Lourdes pero sabía perfectamente que no era lo mismo hablar con Lourdes que con Bea. “¿Qué te parece si te quedas a dormir en mi casa? Mis padres no están y podemos acostarnos tarde.” dijo Lourdes para romper ese profundo silencio. “No puedo, tengo que cuidar a mi hermana pequeña.” dijo Amanda. “Como tú quieras.” dijo Lourdes ofendida. El día pasó lentamente para Amanda. ¡El colegio era tan aburrido sin Bea! Cuando al fin terminaron las clases Lourdes se fue para casa.

Ya eran las diez de la noche. Lourdes se quedó hasta las doce viendo una película de terror. El teléfono sonó, era Dani. “Hola Lourdes, te llamaba por si querías venir conmigo al baile de Halloween.” dijo Dani. “Encantada. Te veo mañana.” Lourdes colgó. Estaba tan cansada que se durmió en el sofá sin darse cuenta. Lourdes se despertó a las tres de la mañana para irse a su mullida cama. Le dolía la espalda después de haber estado tanto tiempo dormida en ese rígido sofá. Pero antes de irse a su cama, se fue a la cocina a beber un vaso de leche caliente. De repente entró en la casa un frío espantoso. En ese momento Lourdes se dio cuenta de que una ventana estaba abierta. Lourdes intentó recordar cuándo la había abierto. Se fue directamente a cerrar la ventana. ¡PUM, PUM, PUM! Lourdes saltó del susto. De repente se dio la vuelta y en frente de ella estaba la figura de un hombre con una capa negra y con un puñal muy afilado. Lourdes gritó pero quién la iba a escuchar a esas horas de la mañana. El hombre se acercó más y más y más y más. Lourdes intentó salir corriendo pero no pudo escapar y luego creo que os podéis imaginar lo que pasó. Al día siguiente los padres de Lourdes volvieron por la mañana. Se encontraron el cuerpo de Lourdes todo manchado de sangre tumbado en el suelo.

29 de octubre 1964.

El pueblo ya estaba aterrorizado. Casi nunca salían de casa y los padres no dejaban salir a sus hijos pequeños a la calle. Pero sin duda la más asustada y aterrorizada era Amanda. No solo por haber perdido a sus únicas amigas, también porque se estaba empezando a dar cuenta de que el asesino, últimamente, estaba matando a sus familiares, amigos y conocidos. ¿Quién iba a ser el siguiente?, quizás Dani, o peor aún, ¡Lisa!

El colegio había cerrado por una temporada, pero la fiesta de Halloween seguía en pie. Eran las seis de la tarde y Lisa y Amanda, mientras tanto, veían una película sobre princesas a la vez que daban forma a unas calabazas para convertirlas en unas calabazas terroríficas. “¡Cuidado, no te cortes con las tijeras!” gritó Amanda desde

tres horas de haber llegado, ya se encontraban todos los niños de nuevo montados en un tren, esta vez rumbo a la Ciudad de México. En la estación los despidieron cientos de desconocidos que con eufóricos gritos y muestras de cariño les abrieron las puertas de su nuevo país.

Al llegar a la Ciudad de México fueron recibidos por el Presidente don Lázaro Cárdenas, su mujer doña Amalia y un comité de señoras ideólogas y organizadoras de aquel recibimiento. Un fotógrafo le pidió a Martina junto con otro puñado de niños que posaran junto al General Cárdenas. Aprovechando la ocasión, al igual que muchos otros niños, más por imitación que por la ideología que podía poseer una niña de 10 años, Martina se eternizó en aquella foto levantando orgullosamente el puño derecho. Muchos años después esa foto sería usada centenares de veces cada vez que se hablara de “Los niños de Morelia”.

Antes de partir de nuevo en tren hacia Morelia, (ciudad donde se encontraría su nuevo hogar), Martina se llevó el susto de su vida cuando unos aviones que pasaban por ahí les sobrevolaron muy bajo, casi rasante, pues las experiencias que la niña había tenido durante la guerra con estos vehículos aéreos no habían sido nada agradables. Lo único que se le ocurrió en ese momento fue tirarse al suelo con los brazos en la cabeza, olvidándose de que en el nuevo territorio en el que se encontraba no había ni guerra, ni fascistas.

Uno de los muchos traumas que acompañarían a Martina durante toda su vida, fue el producido por el ataque aéreo que sufrieron su familia y ella en Málaga, su ciudad natal, cuatro meses antes de llegar a México. Sucedió el 7 de febrero de 1937 cuando los Nacionales entraron a Málaga. La familia de Martina era republicana, por lo que al ver su ciudad ocupada por el bando contrario y como fruto del miedo, al igual que cientos de civiles, decidieron huir por la carretera que comunicaba con Almería. De pronto, aviones alemanes e italianos empezaron a bombardear a la población que huía por la carretera. La naturaleza paradójicamente facilitó el bombardeo sobre la carretera, ya que ésta serpentea entre el mar y la montaña. El resultado fue una terrible masacre de población civil. Lo que más traumatizó a Martina fue ver desaparecer entre la gente a su hermanito pequeño de cuatro años, al que desde ese día no volvieron a ver.

En Morelia instalaron a los niños en el internado España-México; desde que llegaron comenzaron dos luchas sin cuartel. La primera y la más básica fue en contra de los piojos y las chinches que eran dos visitantes muy comunes en el internado. Esta tarea les mantuvo buena parte del tiempo con la cabeza rapada. Y la segunda, y quizás la más difícil, la aceptación moreliana. Algunas noches Martina extrañaba mucho a sus padres, entonces su único consuelo era cantar canciones para recordar. En el internado de Morelia, Martina vivió muchas cosas, experiencias memorables y otras dignas del olvido, ahí vivió 6 años, hasta que fue prácticamente obligada a irse en 1943 cuando cerraron la institución. Le dieron un dinerito y ¡a buscarse la vida!

Junto con su buena amiga Margarita Pérez Rubio, una Valencia simpática con la que hizo muchas migas desde el comienzo, se fueron a vivir a la Ciudad de México a casa

de una tía lejana de esta última que había emigrado a México en los años veinte. Martina y Margarita terminaron el bachillerato en el Instituto Luis Vives, donde Martina conoció a un hijo de exiliados llamado Alfonso Rodríguez Mas, su futuro esposo que la ayudaría a estudiar historia en la UNAM. Margarita volvió a España a finales de los años cuarenta, a Martina nadie la reclamó, por eso la última vez que Martina decidió cantar “*A la mar fui por naranjos...*” fue la noche que viajó con dieciséis años sola en un camión de cerveza rumbo a La Ciudad de México, -fue la última vez que tuve fresco en mi memoria las líneas de sus rostros-, decía Martina. No volvió nunca ni a España ni a Morelia. Alfonso su marido sí viajó varias veces a España junto con sus hijos, pero Martina jamás se atrevió a volver.

Hoy hace exactamente un año la abuela Martina falleció con ochenta y tres años; yo, Marta, su nieta más pequeña, tuve el privilegio de haber celebrado con ella su cumpleaños número ochenta y tres en El Casino Español de La Ciudad de México en plena calle de Isabel la Católica, en donde a pesar del vaivén de los camareros, las pláticas de los otros comensales, el carrito de los postres, Las Mañanitas a grito pelado de su familia y de su tremenda sordera, la abuela alcanzó a distinguir el hilo de una melodía que tocaba una no muy joven Tuna al fondo del restaurante

*A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene
ay mi dulce amor
ese mar que ves tan bello
es un traidor*

La canción le hizo derramar una lágrima, y a mí esa lágrima me hizo preguntarle la razón de su llorar.

Quizás, si yo no hubiera sido la única en percatarme del llanto de la abuela, jamás me hubiera enterado de esta historia, y entonces sí, la abuela habría muerto de verdad, pues no hay peor muerte que el olvido.

Autora
María Gisela Salafrañca Mendoza

Caminan pausadamente sobre el sendero de grava del cementerio.

La gente llora, en silencio, pero llora.

Los altos cipreses proyectan sombras en las tumbas grisáceas, olvidadas allá en un rincón del camposanto.

El sol luce en el centro de un cielo azul, haciendo creer que los tenebrosos recuerdos han quedado enterrados bajo la hierba, junto a las cenizas de su esposa.

No entiende muy bien lo que ocurre, su mente ya ha dejado de funcionar como antes. Antes de todo. De la pesadilla.

Tiene que ser horrible olvidarte de tu nombre, de quién eres, de tus seres queridos, de tus motivos para vivir, piensa su nieta.

El anciano con Alzheimer esboza una inocente sonrisa hacia el infinito, iluminando sus ojos azules, quizás recordando, quizás evocando el rostro de su amada por última vez, quizás ocultando bajo sus pupilas la tristeza y el terror que lo embargan en este momento, y que son sustituidos por una burbuja de dulce ignorancia.

Meses antes.

Ahí, en la esquina, tumbada en la cama, yace su mujer, Pepa.

Junto a ella, él, apretando su palma inerte, haciendo intentos vanos de cederle parte de su energía, su vida.

La anciana acaba de fallecer, pero una ligera sonrisa curva sus labios.

Manuel, en su propia realidad, emite pequeños sonidos de dolor. Algo lo desgarran por dentro, muy al fondo dentro de su pecho, quebrando su alma. Intenta explicarse, y no puede, ya no, es incapaz de hablar.

Solloza en silencio, sumiéndose en total soledad.

Su nieta de siete años siente que su querido abuelo está siendo golpeado por el mismo pánico que la azota a ella en este instante. Y se aferra a su mano.

Luego, los meses se suceden lentamente, entre mentiras y llantos disimulados.

Sin ella.

Están en casa de Manuel, el abuelo. Todos, sus hijos y nietos, sentados a su alrededor. Él se apoya lastimeramente en un sillón plegable.

No sabe por qué, pero está contento. Está con los suyos.

Y eso hace que la vida se haga un poco más llevadera.

Ahora les está narrando a sus dos pequeños la dura historia de su vida.

Bueno, o al menos esa es su intención; entonces, palabras incomprensibles, aunque relacionadas entre sí, coherentes en su mundo de nubes, escapan de sus labios secos.

Irene, la nieta, trata de descifrar el gran jeroglífico que supone para ella la mente enferma de su abuelo, y así llega a conocer un poco, con la ayuda de su madre, la cruda existencia campesina en la que creció Manuel. Él recuerda.

Recuerda esos momentos en los que las horas se desgranaban observando el firmamento de un cielo sin nubes, tumbado en la hierba, gozando de su fresco olor. Le vienen a la mente, confundidos y en tropel, todo el tiempo que pasó en la granja con los animales, los juegos con sus hermanos, el sonido de los cascos de los caballos trotando por la verde llanura... esos preciosos instantes que ya no podrá compartir con nadie, quizás sea consciente de ello.

Pues su rostro rugoso se entristece a la vez que regresa a ese mismo campo, y revive todas las oscuras noches pasadas en vela, esperando al temido Sacamantecas, estremeciéndose de terror a causa de los horribles cuentos de los adultos. Vuelve a su cuerpo la angustia de no poder ir al colegio, como los demás niños, por falta de dinero; el dolor de los azotes de su padre, que no quería que un hijo suyo, un hijo del campo perdiera el tiempo con los libros. Sin embargo, por otra parte, tampoco ha sido una existencia tan mala.

Se alivia al verse capaz de pensar esto, y se forman minúsculas arruguitas de alegría alrededor de los zafiros de sus lípidos ojos celestes.

-¿Y cómo hacían las cabras, abuelo? -le pregunta su nieto Miguel, fascinado por su no relato.

Manuel imita el sonido a la perfección, y la familia ríe, feliz de que el anciano se acuerde ahora de su infancia.

El hombre pasea la vista por la estancia, y detiene la mirada en Irene, ya de nueve años, que se mantiene en silencio. Ella piensa en el terror que tiene que provocar ver que te vas olvidando de todo, comprobar que, a veces, ni siquiera recuerdas el nombre de tu nieta.

Los ojos de la niña se van oscureciendo paulatinamente, mientras mira a Manuel.

Ya es Navidad. La niña creció; tiene ahora doce años.

Está allí, en aquel rincón de la habitación, aferrando con fuerza la mano de Manuel.

Una vez más.

La enfermedad ha avanzado, expandiéndose, convirtiendo en cenizas el alma de su abuelo. Él se retuerce, se queja, protesta, araña su sillón de negro cuero, transformándolo en una informe masa oscura. Le duele, le duele. Pero no llora.

Porque es fuerte. Y ella lo sabe.

Día a día, su memoria va desapareciendo, lentamente, mientras va siendo arrastrado por las gélidas garras del olvido.

Sin embargo, aún sonrío cuando la ve. Como siempre.

Seguramente no sepa bien quién es, se encuentra ya sumido en una realidad paralela en la que el tiempo no ocupa lugar.

Pero él sabe que tiene algo por lo que luchar, sabe que hay gente que lo quiere. Y mucho. Eso es lo que realmente importa.

Manuel cierra los ojos, y una lágrima se escapa bajo sus claras pestañas. Recuerda a Pepa. Es en esos difíciles y espantosos momentos de lucidez, cada vez más escasos, cuando el terror a recordar hace que su alma se encoja, y busque, con un miedo cerval, cualquier manera de aferrarse otra vez a su dulce, hermoso, e inexorable olvido.

Caminan otra vez, pausadamente, sobre el sendero de grava del cementerio.

La gente llora, en silencio, pero llora.

El anciano con Alzheimer esboza una inocente sonrisa hacia el infinito; se le han iluminado sus ojos azules de chiquillo alegre y tímido, evocando el precioso rostro de su amada; y luego las lágrimas, el miedo, y el sufrimiento, son de nuevo sustituidos por una burbuja de ignorancia, que lo obliga a abandonarse, a entregarse al olvido.

Y sonrío porque sabe que, aunque su cuerpo se está preparando para emprender el gran viaje y partir hacia un cielo sin penas, no está solo. Sabe que en algún lugar, entre la niebla, Pepa lo espera con los brazos abiertos, y que aquí abajo son muchos para recomponer el álbum de fotografías que su memoria borró, muchos para recordarle. Para quererle siempre.

Autora

Irene Reyes Noguero

Nunca digas de este agua no beberé por más turbia que esté. A quien no le ha pasado que, a pesar de lo dicho, perjurado o prometido que no haría algo ha terminado haciéndolo. La vida da tantas vueltas que es imposible acertar lo que nos depara el destino. No hace muchos años sentencí que jamás llevaría puesto un traje. Eso estaba destinado a los novios, los enterradores, los anticuados, los opulentos aristócratas y los ejecutivos agresivos entre otros. ¡Ah! Y el cobrador del frac. Luego, estudié económicas porque se me daban bien las matemáticas pero me ofrecían más salidas profesionales que las ciencias exactas. Mi cambio rotundo de opinión fue fruto de la desesperación. Hacía más de medio año que, a pesar de mis excelentes cualificaciones, dedicaba buena parte de mi jornada a enviar incontables currículum. La otra parte la tenía reservada para asistir a entrevistas de empleo de las cuales jamás superé la primera fase.

—Haría lo que fuese, hasta vendería mi alma al diablo. No puedo más, necesito encontrar un trabajo de lo mío —me lamenté mientras cenaba.

Entonces, mi madre me entregó una carta certificada a mi nombre que el cartero había traído esa misma tarde.

Allí estaba yo, ataviado con ese sobrio traje de color de mosca que mi vecino había tenido la gentileza de prestarme a poder asistir a aquella prometedora entrevista de trabajo. Transigí en ir trajeado por no escuchar después más posibles recriminaciones de los detractores de una vestimenta más casual para una entrevista formal. Todos se habían confabulado en mi contra. Dadas mis cualificaciones, nadie quería admitir que la causa real de mis fracasados intentos para conseguir dar una buena impresión y conseguir un puesto de trabajo, era debido a la coyuntura actual y no a mi aspecto físico. Reconozco que no soy un Adonis pero tampoco es para afirmar que estaba hecho un adefesio. Así que, de una vez por todas, claudiqué a las reiterativas rogativas de mi madre y accedí a un cambio de imagen.

Por eso desde ayer ya no peina el viento mis cabellos, olvidémoslo y ¡pelillos a la mar! Mi anhelada melena de nuevo crecerá, aunque ¡Sabe Dios! Si un año o dos o más necesitará para cubrirme de nuevo la espalda y esconder mis grandes orejas. Mamá me prometió una otoplastia para quitarme el complejo, pero a mí ni que sea una simple intervención ambulatoria, no me convence. Yo no comparto que mi adorada y larga cabellera fuera en contra los cánones de un estilismo capilar propio del fashion business. No se le puede tildar a uno de grunge, rocker o hippie por optar por un look alternativo. Aunque lo peor no fue eso, sino ataviarse con ese traje tan antediluviano. Era un áspero y basto traje de lana. Y diría que aquella franela la hilaron con los trasquilones de un borrego viejo. Como no habíamos tenido tiempo de llevarlo a la tintorería, apestaba a naftalina. Su fricción sobre mi cuerpo era peor que los estregones de una gruesa lija de corindón. Sus anchas hombreras me hacían fingir un antinatural fortachón de halterofilia. Me sentía como si estuviera amarrado a una camiseta de fuerza. Ojalá hubiera sido Harry Houdini para poder liberarme de esa indumentaria. Y para rematar con la sogá al cuello, una corbata para el ahorcado distinguido, con un nudo

en la garganta. Debería declararse el boicot a esta prenda de vestir. Para que luego se quejen las mujeres del corsé femenino. Lo único cómodo era mi camisa celeste de lino. El resultado final: un potencial banquero, ataviado con un modelo anticuado de los años treinta en lugar de un atractivo corte actual. De acuerdo, las tendencias de la elegancia de la moda masculina son más duraderas que las de la femenina, pero tampoco hasta el punto de vestir como un gentleman de toda la vida, enfundado en una chaqueta de hace ochenta años... De haber tenido una máquina del tiempo y haberme podido trasladar a la Pensilvania de James Stewart, no hubiera desentonado entre los oriundos del lugar.

Mi adorable vecino era un encantador viejecito que pasaba más horas en nuestra casa que en la suya propia. Cuando se enteró de que me habían citado para aquella entrevista y que yo no disponía de ningún traje, apenas le faltaron unos minutos para regresar con uno sacado del ropero de sus recuerdos. Sólo se lo puso una vez para asistir a un entierro, porque lo guardaba para una ocasión más especial, y a falta de ellas se había quedado allí, abandonado en su ropero. Para él tenía un valor añadido muy especial porque su padre se lo había dejado en herencia, o sea, una auténtica reliquia. A juzgar por las pretéritas fotografías en blanco y negro, su padre debió ser un hombre muy elegante de su época. Aunque para mí, ser elegante no se limita sólo a una cualidad estética, sino ética. Un tipo elegante debe ser además educado, respetuoso con los demás, pero también con uno mismo. Y si la elegancia consiste en no llamar la atención, en todo caso, yo no estaba cumpliendo ese prerrequisito. Mas la premura de la entrevista requería una decisión rápida, debía presentarme el día 12 a las 9 horas de la mañana, es decir, al día siguiente de haber recibido aquella inesperada carta. Lo curioso del caso es que como había enviado tantísimos currículum, ni tan siquiera recordaba haber escrito a aquel prestigioso consulting empresarial.

La ocasión la pintan calva. Mamá, mi hermana, la abuela y mi queridísimo vecino se conchabaron para retarme con una desafiadora apuesta: Una buena impresión inicial sería crucial, no bastaría con ir limpio y aseado. Una cuidada imagen personal suma de la adecuada presencia física combinada con una actitud correcta causaría una favorable opinión al entrevistador.

Como amaneció una fría mañana de otoño después de la tormenta de la noche, cuando me enfundé los pantalones ajustados ya no percibí ese picor tan desagradable. Me puse la colonia de papá para intentar obviar y diluir el pestilente olor acre que casi se había volatilizado. Mamá usó un truco casero de los suyos: colgó toda la noche el traje en la cocina, al lado de una cazuela donde había cocido azúcar, canela, un clavo y una cáscara de limón. Y debo admitir que aunque un foulard me habría cubierto más el cuello, la corbata no me sobraba para protegerme mis delicadas amígdalas de la fría ventisca matutina.

Papá me acompañó en coche. Yo me avergonzaba de ir por la calle vestido de tal manera. Si al menos hubiera sido carnaval... Justo llegar a aquellos sofisticados y modernos despachos me recibió una atenta señorita y en menos de un minuto un

presunto entrevistador me llamó por mi nombre. Aquel hombre de cabello rizado y canoso me hizo sentar en una cómoda butaca de piel y me ofreció un aromático café.

– ¿Azúcar?

–No, por favor, con el café arábigo prefiero distinguir su auténtico sabor.

–Debería saber que el café con azúcar refuerza la memoria. Y para satisfacer la suya, le explicaré por qué le he citado. Supongo que le llamará la curiosidad de que a pesar de que Ud. no nos haya enviado ningún currículum, yo le haya requerido. El objetivo de esta entrevista no es conseguir información sobre su trayectoria como estudiante en la Universidad, ya que sus excelentes cualificaciones hablan por sí solas. Sólo quería averiguar si su perfil se adecua al puesto que tenía pensado ofrecerle. Aunque el hecho de que haya acudido a esta entrevista, vestido para la ocasión, ya demuestra un gran interés por su parte. Verá, el otro día, harto de entrevistar a jóvenes farsantes que engrosaban su currículum con banalidades y que a la hora de la verdad eran unos ineptos, visité a mi amigo, el decano Antonio Margeli, para que me recomendara algunos de sus alumnos. Él no quiso poner la mano en el fuego por ninguno de ellos, sólo me permitió que yo juzgara por mí mismo y me ofreció algunas de las últimas tesis doctorales presentadas sobre políticas públicas y desarrollo internacional, aunque me recomendó una en particular. Aquella noche no pude pegar ojo hasta haber acabado de leerla. ¿Reconoce Ud. este libro? Permítame decirle que me ha sorprendido mucho su enfoque sobre las soluciones que propone. Busco un joven emprendedor y responsable, pero a su vez asertivo y dinámico, y creo usted se ajusta bastante al perfil. ¿Qué me dice?

–Francamente, estoy bastante sorprendido. Primeramente porque intento resolver los problemas sin involucrarme personalmente, de una manera objetiva y racional. Así que si Ud. me ha juzgado por los contenidos de mi tesis, podría haber sacado falsas conclusiones. Y aunque soy una persona responsable, no sé si siempre soy lo suficientemente asertivo como debería. Muchas veces reprimo mis sentimientos, sobre todo cuando se trata de evitar ofender a alguien. Pero estoy abierto a que me ponga a prueba, de hecho hace más de seis meses que ando buscando trabajo y hasta el momento no he tenido suerte.

–Es un tipo honesto, eso me gusta. De acuerdo, le pondré a prueba. Le ofrezco un contrato de un año para empezar. Creo que tenemos muchas cosas en común por compartir. Por cierto... ¿Dónde ha comprado este traje? Ando buscando un clásico parecido. Tiene un corte impecablemente elegante que perfecciona la silueta masculina, ensanchado por los hombros y entallado a la cintura, destaca mucho mejor la figura... que le hace sentirse a uno seguro y atractivo. Es de alpaca de lana, ¿verdad? Si me permite le sugeriría una corbata más estampada y vistosa para darle un toque más casual y cercano. Le haré una confidencia un poco frívola, porque veo que es una persona que cuida mucho su imagen. Mi estilista me aconsejó que me dejara crecer más el pelo, que las melenas están en plena actualidad, sin parecer un desaliñado, claro está.

Bueno, si me acompaña le mostraré su contrato.

A la salida, en la calle, aparcado en doble fila, estaba papá esperándome. Me acerqué con paso ligero, satisfecho del éxito. No me importaba en absoluto si al final aquel tipo me había contratado por mis ideas o por mi aspecto. Parado en un semáforo, me entretuve mirando el escaparate de una sofisticada sastrería de caballero. Los maniqués lucían los trajes de la nueva temporada. De refilón miré mi imagen reflejada en el cristal de su aparador y me quedé boquiabierto al comprobar que apenas existía un botón de diferencia entre el traje del maniquí y el mío. En la etiqueta de abajo, un desorbitado precio y un comentario: ¡Vuelven los clásicos de siempre! Una pareja cogida de la mano me estaba mirando de arriba abajo. Sí, sí, ya podéis criticar a mis espaldas que estoy ridículo, pensé y antes de entrar a la tienda, la dama le susurró al caballero: “Apresúrate, mira este joven, ya se lo ha llevado puesto”.

Con el semáforo en verde, corrí sonriente hasta papá.

— ¡Me han contratado! ¿Tú crees que al señor Luis le importará mucho prestarme más días su traje?

Y a partir de aquel día, me empecé a desplazar por las calles de mi barrio como el clásico dandi sin esquivar las miradas de aquellos que reconociéndome pensaban, quién le ha visto y quién le ve. Saludo contento al portero, silbo por la calle sin ningún recato ni reparo... Yo soy el mismo, el traje es el mismo, pero mi manera de percibirlo ha cambiado radicalmente. Y es que las cosas no son en sí mismas mejores ni peores a otras. No existe nada bueno ni malo, sino que, como dijo el príncipe Hamlet de la pluma de William Shakespeare, es nuestro pensamiento quien lo hace aparecer así.

Una cosa sí que tengo clara: cuando cobre mi primera nómina invitaré a papá, mamá, mi hermana, mi abuela y al señor Luis a cenar. Y aunque no pienso despilfarrar mi sueldo, tengo pensado darme un capricho. Me regalaré unas extensiones de cabello, hace frío, se me hielan las orejas, no me acostumbro a verme ante el espejo tan pelón y tengo más que claro que jamás llevaré un sombrero.

Autor

Martí Casal Pelegrí

La suave luz de la luna iluminaba aquella mirada roja como el fuego del infierno. Dos grandes alas afloraban de su espalda envolviéndolo en un halo de maldad. Sus blanquísimos dientes contrastaban con el tono oscuro de las escamas que cubrían su piel y sus amenazadoras garras te invitaban a dar media vuelta y no regresar jamás. Dante reprimió un grito de terror, a pesar de que era incapaz de apartar la mirada de la criatura. Resultaba fascinante y aterradora a la vez, si bien era imposible encontrar adjetivos para describir a un ser de las tinieblas. Se llevó una mano al cuello, buscando su amuleto de protección. La cálida sensación del metal entre sus dedos le hizo recuperar algo de tranquilidad. Nunca había visto un demonio y en aquel momento no tenía la certeza de poder conservar la vida para contarlo. Existen multitud de leyendas acerca de seres sobrenaturales que son capaces de volver locos a los más cuerdos o incluso de matar con una sola mirada. La mayoría son temidos y respetados por los humanos, aunque no ocurre lo mismo con los usuarios de la magia, quienes siempre han tratado de controlarlos. En el caso de Dante, que había nacido con el don la magia, eran las propias criaturas las que intentaban tomar posesión de su cuerpo. El suyo era un poder muy apreciado, ya que tenía la capacidad de abrir canales mentales para ver el pasado y el futuro. Sin embargo, todavía no había conseguido manejar ese poder a su antojo, pues las visiones continuaban siendo esporádicas y muy cortas.

En la más reciente había visto el anillo de Tsuki, una joya tan maravillosa como temible. Había estado perdida durante muchos siglos, por eso en cuanto los magos supieron de su milagrosa reaparición no dudaron en ir a por él. La piedra blanca del anillo permitía controlar el tiempo, algo que hombres, magos y seres fantásticos han ansiado desde el principio de los tiempos. El rumor de que el anillo estaba en posesión de los demonios se había extendido como la pólvora, provocando que más de uno tuviera la osadía de enfrentarse a ellos. Particularmente, a Dante no le interesaba en absoluto hacerse con la preciada joya. No obstante, la corte de los magos no opinaba lo mismo, así que le enviaron a cazar un demonio haciendo caso omiso a su desinterés. Llevarle la contraria a los magos era algo bastante peligroso, por lo que finalmente no le quedó más remedio que aceptar la misión que le habían asignado.

Agazapado detrás de unos arbustos, reflexionó sobre su situación durante unos minutos. Como sus poderes no iban a servirle de mucho tendría que usar la espada angélica de Metatrón si quería tener alguna posibilidad de vencer. Lentamente la sacó de la vaina de cuero. La hoja resplandecía a la luz de luna con un brillo blanquecino y misterioso. Los ángeles las llamaban armas sagradas por la pureza de los metales con los que se forjaban, que según decían habían sido creados por Dios. Visualizó a la criatura entre las finas ramas y se preparó para atacar. Esperó unos tres o cuatro segundos y embistió al demonio que, sorprendido, no fue capaz de esquivar la espada. Un sonido gutural rasgó el gélido aire nocturno cuando la hoja rozó su escamoso hombro. Aprovechando la confusión arremetió de nuevo, pero su adversario detuvo la embestida. Sin que Dante se diera cuenta había sacado su propia arma. Se trataba de una gran hacha demoníaca, un arma muy empleada en los círculos de las tinieblas. La criatura hizo gala de su fuerza sobrehumana respondiendo al ataque con un enérgico movimiento que desequilibró a su oponente unos segundos, los suficientes para hacer que la espada

angélica volara por los aires hasta quedarse clavada en la hierba. Desarmado, Dante retrocedió un par de pasos intentando pensar en su siguiente maniobra. Sin la espada angélica todo era mucho más complicado, ya que pocas son capaces de herir a un demonio. La única alternativa era teletransportarlo hasta el calabozo de la torre de hechicería. Algo lo sacó de sus cavilaciones. El demonio se dirigía hacia él con el hacha por delante y un destello de furia brillando en su mirada. Casi sin tiempo de eludir el cortante y despiadado filo, se tiró al suelo y rodó sobre la hierba. En el tiempo que llevaban combatiendo se había percatado de una cosa: su adversario era fuerte y ágil a la hora de moverse, sin embargo, sus ataques eran pesados y lentos. Tiempo atrás había oído que esa es una debilidad importante en un duelo, por lo que lo mejor sería beneficiarse de ello para ganar tiempo. Su prioridad era recuperar la espada angélica. Como movido por un resorte, se levantó rápidamente del suelo y corrió en su busca. Había caído cerca de un gran árbol, al otro lado del claro. Cuando estaba a punto de alcanzarla notó las garras del demonio aferrándose a su brazo izquierdo. El olor metálico de su propia sangre le provocó náuseas y un dolor agudo le recorrió desde la muñeca hasta el hombro. Sus rodillas se hincaron en el suelo con violencia mientras notaba los desbocados latidos de su corazón. Apretó los dientes, lamentándose de su ineptitud. Cerró los ojos con resignación, esperando su final a manos de la infernal criatura. Sin embargo, lo que el destino le tenía reservado a Dante era muy distinto. Escuchó algo deslizarse sobre la hierba seguido de un fuerte crujido. Luego se dio la vuelta y se sorprendió al contemplar la escena. Una gruesa raíz envolvía al demonio, que yacía inerte en el suelo.

-¿Estás bien?-preguntó una dulce voz femenina.

Dante miró hacia arriba instintivamente. Una hermosa mujer de largos cabellos dorados le tendía su nívea y delicada mano. En la palma pudo apreciar una marca en forma de media luna. Luego reparó en sus graciosas orejas picudas y en sus alas grandes y verdes. A juzgar por su aspecto, debía de ser un hada.

-Gracias por haberme salvado.-respondió

-No hay de qué, mago. He venido a traerte un mensaje.

Las palabras del hada le cogieron por sorpresa. Cuando los magos informaban a alguien durante una misión nunca lo hacían a través de las hadas. Las consideraban criaturas difíciles en el trato, ya que no hacían favores sin recibir algo a cambio. Tras levantarse le entregó un sobre con su nombre escrito en tinta roja. Intrigado, lo abrió para ver su contenido. Dentro había una carta escrita con una letra que le resultó bastante familiar. Decía así:

Dante:

Te espero en Taitín dentro de tres días. Me urge hablar contigo sobre mis últimos descubrimientos acerca del anillo de Tsuki. Aralia te mostrará el camino, así que te ruego que no desconñes de ella por el simple hecho de ser un hada. Es de vital importancia que los magos no sepan nada de lo sucedido esta noche.

Atentamente, Gallagher

Justo después de leer la carta, esta se hizo pedacitos. Dante miró de nuevo al hada, sin saber qué decir. Gallagher había sido su mentor durante su estancia en la torre de hechicería. Era un hombre muy sabio y prudente, por eso le resultaba raro que le hubiera enviado una carta a espaldas de la corte de magos.

-No pierdas el tiempo. Tenemos que irnos ya.-le espetó Aralia.

La rudeza con la que se lo dijo lo desconcertó. Aralia parecía tierna y frágil, aunque una conversación de unos segundos con ella bastaba para darse cuenta de que las apariencias engañan. Una vez que Dante hubo recogido la espada echaron a andar en dirección a lo que él supuso que era la salida del bosque. La ciudad de Taitín se encontraba en las tierras del norte, a unos días de camino de donde ellos estaban. No era mucho tiempo, pero no le apetecía pasarlo en compañía de Aralia. Era demasiado enigmática y misteriosa. En ese momento pensó en lo caprichoso que puede llegar a ser el destino y eso le hizo sentirse una pieza insignificante en el rompecabezas del tiempo. Sin quererlo se había convertido en un renegado a ojos de los magos al ocultarles información. Para ellos todo era blanco o negro, con ellos o contra ellos. Vivir al margen de la ley era una empresa peligrosa y aun así, no tenía miedo. Estaba al tanto de que una visión inoportuna podía destrozarte tu mundo en cuestión de segundos, pero estaba harto de negarse a sí mismo lo que en realidad era. Quería aprender a utilizar aquel fantástico poder que se le había concedido porque estaba seguro de que se avecinaban tiempos difíciles. Suspiró al pensar en lo que había dejado atrás, mas enseguida apartó los recuerdos de su cabeza y se concentró en seguir a su nueva compañera de viaje, que avanzaba con decisión mientras su figura se recortaba contra los primeros rayos del amanecer.

Autora
Elisa María Álvarez Díaz

-Me hiciste mucho daño, papá-susurré, sobrecogido por la penumbra de la habitación, a la figura que yacía inmóvil en el camastro. Los labios me temblaron al hablar, por rabia y dolor, de una herida que jamás había sanado en mi interior.

Era la primera vez que hablaba con mi padre en más de veinte años, y aún no habría sabido decir, en aquel momento, si aquella persona débil y lacia, que no era ni la sombra del recuerdo que tenía de él, era quien me habían dicho. Era la primera vez que hablaba con él en veinte años y lo único que recibí por respuesta fue el retumbar de una respiración ronca y dolorosa, que llenaba la estancia tan lúgubre en la que nos encontrábamos.

Antes de entrar, una enfermera me había advertido de que no encendiera la luz ni subiera las persianas para no molestarle. Sin saber qué hacer, me acerqué a la silla que había junto al camastro y tomé asiento, permanecí callado y observé el rostro de mi progenitor, cuyas facciones se ocultaban a mi percepción tras una máscara de oxígeno. Me costaba mantener la compostura: gritos de cólera y pena se formaban en mi interior, anudándome la garganta y retorciendo mi alma a cada segundo que pasaba.

La cabeza de mi padre se movió lentamente hasta girarse en mi dirección. En sus labios creí ver cómo se dibujaba lo más cercano a una sonrisa que él era capaz de esbozar, pero si la hubo en alguna medida se borró al instante. Su boca se abrió y de ella surgió una palabra larga y apenas comprensible, como sonaría en un niño que aprendiese sus primeras palabras:

-Richard...

-Me han llamado y he venido desde Londres porque me han dicho...-a pesar del odio que sentía, vi crecer en mi interior un amargo sentimiento de compasión al pronunciar estas palabras-me han dicho que te mueres.

Me resultaba tan extraño verle en tan deplorables condiciones; después de tanto tiempo, era como si su imagen se hubiese congelado en mi memoria y hubiese esperado encontrarle igual. Era la primera vez que recordaba haber hablado con mi padre con la ausencia de aquella sensación de tenso miedo que había impregnado nuestra horrible relación en mi infancia: ya no infundía el mismo respeto amenazador. Me resultaba espeluznante recordar aquellos años de mi vida que él había estropeado. Desde que mamá nos había dejado por su culpa y yo me había ido de casa para no volver más, había intentado vivir en una burbuja, ajeno a lo que sabía que inevitablemente me marcaría para siempre, como si pudiese escapar de mi pasado. Ingenuo. Y a causa de ello ahora todo chocaba contra mí abriendo todas esas puertas que yo había decidido cerrar.

-Me dijeron que...-suspiré mientras pensaba cómo decírselo...-que tenías un cáncer terminal y te quedaban horas. Dijeron que tenías algo importante que contarme.

En aquel instante se alteró sobremanera, volviéndose su respiración más agitada de lo que ya era, y arrastró un brazo delgado y tembloroso hacia mí y me agarró la mano con tal rapidez que no tuve tiempo de impedirselo: parecía que una enorme sensación de urgencia hubiera nacido en él desde que su lápida tenía fecha, como si temiera que me fuese. Y tenía razón, pues era lo que deseaba hacer, darme la vuelta y no mirar atrás. No mirar atrás jamás.

-Necesito...que...me...perdones-escupió mientras luchaba por mantener sus pulmones en funcionamiento.

Y lloré. Tras nuestro abrupto reencuentro, la única manera que encontré para resumir todas las emociones frustradas en mi interior fue llorar, y una lágrima tras otra fui bañando mi mano y la de mi padre, que me la apretaba haciendo acopio de sus últimas fuerzas. ¿Por qué no te vas de este mundo sin molestarme, después de todo lo que me has hecho pasar? Y entonces una rabia sorda afloró de nuevo en mi interior, y le acusé:

-Sabes que mamá no se perdió en el bosque. Lo has sabido siempre y me mentiste igual, papá.

La mano del magullado hombre cesó en su vigoroso apretón, y entonces dijo algo que primero fueron palabras incomprensibles, pero pronto se tradujeron en un gemido desesperado.

-¡No! No, no es cierto... lo de tu madre no fue... no fue así.

Su respiración no mejoraba y parecía muy agitado, pero entonces no me di cuenta. No a tiempo. Cegado por la ira acumulada durante toda mi infancia, a la que ahora daba rienda suelta frente a mi indefenso padre, me levanté de la silla y le dije de nuevo lo que yo había sabido toda mi vida pero él siempre había negado:

-Es cierto, no necesitas ocultártelo más: fuiste toda tu vida una desgracia para mamá y para mí. Y ahora... ¿me pides perdón! ¿Por qué perdón? ¿Porque sabes que en realidad mamá no pudo más?

-¡Basta,... por favor!

-Mamá no se perdió en el bosque, huyó de ti. ¡Lo hizo porque no la dejabas vivir!

Mis disimuladas lágrimas se habían convertido en un torrente furioso e irrefrenable, al unísono con mis palabras. Y entonces un sonido agudo e intermitente mitigó mi furia y el corazón me dio un vuelco. Una máquina empezó a pitar y mi padre calló, luego gimíó, y lo siguiente que recuerdo es encontrarme rodeado de médicos.

-¡Salga de aquí, por favor!

Me dejé arrastrar hasta fuera por una doctora, bloqueado por la situación que yo había desencadenado. Mi ira se había ido de golpe como si hubiera sido barrida por una ola salada y dura. Me llevaron a unos asientos al final de la sala, y allí esperé.

Desperté de un sueño dulce, en el que volvía a mi aburrida y solitaria vida en Londres. Y entonces ya volvía a estar en aquel mismo pasillo, pero era mucho más tarde porque ya no entraba luz por las ventanas. Me levanté y miré a la enfermera que esperaba delante de mí a que reaccionara.

-Sentimos haberle hecho esperar tantas horas: se ha recuperado parcialmente, pero la próxima vez no creo que tengamos tanta suerte. Insiste en que tiene algo que darle que es muy importante.

Me levanté y me dirigí de nuevo a la habitación, pero antes de entrar miré por la ventanilla: la figura seguía inmóvil en el camastro. No quería volver a entrar. No quería pero lo hice igualmente porque no tenía fuerzas para dar media vuelta.

Cuando estuve dentro me senté en la misma silla de antes, pero esta vez no me cogió de la mano. No parecía que pudiera ya.

-Lo sé-susurró.

-¿Qué?

-Sé qué hice mal, ... y por eso te... pido perdón...-paró, inspiró y espiró varias veces, y luego terminó-. No fui un buen padre... pero tu madre no huyó de mí.

Reflexioné profundamente: aún no me había hecho a la idea de lo que estaba ocurriendo allí. Cuando alguien no se cree algo dice que es como un sueño, pero yo creo que eso es ridículo, porque un sueño es demasiado irreal. Momentos así están en un punto intermedio entre una realidad totalmente asimilada y un sueño producto de la inconsciencia mental, y eso justamente me ocurría a mí. No sabía dónde me encontraba. Y mi padre seguía negando lo que le decía.

-Estoy harto de tus mentiras. No sé para qué me has llamado después de tantos años, para pedirme perdón pero luego no aceptar lo que es culpa tuya. Y lo sabes, sabes que mamá huyó de ti.

-No lo entiendes... tengo algo... que te ayudará a entender. Me queda poco tiempo.

En mi cabeza bombeaba la sangre, y no soportaba pensar que el pequeño e indefenso hombrecillo que ahora era mi padre pudiera seguir queriendo hacerme tanto daño en su lecho de muerte. No soportaba que negara el sufrimiento de mi madre: aunque yo aún era muy pequeño cuando se marchó, entendí sus razones. Siempre había soñado que un día mamá volvería para buscarme, pero jamás volvió; yo nunca había entendido por qué, pero desde pequeño me había acostumbrado a pensar que lo estaría intentando, en algún lugar...

-Arruinaste la vida de mamá y la mía, y nunca has intentado siquiera llamarme hasta ahora. No quiero nada tuyo. Pídele perdón a mamá cuando la veas allá arriba; es a ella a quien le corresponde juzgarte.

Y tras ello me levanté y me fui, ignorando sus gimoteos. No quería tener nada que ver con él, ya no. No había sido un padre ejemplar, pero lo que no podía perdonarle era el sufrimiento que pasó mamá y que la obligó a escapar de casa una noche.

Salí de la UCI para encontrarme de nuevo en la entrada del hospital. El cielo de mi natal Bristol me recibía en un halo de nubes negruzcas, acompañadas por un viento que castigaba las ramas de los árboles y los hacía tambalearse como fichas del dominó. Era la primera vez que volvía a casa desde que me había ido a la capital para llevar una vida apartada de mi padre y mi pasado. Me entristecía pensar que ya no me sentía como en casa ni siquiera allí. Me anudé los botones del abrigo hasta la barbilla y me aventuré al vendaval que reinaba en el exterior del hospital.

Cuando sacaba las llaves del coche, oí una voz que gritaba mi nombre. Me giré y descubrí a la enfermera que me había atendido. Se arropaba a sí misma del viento helado mientras corría a mi encuentro. Sacó un sobre del bolsillo.

-Por favor, cójalo. Es la última voluntad de su padre.

Le di las gracias y me resigné a aceptar aquello que mi padre había insistido tanto en darme. Era un sobre con mi nombre, pero no era la letra de mi padre. Me extrañó, pues en el reverso no había más información ni remitente. Lo abrí y saqué una fotografía en blanco y negro. En la ventisca la sujeté contra el coche para apreciarla con claridad. Y me asusté cuando lo primero que distinguí en la fotografía fue a mi madre, muy joven. Lo siguiente que distinguí fue el lugar: de fondo se veía mi casa y el porche, en la oscuridad de la noche; la foto se había hecho desde el otro lado de la calle. Y en el centro de la calle había un coche, al que mi madre se subía, ayudada por un hombre al que reconocí al instante: Craig, el mejor amigo de mis padres, que había venido a vivir a nuestra ciudad cuando enviudó. Y con macabra certeza lo entendí de pronto.

El coche | La noche | Craig

Giré la instantánea para verificar lo que me temía: fechada el 11-7-1975, el día en que mi madre había desaparecido. Entonces comprendí que el mío no había sido nunca un padre modélico, pero jamás había causado el sufrimiento de mi madre. Y jamás me había mentado para protegerse a sí mismo, sino a mí. Mi madre no había huido de mi padre, había huido con su amante, y por ello papá siempre me había dicho que había desaparecido: la verdad jamás hubiese tenido cabida en mi conciencia infantil. Ahora finalmente descubría, también, por qué mi madre nunca había vuelto a por mí: nunca fue su intención.

Respiré hondo y lo pensé de nuevo. No lo creía. La figura de mártir que era para mí mi madre se desmoronaba, y se erigía en su lugar inconscientemente el héroe en la sombra: mi padre, que había sido duro conmigo, pero no una mala persona. La culpa del declive de nuestra relación, concluí, había sido yo, que siempre le había culpado en secreto del dolor, en realidad inexistente, de mamá y había decidido distanciarme de él.

En el fondo del sobre vi un papel arrugado y viejo, escrito con la misma letra que el destinatario. Decía:

Richard,

Lo siento mucho, pero ahora comprenderás lo que te dije. Supe cuándo iba a ocurrir y allí estuve para que lo supieras. Espero que sepas cómo ayudar a tu hijo de ahora en adelante.

Dnight.

Me había equivocado, el destinatario de la carta no era yo, sino mi padre, que tenía el mismo nombre. Al parecer, Dwight había sido un amigo de verdad que se había preocupado por mi padre, a diferencia de Craig. Dwight había hecho la fotografía para enseñarle lo que estaba ocurriendo.

Maldije. Me maldije por mi ingenuidad, por mi madre y por haber tratado así a mi padre. En un último arrebato de esperanza, guardé el sobre en el bolsillo y corrí al interior del hospital, bajé las escaleras, alcancé el final del pasillo y me detuve ante la habitación de mi padre, exhausto. Y en mi interior algo afilado y frío se hundió en mi corazón y me dejó sin aliento cuando presencié con horror cómo la vida de la persona que me había protegido hasta el final se escapaba ahora. No soportaba pensar en la crueldad de mis actos.

Empujé la puerta para entrar. La máquina ya no pitaba de manera intermitente, sino que emitía el silbido uniforme de la muerte. Una multitud de médicos con batas se agolpaba alrededor del cuerpo inmóvil de papá, con máquinas y aparatos.

-¡No! ¡No!-aullé.

Uno de los médicos me ordenó que saliera, pero luché porque no podía permitir que se fuera de mi vida sin haberle pedido yo el perdón a él.

-¡No lo entendéis, tengo que hablar con él! ¡Papá!

Me empujó fuera de la sala con la ayuda de otros, hasta que mis fuerzas me abandonaron en un sollozo cuando me di cuenta de que era inútil. Los médicos se resignaron entonces a apagar la máquina, cuyo pitido pregonaba su muerte, y a retirar los aparatos que en vano habían empleado en su cuerpo. Al abrirse de nuevo la puerta, pasaron los médicos con sus aparatos, expresando sistemáticas condolencias. Luego me asomé a la habitación, donde quedaba la enfermera que me había dado el sobre. No consiguió esconder su asombro al verme allí de nuevo. Entré y le agradecí que me dejara unos minutos a solas antes de recoger el cuerpo.

Cogí la mano fría que me había dado él horas antes. La apreté con fuerza, como si pretendiera que sintiese mi calor allá donde su alma se encontrara. Le habían quitado la máscara, y en sus facciones pude descifrar el paso de los años que habían transcurrido sin vernos. Volví a llorar, esta vez con sentimientos más profundos que cuando había llorado de rabia, inconsciente de la verdad. Si le hubiese escuchado, no sentiría los remordimientos que me acompañarían el resto de mi vida como una sombra imprecisa.

-Te quiero, papá. Lo siento.

Estrujé con ternura su mano inerte y sollocé:

-Algún día nos reuniremos y recuperaremos el tiempo perdido.

A Luis se le dilataban las pupilas con cada frase que leía. Su emoción iba creciendo y creciendo. “Es perfecto, es justo lo que necesito”. Estaba jubiloso. No podía parar de sonreír. No podía creer que lo hubiera encontrado. Creo que hay un refrán o dicho que dice, más o menos, “no lo busques y lo encontrarás”. Pues esto reflejaba la situación en la que se encontraba.

Estaba en internet, supuestamente buscando información para un proyecto, pero en realidad estaba viendo una serie de televisión, cuando de repente, entre episodio y episodio, le había aparecido una ventana. Casi la cierra sin mirarla, pensando que era una de esas publicidades odiosas que se encuentran continuamente por la red. Por pura casualidad, en ese preciso instante, le sonó el teléfono. Alguien le había enviado un mensaje. Era, casualmente, un mensaje publicitario. Lo eliminó sin pestañear, pero ese detalle hizo, que al levantar la cabeza leyera inconscientemente lo que había escrito en la pantalla:

“¿Cansado de sus progenitores? ¿Harto de que le digan todo lo que debe hacer? ¿Quiere tener una vida nueva? No se preocupe, nuestra compañía tiene la solución definitiva. Con nuestra campaña “Cambia a tus padres”, le ofrecemos una nueva pareja de padres que le darán todo lo que usted quería. Nuestra larga experiencia en este negocio le asegura la total eficiencia de nuestro servicio. Llame sin dilación a nuestro teléfono, 666 666 666. Tendrá unos padres nuevecitos en un plazo de cinco a siete días. Y como promoción especial de hoy, las primeras cien llamadas recibirán unos padres que han recibido nuestra máxima cualificación en cariño y afecto. Pueden pagar con tarjeta, o si lo prefieren, con un sobre lleno de dinero enviado a nuestra dirección postal.”

Sí, estaba cansado de sus progenitores. Sí, estaba harto de que le dijeran todo lo que debía hacer. Sí, quería una vida nueva, unos nuevos padres. Quería ser libre, más independiente. Sus padres eran obsesivos, le controlaban demasiado. No le dejaban hacer nada, y no podía más. Querían saberlo todo, no comprendían que a veces eso no era necesario, que sus hijos no debían contárselo todo, porque por mucho que sean sus padres, eso no les da derecho a interrogar a sus hijos como si fueran delincuentes; encima, no aceptan que no tienen su misma edad, y no les es fácil entender sus problemas. Es cierto que todos los padres han sido niños en algún momento pero eso había ocurrido en otra generación, en otro tiempo, otra época. Para discutir cosas de adolescentes, se discuten con otros adolescentes de hoy, no con adolescentes de ayer y adultos hoy.

Además, sus padres siempre le tenían vigilado. Pensaba en una ocasión en que había una fiesta, que empezaba un poco tarde y acababa un poco tarde. Todos sus compañeros iban a ir, pero claro, eso no servía de nada, “Nos dan igual los demás, tu harás lo que nosotros digamos, ¿te ha quedado claro?” Eso es lo que le habían dicho. Y se había quedado en casa, mientras los otros se divertían. Después también estaba el tema de las notas. Sus padres no podían entender que él no estaba destinado a ser ingeniero ni médico. No se le daban bien los libros. No era culpa suya. Pero ellos no podían

aceptarlo, y por eso le encerraban en su habitación para que estudiara, cosa que le provocaba una gran frustración, y encima, esa frustración provocaba que los resultados no llegaran, y cuando los resultados no llegaban, eso provocaba que sus padres le abroncaran de mala manera y le quitaran los pocos privilegios de los que disponía.

Pensar en ello le daba fuerzas para hacer lo que estaba a punto de hacer. No más frustración, no más fiestas pasadas en casa, no más broncas. Había llegado el momento del cambio. “Es increíble lo que uno puede llegar a encontrar en internet”, pensaba.

-¿Qué haces? ¿Estás estudiando?...Más te vale que estés estudiando.-se oyó desde detrás de la puerta de su habitación.

-Sí...mamá...-le dijo, sonriendo.

Ese último detalle fue lo que le empujó definitivamente a dar el paso. Cogió el teléfono. Estaba muy contento. Entusiasmado. No cabía en sí. Dentro de cinco a siete días tendría unos nuevos padres y por fin sería feliz.

La llamada fue simple y sencilla. No le pidieron mucho. Dio su nombre y sus datos, y el tipo de padres que quería, unos que le dejaran hacer de todo y le dejaran ser libre. Además, le comunicaron que su llamada era la llamada número noventa y nueve, así que sus padres encima tendrían dinero para comprarle de todo. Más no podía pedir. Era perfecto. Por último, les envió el sobre lleno de dinero y completó el pedido.

En el sexto día del plazo de cinco a siete días, Luis estaba durmiendo plácidamente en su cama de casa. Se despertó con el grito habitual de su madre desde la cocina. Se vistió, se preparó y bajó a la cocina para desayunar. Pero antes de eso, su madre, en su tono habitual, le gritó:

-¡Ve a buscar el periódico inmediatamente!

-¡Pero si estoy aquí al lado! ¡No hace falta que grites!-es lo que le hubiera respondido enfadado en un día habitual, pero ese día estaba contento, presagiando que ese era el día escogido para el cambio.

Salió del bloque unifamiliar, en medio de otros tantos bloques unifamiliares iguales, y se dirigió hacia el periódico, que estaba reposando, esperando que alguien lo recogiera, en la acera delante de la casa, como tantos otros periódicos delante de tantas otras casas.

Justo en el momento en que se agachó para cogerlo, oyó un crujido de frenos. Levantó la mirada y vio como una furgoneta se paraba justo delante de él. Sin previo aviso, se abrió la puerta corredera de la furgoneta, que era negra, por cierto, y cuatro hombres vestidos de naranja fluorescente salieron de ella. Salieron apresuradamente, le cogieron y le metieron dentro de la furgoneta. Todo pasó en unos segundos. Nadie lo vio, nadie se dio cuenta. Estaba aterrado. No entendía nada. No sabía quienes eran esos hombres.

-No te preocupes, somos de “Cambio de padres”, te llevaremos a tu nueva casa.

-¿Pero, y mis cosas?-preguntó Luis- No te preocupes, tendrás nuevas...

Estuvieron conduciendo durante unas cuantas horas, pero finalmente llegaron a su destino, su nueva casa.

Los hombres le tranquilizaron y le ayudaron a bajar. Le llevaron a la puerta de su nueva casa y llamaron a la puerta. Apareció una mujer con cara de cansada.

¿Verdad que usted quiere un hijo pero no puede tenerlo por: no poder tenerlo/ ausencia del verdadero hijo/no tener padre/no tener madre/ser homosexual o todas son correctas?

Sí, supongo...¿pero?

Disculpe, estoy obligado a preguntarlo por contrato. Bueno, aquí lo tiene.-Le empujaron hacia la puerta, y tan rápido como habían aparecido se giraron, se metieron en la furgoneta y se marcharon.

¿Qué pasa aquí?...

No le costó mucho acostumbrarse a su nueva vida. Sus nuevos padres le dejaban hacer lo que quería, era libre e independiente. No hubo ninguna fiesta que se perdiera. Por fin pudo tener lo todo.

Pero no tardó en aburrirse. Era cierto que tenía aquello que tanto había deseado. No le controlaban, no le vigilaban, no le obligaban ni a quedarse en casa, ni a estudiar ni a nada. Eso estaba bien, pero al final, todas esas cosas le hacían sentirse vacío, incompleto.

No podía entenderlo. Tenía todo lo que había deseado, pero, sin embargo, ahora tenía la sensación que eso a lo mejor no era lo que él deseaba durante todo ese tiempo que despotricaba de sus verdaderos padres. También empezaba a creer que los añoraba, quería volver a estar con ellos. Era verdad que sus nuevos padres le dejaban salir por las noches y no le daban hora de vuelta, era verdad que aunque sacara malas notas no le decían nada y era verdad que, gracias a ser la afortunada llamada noventa y nueve, sus padres le compraban muchos regalos y presentes. Pero era mentira que actuaran como verdaderos padres. No sabía que cuando el anuncio se refería a máxima cualificación en afecto y cariño se referían solamente a cosas materiales.

Pero llegó un día en el que se dio cuenta del gravísimo error que había cometido. Cuando entró en casa sus nuevos padres, así, de sopetón, le dijeron:

-Hola Luis, te tenemos que decir algo. Y no te va a gustar mucho, pero no te lo tomes a mal. Tienes que entendernos. Aún somos jóvenes y bien, con tu llegada nos has hecho ver que todavía estamos a tiempo de ser padres.

-Pero si ya lo sois... ¿no? Estoy yo.

- Sí, pero nos hemos dado cuenta de que queremos tener un hijo propio, uno que sea nuestro de verdad. Y lo tendremos. Lo siento Luis.

-¿Porqué “lo siento”? Podéis tener dos hijos.

- Lo sentimos pero no, ya vamos suficientemente justos con un hijo como para tener dos. De verdad que lo sentimos mucho.

-Y.. ¿Yo?

-Te vamos a dar en adopción.

-¿Qué?- No entendía nada. ¿Cómo le hacían eso? Salió corriendo hacia su habitación. Cogió el teléfono y marcó el número de “Cambio de padres”. Les explicó lo que pasaba y solamente recibió una respuesta.

- Tranquilo, no se excite, el suyo no es el primer caso. Pasa de vez en cuando. Está dentro de nuestra póliza y la aceptó al contratarnos. No olvide recomendarnos a sus amigos- Y le colgaron.

En ese momento comprendió que todo lo que sus verdaderos padres hacían y que él detestaba, ellos lo hacían por su bien, porque le querían y deseaban lo mejor para él. Había sido estúpido, y lo sabía. Pero aun estaba a tiempo. Volvería a casa.

Esa misma noche, decidió escaparse y volver a su verdadera casa. No quería esperar más. Quería volver lo antes posible. Bajó sigilosamente las escaleras y abrió la puerta de su no verdadera casa. Tan pronto había abierto la puerta, se presentó uno de los hombres de naranja delante de él.

-Lo siento, no puedes volver con tus verdaderos padres.

-¿Qué? ¿Cómo lo sabes?-le preguntó, incrédulo.

-Es mi trabajo, hijo, tenemos controlados a todos los clientes.-le respondió.

- ¿Qué? Bueno, igualmente ¿cómo que no puedo volver?

- No, no puedes. Si hubieras entrado en la página, si hubieras leído todas las cláusulas, hubieras visto que en nuestro pequeño “intercambio” de familias, siempre contactamos con los verdaderos padres y les contamos lo que sucede. Y tus padres estaban de acuerdo. – mintió el hombre vestido de naranja fluorescente.

-Eso...no puede ser cierto...es mentira...-casi ni le salían las palabras.

- Lo siento, pero es así. Y ahora más vale que vuelvas a entrar en casa.

Mientras tanto, en la casa unifamiliar, la verdadera casa de Luis...

-¡¡¡¡¡Mi hijo!!!!!! Nooooo.... ¿Por qué? ¿Por qué a mí? No lo entiendo... ¿Por qué se fue?- sollozaba la verdadera madre de Luis. -¿Tan malos éramos?-le decía a su marido llorando desconsoladamente.

Luis, en su afán por tener unos nuevos padres, ni había pensado en lo que provocaría que se fuera. No se había parado a pensar que podía ser que sus padres le quisieran y de ninguna manera hubieran deseado que se marchara.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta de la casa verdadera de Luis. Los padres

de Luis se dirigieron a la puerta y la abrieron. Allí estaban un chico, y un hombre vestido de naranja fluorescente.

¿Verdad que ustedes necesitan un hijo por: no poder tenerlo/ausencia del verdadero hijo/no tener padre/no tener madre/ser homosexuales o ¿todas son correctas?

Bueno, hmm, en realidad buscamos a nuestro hijo, Luis. ¿Y estas preguntas tan raras?

Disculpe, estoy obligado a preguntarlo por contrato. No se preocupen, tengo la solución a todos sus problemas.-les dijo el hombre de naranja intentando tranquilizarles.

Este es Juan, su nuevo hijo.

Autor
Enric Mir González

Milagrosamente, la botella de cristal, sucia, flotaba en la límpida superficie de las turquesas aguas marinas. El suave viento la empujaba constantemente hacia la orilla, donde una formación de afiladas rocas la esperaba.

La botella vaciló y se hundió levemente entre las olas que la acariciaban. El papel que guardaba dentro, tembló. Parecía que tuviese miedo de perderse. Una mano de agua la empujó por debajo y la alzó hasta que quedó de nuevo a flote. El cristal destelló bajo la intensa luz del sol y los rayos del poderoso astro rey traspasaron el translúcido cuerpo de la botella y entraron, distorsionados, en la mar.

Una impulsiva ola se erizó por encima de las otras y acercó la botella hacia la costa. Pero por suerte, hacia la pequeña cala que esperaba, con los brazos abiertos, a los naufragos que podían esquivar a las rocas.

Finalmente y después de dos largos años perdida en la mar, la botella tocó la cálida arena de la cala y se hundió en ella para descansar. Los tropicales rayos de sol la acariciaron hasta que se sometió al peso de los sueños para quedarse inmóvil.

Pasó una semana. Nada de nada. Nadie venía a recogerla.

Pasó otra semana y siguió medio enterrada en la arena con la marea creciente que le lamía los pies. La luna empezaba a brillar con desacostumbrado resplandor por las noches e iba creciendo junto al nivel del mar.

Una oleada salada y juguetona le apartó la arena de encima. Se retiró, traviesa, para luego volver a atacar. A la segunda estocada, levantó la botella de su yacimiento y se la llevó de nuevo a la mar. La botella, con los cristales limados por la arena, empezaba de nuevo a viajar tras dos semanas tumbada en la playa.

Mareas tempestuosas y olas gigantescas empujaron y llevaron a la botella como si fuese una simple marioneta, movida por los hilos del viento y zarandeada por la intensidad de la mar. Días pasaron, noches que terminaron... la botella, mareada, no veía el fin de su viaje, no veía el destino, la intención de la mano que le había arrojado a las frías y puras aguas del río. Un largo camino que nunca acababa, una misión que, al parecer, carecía de sentido y de propósito. El delgado papel que guardaba enrollado temblaba constantemente al recibir ella los impactos traicioneros de las aguas. Unas tímidas letras hechas con la mejor caligrafía, estampadas en la superficie apergaminada de la lámina del papel contaban, con precisión, el motivo de su viaje. Unos símbolos incapaces de ser descifrados por la botella. Unos símbolos...

“Tierra a la vista”, pensó la exhausta botella al divisar una fina línea en el horizonte. Cerró los ojos y se dejó llevar, a sabiendas de que quizás aquel no era su destino.

O sí.

Porque era la mensajera de la hija del mar.

Lentamente, las aguas la fueron acercando a la playa. Abrió los ojos y un sol hiriente se reflejó en ellos inmediatamente.

Era una playa gris, triste.

No había nadie, no era de doradas arenas ni altas palmeras con lágrimas en las puntas de las hojas. Era una playa desierta.

Las olas eran silenciosas, callaban. Como si...

La botella aguzó el oído.

Alguien lloraba. En silencio, pero lloraba. Y el mar, respetuoso, acompañaba el llanto con un silencio estremecedor, impactante pero a la vez, profundo y consolador.

Una tibia ola la acercó casi con cariño a la arena. La botella rodó sobre la blanca superficie y se apoyó en un montículo un poco alto.

Notó aquellos ojos. La miraban. Intensamente.

Y la botella se sonrojó.

Dejando detrás de él un irregular camino de huellas, el hombre se le acercó.

Pero no era aún un hombre. Era un muchacho. Y joven.

Se agachó. Durante un largo y eterno minuto, el chico estuvo mirando la botella. Ella se sacudió un poco, quitándose los diminutos granos de arena que se habían pegado a su translúcido cuerpo. Y vio el papel.

Alargó la mano y suavemente agarró la botella, alzándola hasta sus ojos. Oscuros, como la noche. Y con un leve toque castaño dorado como la arena de la playa...

Tanteó la cabeza de la botella con dedos temblorosos, el corcho se desmenuzó entre sus dedos, deteriorado como estaba.

El chico se apalancó en la arena y, aún con los ojos húmedos, empezó a leer aquella maravilla que había caído en sus manos.

No me gustaría por nada empezar con un típico y monótono <<Querido desconocido>> como exige un rigor invisible que parece atar a todas las personas a una formalidad que quizá, les aleja un poco.

Quiero pedirte perdón por haber osado escribirte, por atreverme a dirigirme a ti y, sin embargo, nunca nos hemos visto.

Así que recurro brevemente a este tópico literario y te ruego que disculpes mi desfachatez.

Para empezar, una corta pero protocolaria presentación personal. No entraré en detalles sobre el aspecto físico, solo un par de datos reveladores: rubia, pelo levemente ondulado y bastante largo, ojos azules o grises, según el día. ¿Edad, preguntas? El tiempo es generoso con nosotros, lo sabes bien... 436 años... y aún soy joven.

Así me llaman a mí: la Hija del Mar.

Seguramente te estarás preguntando cuál es el motivo de que haya escrito esta carta y la haya metido en una botella de cristal. La cuestión parecerá sencilla a grandes rasgos: me he enamorado.

Menuda tontería – estarás pensando – y te preguntarás porque estás perdiendo el tiempo y leyendo esta carta. Lo sé, y opino lo mismo: el amor – si me lo permites – es una tontería visto desde cualquier ángulo.

Pero para mí, la situación se complica un poco más.

En este punto de la carta me veo obligada a advertirte: lo que voy a escribir será, quizás, otro de los rollos que habrás sentido mil veces ya...

Romántica estúpida, eso es lo que soy.

Sabía que serías tú, quien encontraría la botella. Sabía que nadie más sería capaz de esperar junto al mar la llegada de alguien o de algo que le cambiase la vida. Solo podías ser tú.

Así que supongo que ya lo sabes. Y no tengo otra forma de decírtelo que directamente, sin más rodeos ni palabras de protocolo: te quiero.

Y me gustaría que siguieses leyendo.

Entiendo y percibo tu desconcierto. Pero te lo repito: estúpida romántica... los libros en los que vivo me hacen ver, me enseñan, me dibujan caminos. Son mis maestros.

Y te vi. Aquel día. No sé cómo. Ni siquiera cuándo o dónde. Pero eras tú. De pie, encima de las olas turquesas, el agua salada te lamía los pies y la arena, calentada por el sol, se escurría entre tus dedos.

Y te parecerá un estúpido cuento de hadas si te digo que desde aquel día, nada fue igual.

Podrás pensar que soy una estúpida – y lo pensarás – podrás pensar que soy una fantasiosa, y quizás tengas razón. La gente a menudo tiene razón. Todos tienen su razón.

Pero nosotros no somos todos. Nosotros somos los Hijos del Mar. Somos distintos a los demás...

¿Y mi razón? Quizá yo no tenga. Pensaba que podríamos conocernos. El mar nos une. El mar, mensajero.

Sé que tú vendrás. Estaré esperándote, porque sé que no será vana mi espera.

Búscame... los caminos del mar no son infinitos si las aguas te ayudan, si las estrellas guían tu corazón.

Yo, hija del mar

La carta terminaba.

Un fuerte olor a mar, a agua salada, le inundó la nariz y una nostalgia se instaló en su pecho. La buscaría. Porque la había visto. Porque era la hija del mar, porque él también podía amar.

Porque él lo era también, hijo del mar.

142 años después...

Te busqué. Lo prometo, Hija del Mar.

Recorrí infinitos caminos, paré en todas las costas... y no estabas. No estabas...

Prometiste esperar. Y esperaste. Pero por poco tiempo. Quizá mucho para un humano, pero poco para nosotros.

Sé que mis palabras no serán como las tuyas, bonitas, ligeras, saladas... pero son lo único que me queda de ti.

Te fuiste, el mar reclama a sus hijos, lo sé.

Pensé que podríamos conocernos aquí, este lugar, es perfecto, idílico. Aún puedo verte, escribiendo la carta que nos unió, mirando al horizonte con tus claros ojos, sonriendo a las aguas que te habían engendrado. Puedo verte, pero no te vi. Parece que la locura se apodera de nosotros, hija del mar. Cualquier pensaría que... da igual, dejémoslo.

Volví a casa. La botella seguía en el mismo lugar. Solo tuve que encontrar otro corcho, pero creo que prefiero que sean las corrientes las que te lleven las letras, diluidas en aguas y sal. Que mis palabras se junten con el agua, que mis torpes letras te lleguen a través de lo que eres. A través del suave oleaje, a través de los turbulentos caminos trazados por el brillo de las estrellas que me guiaron hasta aquí.

Mirando retrospectivamente, debo reconocer que es mérito tuyo que esté en este lugar. Y la carta... la carta que me mandaste me la quedo como seño, por si nos encontramos en otro lugar... lejos de estas playas, más lejos aún de las montañas que nunca he visto, un lugar donde el cielo reluce en oro y turquesa, donde la vida es agradable, como un cosquilleo en las yemas de los dedos... un lugar llamado Mar.

Y tomando tu nombre entre mis manos, me permito firmar la carta a ti dirigida con aquellas letras con las que tu misma te nombras:

Yo, hijo del Mar.

Tiempos que vuelan, aguas cambiantes.

Mil y una noches bajo este firmamento. Letras diluidas en la mar, palabras susurradas por doquier, entre algas vacilantes y pequeños peces destellantes.

Hijos del mar...

¿Algún día os habréis de encontrar?

Franz me dijo que había vuelto.

Aquella tarde, escribiendo, murió una parte de mi, para que naciera una de nueva, de la que estoy infinitamente orgulloso.

“Allí estaba de nuevo, vieja extranjera, sumida en su adicción. Recuerdo aquella noche de julio en que prometió dejarlo para siempre. Para siempre es mucho tiempo, vieja dama, mucho tiempo. Al escuchar sus palabras, supe que aquella fracción de siempre duraría un viaje de taxi hacia su hotel, nada más. No lo he podido confirmar hasta ahora. Pues ha tardado un año, esta cautivadora ciudad, a secuestrarla de nuevo, o usted a querer seducirla por duodécima vez. Pero me gusta esta segunda amante que ha escogido, le pertenece de algún modo, una parte de usted lleva el aroma de las calles de mi ciudad natal, y como parisino, se lo aseguro, esta ciudad la ha escogido, igual que usted a ella.

Pues desde el primer día que decidió tomarse un café en mi pequeña pero majestuosa cafetería, supe que usted era una mujer de amantes, ya fuesen hombres o mujeres, ciudades o países, calles o edificios. Usted seduce y se deja seducir.

Pido disculpas de antemano por responsabilizarla de mi recién adicción, la cual ya dura más de un año y que de hecho, es la que define mi imagen sobre usted: ahora fumo, amada desconocida. Fue sencillo. Otra noche de otoño que llevaba una brisa veraniega de aquel caluroso julio, en la que París se percibía algo diferente, puesto que usted ya no se alojaba en ningún hotel que no fuese su propia casa en Barcelona, me invadió una nostalgia que no sabría definir aún. Mire que siempre he vivido en mi querida ciudad, por cobarde o por gandul, o simplemente porque estoy profundamente enamorado de ella, y hasta ahora, no he sentido nada igual por algo o alguien. Siempre que he querido huir de ella, me ha cobijado en sus secretos, misterios, amigos y mujeres a las que no suelo poder resistirme. Pero aquella tarde oscura, sentí que algo faltaba. Mi cafetería estaba llena como de costumbre, pero todas las fumadoras se desvanecían como espíritus extremadamente ligeros en el humo de sus cigarros. Fue al dejar un café en la mesa de una de esas damiselas, que una pizca de aquel humo se infiltró en mis fosas nasales, exhumando sin permiso mi inconsciente, y así, casi de improviso, su imagen apareció en la plata de mi bandeja. Recordé sus gestos, el modo en que cogía la taza blanca de “cafés Richard”, cómo sacudía a continuación el sobre de azúcar, lo abría y lo abocaba en el líquido marrón, como sus ojos crema. Acto seguido miraba pícaro al acompañante que se sentaba a su lado, y empezaba a abrir su bolso para sacar un maravilloso paquete de tabaco. Usted fumaba “Camel” y algunas veces “Marlboro”, siempre dejaba los inocentes cartonillos en la mesa, igual que su mechero, que siempre era diferente. Cada ocasión era digna de un fuego nuevo. O eso decidí yo. Por eso, un día en que usted tuvo que marcharse de un modo inesperado, con prisas, a sabiendas de una desgracia recién que afectaba a alguien que le importaba, a juzgar por la expresión de su cara que lucía aterradora y prediciendo quizá lo peor, tuvo que salir corriendo de mis descarados ojos de felino, que observaban de lejos como se dejaba su último

cigarrillo y uno de sus miles de mecheros. Su huida provocó en mí tal añoranza que fui a apropiarme aquellos dos objetos tan suyos. Me sentí algo incomodo porque su desgracia había provocado mi pequeño instante de felicidad. No sabe usted de que manera conservo ese cachivache y aquel triste cigarrillo.

Prosiguió pues esa porción de humo extranjero y descarado hurgando en mí. Me había quedado en el momento en que usted aposentaba sus amigos encartonados en la mesa. Me agradaba especialmente entonces: escogía a uno de ellos, sin ningún tipo de predilección, espontáneamente; así la próxima víctima que pasaría de papel a cenizas y humo, reposaba en su boca, esperando a ser consumido, única función posible. Todo sucedía, en realidad, fluidamente. Al tener el cigarro en la boca, alzaba delicadamente su brazo bronceado; con un movimiento ágil doblaba su peculiar mano, giraba con infinita personalidad la rueda del mechero y dejaba que el fuego quemase hasta que sentía el humo penetrar en sus pulmones. Entonces, se intercambiaban los papeles, usted quemaba y humeaba, mientras su mechero reposaba de nuevo en su sitio, apagado, frío. Al instante, con la primera calada, jugaba con el humo elegantemente: habría aprendido en algún lugar a hacer la calada francesa, además, asombrosamente rápido y le salía de un modo natural, que se mezclaba con su exotismo español, cosa que producía en mí una atracción casi “fatal”. Pues usted era una de esas mujeres “fatales”, pero sin serlo. Era un complot de belleza, como una escultura exportada de algún país lejano, o no tan lejano, al “Louvre”. Pero con vida. Sus gestos alimentaban mi curiosidad y mis ganas de contemplación. Además de eso, transmitía un dulce erotismo que creaba un deseo insaciable, ya que tal vez, jamás sería o seré, tan afortunado de poder acariciarla. Sin embargo ahí estaba, tomándose lo que hubiese pedido, como si nada y como si todo, sabiendo que de algún modo, no dejaba a nadie indiferente.

Envidiaba sanamente a todos sus acompañantes, incluso cuando se trataba de “Soledad”. Pensé en ocasiones, cuando estaba con “Soledad”, en entablar una conversación con usted, pero no lo conseguí. Cuando le traía el pedido y se lo dejaba de la mejor manera posible como camarero parisino en la mesa, su sonrisa de agradecimiento me enmudecía. No solía, ni suele pasarme. Tengo facilidad para hablar con las muchachas, con las damas y también con los hombres, que pasan a buscar la cerveza que les espera de vez en cuando. Pero con usted, era diferente. También eso hacía que la olvidase difícilmente. Debo reconocer que lo sigue siendo, pues milagrosamente, haciendo un “rendez-vous” a la redundancia, está de vuelta.

Por eso, aquella noche en que me sentí vacío, ligeramente desprotegido por mi subjetivamente carnal y amada ciudad, recordando de un modo inevitable su ausente presencia, tuve ganas de fumarle aquel cigarro que olvidó por una emergencia que me es desconocida. Al principio me pareció justo despojar una parte de mi pequeño tesoro, que no era más que usted en forma de cigarro, disculpe la vulgar comparación. Acto seguido, pensé que consumiéndolo, se consumiría una parte de usted. Así que le pedí un cigarrillo a mi amigo Franz. Éste me lo alargó, curioso y intrigado al verme rendido al tabaco; debo decir que yo, era uno de los únicos entre mis amistades, que no

fumaba, o lo hacía muy pocas veces. Como parisino, suena extraño, pero por eso, no es menos cierto. Ahora es diferente. Ahora soy yo el que alarga cigarrillos, o acorta las horas de trabajo intercambiando minutos por humo. Pero me sale a cuenta, al fin y al cabo, el humo lo intercambio por imágenes borrosas de su eterno recuerdo.

Disculpeme ya, por tercera vez. Más que una carta para usted, parece un himno al tabaco. No es mi intención. Si usted no fumase, la querría igual. El tabaco solo es un medio posiblemente estúpido, parte de las ilusiones del cerebro humano, que me ayuda a dibujarla con fidelidad: su rostro exótico para mí, y corriente para los que la conocen, o ni tan solo para ellos, pues no es usted alguien corriente. Sus manos son finas y elegantes, pero a la vez robustas, fuertes. Creo que me esta bien que nunca consiguiera entablar un diálogo con sus palabras, puesto que su sonrisa y sus ojos, hablan solos. Y no se si lo prefiero así, porque intuyo que tiene un mundo escrito en su interior por el que también quedaría eclipsado. La he escuchado múltiples veces conversando y me embriaga lo que cuenta a sus oyentes. Sería desde luego un excelente espectador de su conocimiento. Pero por ahora, vivo de suposiciones por lo que a vos respecta.

Tampoco sé qué piensa usted de mí. Sólo intento recompensarle con una sonrisa de vuelta y algún “merci”. Y usted a veces responde, y otras no.

Hoy esta más deslumbrante que nunca. Su vestido susurra al mundo las curvas de su cuerpo exuberante y a mi pesar, perfectamente esculpido. Su pelo oscuro pero no negro, no está recogido, no lleva peinado. Ha decidido cortárselo justo por donde empieza su cuello. Le favorece mucho. Perdóneme la indiscreción, el pícaro atrevimiento: resalta su “décolleté”, la forma redonda y algo maternal de sus pechos. Como a cualquier hombre, y mujer sensata, me gusta. Lleva maquillaje pero no es demasiado ni desapropiado. Sus ojos encajan misteriosamente con la raya negra, fina, que los resigue. No se ha puesto sombra. Pero lleva rojo en los labios. Quemar como su mechero, como usted de costumbre. Cuando la contemplo quiero ser una célula de su cuerpo y al mismo tiempo, anhelo verla sin un gramo de pintura y seguir con mi simple tarea, aumentado las ganas de buscar palabras para definir lo que me transmite su imagen sin decorar.

Así fue que fumé uno de mis primeros cigarrillos diarios. Pensando en usted. Me agradó tanto recobrarla en mi mente, que la he convertido en mi adicción. No puedo dejar de fumar...

Habiéndola culpado siendo usted más o menos inocente, también debo agradecerle varias cosas. Empezando por lo que sea que la ha traído de vuelta, no solo a París sino a mi cafetería que como buena observadora, supondrá no es en cierto modo mía. Pero paso más horas viviendo en ella que en mi pequeño ático. Pues podría haber seguido mostrándose por Chanel, por “Place Vendome”, “Place des Vosges” o en los Jardines de Luxemburgo, pero ha decidido volver para regalarme una nueva dosis de

contemplación de un París que me es extraño, y terriblemente desconocido a pesar de haber creado mi propia versión. Ahora si pienso en usted, debo recortar su pelo. No me importa. Por “suerte” sólo ha recortado eso. La manera de hablar con su gente es la misma, igual que el modo en que bebe café y fuma sus cigarrillos que nunca ha podido dejar. Fue lo último que conseguí escuchar el verano pasado. Tenía la vaga intención de dejar una de sus mayores aficiones. Perdone que no haya confiado en usted, pero sabía que no lo conseguiría. Piense, ahora yo también desconfío de mí mismo por lo que a fumar respecta, igual que el resto de fumadores existentes y presentes. Prosigo si no le importa, con mi corto agradecimiento. No es que aumentar el club de fumadores sea su logro, eso se lo cuento por avanzado. Ha creado en mí algo que antes no existía. Una vena curiosa en otro sentido, porque curiosidad no me falta precisamente... más que nada, siento que puedo realizar mis objetivos de un modo más sencillo y asequible. He dejado de amar tan violentamente mi ciudad para dedicarme a otras amantes, ya sean de carne y hueso o no. Me siento capaz de abrir la boca ante sonrisas que hacen que uno se calle de asombro. Incluso tengo ganas de viajar a algún sitio. Y quizá sea hipócrita conmigo mismo porque no haré nada de ello. Se reduce todo, en realidad, en el valor que siento por entregarle estas palabras. Y entregándoselas, de un modo u otro, siento que se abre una puerta. Tal vez usted las ignore, tal vez no. Pero no quiero seguir en mi incertidumbre. Usted hace que quiera hablarle aunque por carta sea. Si ha vuelto, es por algo. No por mi quizá; al mismo tiempo, fíjese que yo tampoco me he movido, he sido paciente y he tenido fe (y la sigo teniendo) por mi soberbio deseo. Y no lo he buscado nunca, sólo poseo esta ansia y angustia que quiere ser buscada por mí. Usted lo crea, mademoiselle. Sepa que ignoro su edad, igual que ignoro la mía. Ignoro la realidad de la fantasía que he creado.

He vivido siempre en lo mismo y quiero cambiar. Su perfume grita que quiere que le entregue mi intimidad hecha texto. Haga lo que quiera con ello, pero no haga lo que le venga en gana conmigo (o sí, pues tiene todo el derecho del mundo, pero...). Considere mi paciencia, mi detallada y explícita contemplación. Digo que soy camarero, pero en eso también miento. Servir copas y tazas es como fumar, un medio: robo recuerdos y esencias de desconocidos, y luego las plasmo como mejor puedo, a veces fracasando, en palabras. Dependo un poco de usted por no decir mucho. Si no ha besado en mi presencia a ninguno de sus acompañantes es por algo. O así me lo he figurado también.

Déjeme poder describir uno de sus besos. O mejor, permítame alguna vez, dedicar mi vida a mirar en una misma dirección juntos, y probar de describir tal sensación. Si usted se va estará vacío. He dejado mi amada para amarla a usted. Usted es mi ciudad. Déjeme pasear por sus calles, sumergirme en su río. La hecho de menos sin haberla tenido. A pesar de todo, no me deje poseerla nunca; usted es demasiado bella para ser de nadie que no sea usted misma...

La invito al cigarrillo que es suyo. La invito a una copa de vino, a un paseo, a lo que quiera. Invíteme a una oportunidad a su lado. Bríndeme una vida vivida, por un año soñado.

Le dejo una copia de la llave de mi ático. No viajaré sin usted, pues si no viene, tampoco tengo rumbo. Siéntase libre de su elección, sea natural, como lo es siempre. En el peor de los casos, aprenderé a olvidarla, pero al menos, podré sentirme orgulloso de haberme regalado una posible oportunidad, regalándosela ante todo, a usted.

Su conocido desconocido, que quiere conocerla.

P.D: Bd. Voltaire, 15, 6^{ème} étage.”

Dejó la carta en su mesa con la cuenta. Le dije que era para ella, de un tal Noah. Esperé un verano más.

Autor En julio de 1950, escuché como alguien abría la puerta y sonreía de un modo que no me fue menos familiar, de lo que me resulta ahora cada mañana.

Lotta Fábregues Kässler

Le veía marchitarse lentamente, sin poder hacer nada. Sólo tenía cinco años, pero era más consciente de su situación que cualquiera de nosotros. En su camita del hospital, rodeado de tubos y monitores, abrazado a su peluche favorito, aguardaba a la oscuridad. Sabía que iba a morir, que apenas le quedaban unas horas de vida, si no menos. Tenía miedo, pude verlo en sus ojitos azules, aunque él se hacía el valiente y me sonreía.

Estiró una mano hacia mí todo lo que pudo. Yo me acerqué y se la cogí con cuidado. Me daba la impresión de que a cada momento se volvía más frágil; su piel parecía un fino papel, pálida, casi translúcida, su cuerpo era como de cristal.

Había nacido sano y con un peso normal. Y sin embargo, a los pocos meses había desarrollado un cáncer que, a pesar del tratamiento, había ido extendiéndose por su cuerpo, consumiéndolo por dentro.

– Mamá –, me llamó, con un hilo de voz.

Las fuerzas le abandonaban, mi corazón se encogía de dolor a medida que él se debilitaba. Me incliné sobre él.

– Dime, amor.

Él apretó mi mano y trató de incorporarse. Me acerqué hasta que sus labios rozaron mi oreja.

– Tengo miedo –, susurró, como si confesara un secreto.

Suspiré. Hice un esfuerzo por contener la pequeña lágrima que pugnaba por salir y le acaricié la mejilla.

– No pasa nada, cielo. Piensa en el lugar más bonito del mundo.

Él me dirigió una mirada inocente, con los ojos muy abiertos.

– ¿Es allí donde voy a ir? – preguntó, aún en voz baja.

– A un sitio más bonito todavía.

Una lagrimita se deslizó por su mejilla pálida.

– Pero yo no quiero ir sin ti, Mami.

Volví la cabeza para que no viera mis ojos húmedos. No supe qué contestar, él sabía que no podía acompañarle.

– Sé valiente –, fue lo único que pude decir.

Él asintió gravemente. Me apretó la mano y me dirigió una sonrisa, como si quisiera darme ánimos, como si quisiera demostrar que estaba tratando de ser valiente.

– Pensemos en el lugar más bonito del mundo –, propuso.

– De acuerdo.

Nos quedamos en silencio, con su manita fría en la mía, él con los ojos cerrados, yo observándole. No sabía cuál era el lugar más bonito del mundo, pero sí estaba segura de cuál era el rostro más bello; aun estando pálido y marcado por el cansancio, su carita redonda y sus mejillas rellenas, su nariz recta y sus párpados ligeramente violáceos, sus hoyuelos y sus rizos dorados eran hermosos. Los más hermosos que había visto.

– ¿Qué te parece el prado donde fuimos de picnic Papá, tú y yo? – preguntó, sin abrir los ojos.

– ¿Te referes al claro del bosque, en el que estuvimos recogiendo flores de colores?

Él asintió.

Yo sabía que aquella excursión había sido una de sus favoritas. Habíamos comido unos bocadillos sobre una manta de cuadrillos azules, el suyo de atún, el mío de tortilla. Mientras comíamos intentábamos contar cuántas mariposas habíamos visto pasar y recordar sus colores. Después habíamos estado jugando a perseguirnos el uno al otro y, más tarde, a buscar formas familiares en las suaves nubes de algodón. Él tenía la oreja apoyada en mi pecho y escuchaba los latidos de mi corazón; decía que marcaban el ritmo de la melodía que él imaginaba cuando me echaba de menos.

– ¿Y qué me dices de la playa desierta y la puesta de sol? – sugerí.

– Queda empataada con el prado –, contestó, aún con los ojos cerrados.

Recordé la tarde en la playa, a él sentado entre mi marido y yo a la orilla del mar, los tres con las manos hundidas en la suave arena blanca, las dulces olas lamiendo las puntas de nuestros pies. El sol dorado del atardecer se reflejaba sobre el mar calmado, su cálida luz anaranjada se esparcía por la playa.

Vimos cómo el sol se hundía lentamente en el horizonte y se despedía de nosotros con sus últimos rayos. Fuimos testigos de cómo el brillo de la luna iba intensificándose poco a poco hasta bañar nuestros cuerpos con su luz blanquecina, proyectando unas débiles sombras azuladas detrás de nosotros, y de cómo las estrellas asomaban tímidamente, como minúsculas bombillas en el cielo.

– Quizá el lugar más bonito no sea ninguno de esos dos –, murmuró.

– ¿Cuál es entonces?

– El bosque nevado. El de los abetos, aquellos tan altos, que se caía la nieve de encima porque las ramas no aguantaban su peso. ¿Te acuerdas, Mami? Estuvimos haciendo una guerra de bolas de nieve, y os gané. Tú acabaste con el anorak blanco y Papá se tiró al suelo porque decía que era mejor eso que recibir bolas de nieve. Y yo perdí el gorro y estuvimos mucho tiempo buscándolo en la nieve, pero al final no lo encontramos. Y después nos tomamos un chocolate caliente en una casita de madera y se me puso todo el bigote marrón, y me lo limpié con la lengua, y tú no parabas de reírte. ¿Te acuerdas?

– Por supuesto que me acuerdo, cariño.

– ¿También te acuerdas de que imitábamos las huellas de los animales en la nieve con el puño? ¿Y de que Papá tenía sed y se comió la nieve?

– Me acuerdo de todo –, respondí, asintiendo.

– ¿Crees que podré volver a pasármelo tan bien?

Se hizo un silencio. Mi corazón se rompía en pedacitos.

– No lo sé, amor, no lo sé.

Apreté los labios para evitar que me temblara la barbilla. Tenía ganas de estrecharle entre mis brazos al menos una vez más, de notar su cuerpecito contra el mío, sus brazos alrededor de mi cuello. Deseaba poderle llevar a la cama en brazos al menos una última vez mientras él apoyaba su mejilla rosada en mis hombros y bostezaba. Pero no podía. Él estaba allí tumbado, apretando mis dedos con su manita, con los ojitos cerrados, tratando de recordar el lugar más bonito del mundo.

– Mamá –, me llamó en un susurro.

– Dime.

– ¿Podré enviaros una postal a Papá y a ti?

– Seguro que sí –, contesté.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Él alargó la mano libre y la recogió con un dedo. Después se llevó el dedo a la boca.

– Está salada –, dijo, con una sonrisa. Dos hoyuelos se marcaron en su cara rellena.

Asentí, intentando sonreír. Él cerró los ojos y se recostó sobre la almohada sin soltar mi mano. El monitor que registraba su ritmo cardíaco describió un último pico y después una línea recta. Pequeñas puntas aparecían de vez en cuando, pero él estaba ya muy débil. Su pecho subía y bajaba con gran esfuerzo.

El médico entró en la sala y se quedó de pie junto a mí. Apenas le hice caso.

Pasaron unos largos minutos en silencio sepulcral. El niño abrió los ojos y tiró de mi mano casi imperceptiblemente. Me acerqué a él para poder oírle.

– He visto el lugar más bonito de todos, Mami. Es cálido, hay muchas estrellitas. Estaré bien, pero os echaré mucho de menos.

Le besé la frente, ya sin poder contener las lágrimas.

– Nosotros también te echaremos de menos.

– No llores, Mami. Te escribiré.

Después cerró los ojos y el latido de su corazón fue extinguiéndose lentamente hasta desaparecer. Se había ido al lugar más bonito de todos.

Alguien dejó la carta, cierto día, sobre su carpeta; y fue para ella como leer un evangelio apócrifo o sostener entre sus manos un objeto maldito.

¡Quién habrá sido el alma confundida que ha escrito tantas barbaridades! Y cómo no iba a saberlo, si el nombre y el apellido del emisor yacían al final de la hoja, relucientes y nítidos, escritos en tinta azul. Y es que ese había sido, quizás, su único error: haber tenido el atrevimiento o la impaciencia de darse a conocer de inmediato, en la primera carta.

Salió, entre ofuscada y colérica, abriendo enérgicamente las puertas del aula, mientras dejaba a sus alumnos anonadados, preguntándose, estupefactos, ¿Qué había dicho? ¿Adónde iba? ¿Qué había leído?

¡Algo inconcebible! ¡¿Qué mejor prueba de que la juventud se estaba corrompiendo?! ¡Que volviéramos a las épocas lujuriosas e insaciables del pecado, del vicio, del placer! ¡Dónde habían quedado el respeto y las buenas costumbres! ¡Quién tomará en serio los principios, las leyes de Dios, la moral! Y todos dicen que se santiguó un sinnúmero de veces, temblando, desde que salió del aula hasta la oficina del director, susurrando oraciones y pronunciado nombres santos y sagrados, como si hubiese visto a un demonio.

-¿Sucedió algo, señorita Tormes? –le preguntó el diminuto hombrecillo de anteojos grandísimos que era el director del colegio, apenas ella entró en su despacho.

-Algo gravísimo –respondió esta, indignadísima, hablando con la misma solemnidad con que un país declara la guerra a otro o anuncia su inexorable derrota. Ya va a empezar esta mujer con sus cucufaterías, pensó el director, y le hizo un gesto con la mano, medio aburrido medio en broma, lamentando su suerte, en señal de que lo se lo dijera, pensando cuánto tiempo le haría perder.

-Un jovencito dijo –y el hombrecito diminuto la miró atentamente, viendo sus pupilas dilatarse, sospechando que respiraba con dificultad, notando el ligero nerviosismo que sacudía su cuerpo enjuto, ¿pero qué le pasa a esta loca? –ha escrito una carta.-; y dicho eso se calló, la habitación quedó en un silencio colgante efímero, frunció el ceño, gesticuló un mohín, apretó con molestia los labios, parecía como si contuviera una fuerza interior ya irreprímible, que la vencía, que la llenaba de rabia. Cerró los ojos, respiró profundamente y luego completó: un jovencito ha escrito una carta de amor para otro jovencito. Y se desmayó.

Autora

Giancarlo De la Cruz Huanay

“Quin fred estic passant sense abric, el vaig perdre fa una setmana i no puc viure sense ell, penso que hauria d'anar a comprar-me'n un.” Així que em vaig dirigir cap a la botiga de roba i calçat.

Perdoneu-me, no m' he presentat, em dic Emma Schumacher i sóc la cap d' una empresa de publicitat.

-Disculpi, tindria un abric discret, si és possible negre, amb el que pugui anar a treballar?

Quan vaig veure aquella preciositat no m'ho podia creure, era l' abric perfecte! Era llarg, negre, elegant i, a més, em quedava esplèndid! Era un somni fet realitat...

Eren les 7:15 del matí quan va sonar el despertador. Em costa molt llevar-me als matins, però aquell dia era especial. Tenia una reunió amb un client molt important. Així que vaig saltar del llit i... “Aaaahhh!!! Quin mal m' he fet, he ensopegat amb la tauleta de nit!”

Em dirigeixo al lavabo, i quan estava dins la dutxa.... no hi havia aigua calenta.

“No m' ho puc creure. Què passa avui?”

Em vaig dutxar ràpid amb l'aigua freda i vaig anar a preparar-me l'esmorzar. Quan m'estava fent el cafè amb llet...Quina mala sort! Em cau el cafè a sobre!

“Es veu que avui m' he aixecat em el peu esquerre... Estic histèrica!”

Vaig vestir-me i vaig sortir al carrer. Em vaig dirigir cap a la parada d'autobús per arribar d'hora a la feina, ja que volia preparar bé la reunió que tenia amb el client. Va parar un autobús, però no era el meu, i en aquell instant m'hi vaig veure reflectida, tenia l'abric completament vermell. “Com pot ser? Però si estic segura que era negre!” Vaig tornar a mirar-me en un aparador que hi havia a costat de la parada d'autobús i sí, l'abric era vermell. Estava cada cop més i més histèrica, i l'abric era cada cop més i més vermell.

Era evident, que havia d'anar a la botiga on l'havia comprat ja que alguna cosa passava amb el meu abric nou. “Però no puc, tinc la reunió d'aquí mitja hora, hauré d'anar a la botiga més tard.”

-Moltes gràcies Sr. Potter, estem molt contets que li hagi agradat la nostra proposta. Estem segurs que serà un gran anunci. El truco la setmana vinent i ja ho acabarem de parlar.

La reunió havia anat molt bé i estava molt contesta. Era el moment d'anar a la botiga i veure què estava passant amb el meu abric. Vaig anar al despatx, vaig agafar l'abric, que seguia de color vermell, i mel vaig posar. Però quan vaig agafar l'ascensor el mirall reflectia un abric de color verd! “Però què passa? És una broma o què?” No entenía res. “M'he comprat un abric negre o un abric de colors?”

SELECCIÓ EN LLENGUA CATALANA

El Premi Literari Internacional St. Paul's es concedirà en tres categories, per a cadascuna de les llengües.

1a Categoria: Nascuts entre el 01/01/00 i el 31/12/01

2a Categoria: Nascuts entre el 01/01/97 i el 31/12/99

3a Categoria: Nascuts entre el 01/01/94 i el 31/12/96

Gènere literari en què hauran de concursar totes les categories: conte. Tema lliure.

Feia un dia preciós i la temperatura era molt agradable, així que vaig anar a la botiga caminant. No m'agrada gaire agafar el metro, em dóna claustrofòbia i com que estava molt contenta perquè la reunió havia anat molt bé, em venia de gust caminar una mica.

Quan estava a un carrer de la botiga...

-Emma!

-Hola Peter! Quan de temps! Què fas per aquí? Em pensava que havies marxat a viure fora?

-He tornat fa una setmana, he trobat una feina en una empresa d'aquí i he decidit quedar-me a viure a la ciutat. Vols que anem a prendre un cafè?

-I tant! Així em podràs explicar quina és aquesta feina nova que tens.

El Peter Johnson era el meu amor platònic. Estava enamorada d'ell des que anàvem junts a l'escola. Després vàrem estar a punt de ser parella però ell va marxar perquè li van oferir una feina fora.

Estàvem asseguts a la barra de la cafeteria. El Peter m'estava explicant coses de la seva nova feina, però jo no podia deixar de mirar-lo. Seguia sent molt guapo i em vaig adonar que seguia enamorada d'ell.

De sobte, quan em vaig girar per demanar un altre cafè a la cambrera la meva imatge es va reflectir en el mirall de darrera la barra i..... el meu abric era de color rosa!!!

Vaig acomiadar-me del Peter, vam quedar per sopar aquella mateixa nit. Als dos ens havia fet molta il·lusió tornar-nos a trobar després de tant de temps.

En cinc minuts ja estava a la botiga. Vaig dirigir-me cap al botiguer per demanar-li una explicació sobre el que estava passant amb l'abric que havia comprat el dia abans.

- Bon dia. No sé si em recorda. Ahir vaig venir perquè volia un abric nou de color negre i vostè em va vendre aquest abric que porto ara. El que passa és que aquest matí estava histèrica perquè tot em sortia malament i quan m'he posat l'abric era de color vermell. Després, a la feina, estava contenta i l'abric s'ha tornat de color verd i, just abans d'arribar a la botiga, m'he trobat amb un amor del passat i l'abric s'ha tornat de color rosa. Com pot ser?

Ah sí! Ja la recordo. Vostè volia un abric negre i va comprar el model "canvi". Que no va llegir l'etiqueta?

-No. Què hi posava a l'etiqueta?

- El model d'abric que vostè ha comprat canvia de color segons l'estat d'ànim de la persona que el porta posat.

L'abric es torna vermell quan la persona està enfadada o histèrica. Verd si la persona està contenta i feliç, i rosa quan la persona està enamorada.. i així amb diversos colors.

-Clar, ara ho entenc tot! És una idea genial. Qui ha estat l'inventor?

- Un noi molt simpàtic, no recordo exactament el nom ara... un tal Sr. Johnson... Peter Johnson, això! no em sortia el nom.

El Peter!! Quina casualitat. Estic segura que era un senyal del destí.

Autora
Andrea Lafuente Foucón

Conscient que la vida només es viu una sola vegada, estava tipa de perdre el temps allà dalt amb les meves germanes, mentre ells ens observaven en la llunyania de les terres solejades i càlides. Em sentia com una princesa engrillonada al seu tro, que ha estat desposseïda de la seva preuada llibertat. Tan m'era a mi ser una de les més distingides i boniques, amb el meu suau vestit prisat de vellut verd fosc irlandès acabat en sinuoses blondes, símbol de meu llinatge, que s'ondulava suaument amb les ràfegues del vent. I jo no estava disposada a haver d'esperar tan de temps com les altres per a ser lliure, perquè llavors ja seria massa vella i caduca. Però els dies transcorrien tots iguals, un rere l'altre, sense cap mena de novetat i les meves esperances de ser lliure s'anaven tornant encara més tenebroses i el meu estatge tan ombrívol cada dia apagava més i més la meva ànima.

De sobte, quan ja ho donava tot per perdut, un misteriós visitant asiàtic en busca d'un lloc on descansar es va apropar a mi sense adonar-se de la meva particular presència. Li vaig implorar que se m'endugués ambà ell, ben lluny de la boira per poder contemplar el cel blau i intens dels dies clars i sentir-me independent sense estar sotmesa a cap lligam mai més. Malauradament, quan fugíem plegats vam ser víctimes d'un terrible esclafit i la tempesta em va amarar tant que em va deixar ben xopa sobre una freda pedra d'aquells boscos tan humits que es resistien a deixar de ser casa meva. Tot se n'havia anat en orris. Jo jeia allà al terra, rendida al meu fatal destí. Estava enllefiscada d'una barreja de fang i molsa aixafada per la calamarsa. Decebuda i desbaratada em resistia a admetre el que seria la fi de la meva existència. El meu nou amic qui m'havia alliberat també estava mal ferit demanant, en va, ajuda. Només se sentia ara el silenci de la calma rere la tempesta, la piuladissa de les puputs i de lluny la fressa del riu ben carregat d'aigua. Llavors vàrem sentir unes passes fermes i lleugeres d'algun possible boletaire que s'havia endinsat fins ben a prop d'on érem nosaltres.

—Un mosquiter de doble ratlla! Ui pobret! Sembla que tinguis una ala trencada...no tinguis por, jo et guariré. Vejam si et puc embolicar dins del meu guant. La meva filla es posarà molt contenta quan et vegi. Som-hi, no hi ha més temps per a perdre, les fulles del seu herbari ja esperaran a demà, bé, totes menys aquestes tan reboniques que la pluja ha fet caure dels arbres, tan verdes i fresques— li digué aquell home de cabells rinxolats i rossos abans de endur-se'ns cap a casa seva a tots dos.

La seva filla es va posar molt contenta en veure'ns. Ella s'havia trencat la cama dos dies abans i jeia al sofà de casa seva amb un munt d'andròmines al seu costat. Jo no vaig gosar pronunciar-me a diferència del meu amic que no va parar de piular d'ençà que l'Aina el peixia amb un puré a base de grills i mosquits. Després, per fi, va tocar el meu torn. L'Aina em va netejar amb dolcesa i cura. Jo estava més radiant que mai. Ella em perfumà i il·lustrà amb una laca que em va fer recordar la suau rosada amb què ens despertava l'albada. De sobte, vaig sentir una pasta enganxosa pel meu revers. Sota meu, vaig reconèixer el que seria el meu epitafi: "Fagus sylvatica", tan sols uns darrers instants per sentir les darreres paraules que l'Aina va pronunciar abans de deixar caure sobre mi el pes d'una llosa.

—Pare, amb aquesta fulla de faig de la Fageda d'en Jordà ja hauré acabat el meu herbari.

Autora

Aina Casal Pelegrí

Fa molt de temps, als parcs naturals, no hi havia regles de comportament: les persones arrencaven plantes, llençaven coses de metall i plàstic a terra, feien foc i provocaven incendis... eren terribles. Tothom pensava que les plantes ni sentíem, ni pensàvem, ni sabíem parlar. Per una part estic d'acord perquè no parlàvem i era el nostre desig, però sí que pensàvem i sentíem.

A mi no m'agraden els humans perquè moltes vegades he tingut problemes amb ells. Me'n recordo d'una vegada que van passar unes persones passejant per allà i un senyor em va trepitjar la fulleta que m'agradava més. "¿Per què ho havia fet?" moltes preguntes em passaven pel cap. Però també tenia una resposta: crec que les persones no pensen més que en sí mateixes i no tenen en compte els altres. Les plantes teníem el problema de no poder parlar, y per tant, no podem expressar-nos quan tenim algun problema.

Us explicaré la meva història:

Estava tan tranquil·lament al meu bosc en el que vaig néixer quan un grup de persones va passar pel camí, l'última era una nena a qui li agradaven molt les plantes, ho sabia perquè l'havia vist alguna vegada arrencant flors i quan em va veure va exclamar:

-Mare, mira quina planta tan bonica!-

Però venia el pitjor, la nena es va ajupir per a arrancar-me a la vegada que jo feia esforços amb la boca per parlar i de dins meu va sortir un fil de veu:

- Si us plau nena, no m'arrenquis!- li vaig suplicar. La nena es va espantar i em va preguntar:

-Has parlat tu?-

-Sí - vaig contestar.- Ja sé que les plantes mai han pogut parlar, però jo sí. Si us plau, em pots agafar i posar-me en un test i portar-me a parlar amb l'alcalde? Em faràs un gran favor.- li vaig dir amb molta amabilitat.

-Es clar- em va dir. Seguidament em va agafar, em va portar a casa seva i em va ficar en un test.

L'endemà, em va portar a parlar amb l'alcalde, que es va quedar molt estranyat perquè podia parlar.

-¿Què puc fer per tu?- em va preguntar.

-Nosaltres, les plantes, tenim massa problemes en viure al bosc perquè no podem parlar, però, sí que sentim i pensem. Molts humans ens fan mal- li vaig dir.

L'alcalde es va quedar rumiant i va dir:

-No es preocupi més perquè farem unes regles que a partir d'ara s'hauran de complir a tots els parcs naturals per tal de protegir totes les plantes.-

Després, la nena em va portar al lloc on vaig néixer.

A partir d'aquell moment em vaig adonar que tots els humans ens tenien en compte. La nena anava a visitar-me cada dia i esmorzàvem juntes.

I així va ser com es van crear les regles dels parcs naturals.

Autora

Vicky Corpus Marco

L'altre dia em va passar una cosa molt estranya. Vaig anar amb les meves amigues a comprar un llibre per Sant Jordi. Estava mirant llibres de tots tipus. Hi havia uns de ciència ficció, d'aventures, de terror, el típic llibre de Sant Jordi i el drac, etc. Vaig trobar-me un que em va agradar i el vaig comprar. El títol del llibre era: "Lorem ipsum". Quan vaig arribar a casa vaig anar fins a la meua habitació. Vaig obrir el llibre que havia comprat. En una pàgina posava: Digueu la paraula "llibre" i ja veuràs. Vaig dir la paraula i em vaig teletransportar a un altre univers, on tothom era feliç, s'ajudaven els uns als altres, reien plegats i compartien tot. Vaig trobar una nena que semblava tenir la mateixa edat que jo, i li vaig dir:

Hola, jo em dic Nura i tinc 11 anys.

Hola Nura, quin nom més original, no l'havia sentit mai.

Nura és com anomenaven els fenicis a l'illa de Menorca- li vaig dir- , i tu, com et dius?

Jo em dic Aqua , que vol dir aigua en llatí- em va dir- i també tinc 11 anys!

Doncs Aqua, on estem?

Ens trobem a Nova Orbis Fortis, on tothom és feliç.

I com és possible que tothom sigui feliç?

Al nostre país sempre ens hem estimat i ajudat els uns als altres. Al principi, nosaltres érem un món en guerra, però gràcies a una dona que es deia Leges Inopinata que va crear unes normes, que al ser respectades per tots va permetre que fóssim un món feliç.

Una cosa, Aqua, em podries dir aquestes normes perquè quan torni al meu món les puguem posar en pràctica?

Es clar que sí! Tots tenim un exemplar del llibre que recull aquestes normes que s'anomena "Feliciter Eros Velit" , ja et donaré una còpia.

Gràcies Aqua!

Vaig notar al front una humitat que m'era familiar i em vaig despertar d'un somni que havia estat meravellós. En obrir els ulls, vaig veure el meu pare, que m'acabava de fer un petó i em portava una safata amb l'esmorzar i una rosa preciosa, com cada Sant Jordi. Jo li vaig donar el pare el llibre que li havia comprat. I ell em va donar el llibre que havia comprat per a mi, i sabeu quin era el títol?: "Feliciter Eros Velit"! Li vaig fer un petó i vaig esmorzar, va ser el millor Sant Jordi de la meua vida!

Autora

Irene Roca Sivera

Tot va començar l'any passat, quan a la classe de matemàtiques la nostra tutora, la Núria, ens va anunciar que en tres setmanes es celebraria la marató de l'escola. Tot i que la notícia va sorprendre molt a la classe, jo ja ho sabia, sabia quan on i com es faria. I és que la marató no era una simple carrera d'escola, representava una boníssima oportunitat per entrar a l'equip olímpic infantil, ja que cada any s'hi reunien els millors corredors de menys de setze anys d'arreu el país.

Per cert, no m'he presentat, em dic Joan, tinc 14 anys i m'encanta córrer. Ho faig des de que vaig ser capaç de posar-me de peu, primer com a afició, després com a vocació. Participar a les Olimpíades ha estat sempre el meu somni, i la marató era una oportunitat que no podia deixar passar. A més, tot sigui dit, al guanyador se'l premiava amb un, diguem-li, atractiu premi en metàl·lic. Portava molt entrenant-me, quasi un any. Moltes matinalades corrent, moltes hores entrenant i moltes il·lusions. Havia de guanyar.

Però tornem a la classe. La professora ens va preguntar qui volia apuntar-s'hi i jo, com no podia ser d'una altra forma, vaig aixecar la mà. Però en contra de les meves expectatives, una mà també es va alçar. Era en Marc, un nen que havia vingut nou aquest any i, sent sincer, no érem millors amics. El vaig fulminar amb la mirada, com volent-li dir que acabava de passar la línia entre la cordialitat i la guerra. Tot i així, ell va fer com si res i va seguir la classe amb normalitat. No m'ho podia creure! Quina classe d'insensat podria tan sols pensar en guanyar-me? Era impossible, havia quedat clar temps enrere a classe de gimnàstica, però per algun motiu aquell noi s'havia atrevit a desafiar-me.

Vaig continuar amb els entrenaments: cada dia sortia a les sis del matí, corria un parell de quilòmetres i tornava a casa per anar a l'escola. A més, els professors de gimnàstica ens van permetre als concursants aprofitar les seves classes per entrenar a les pistes d'atletisme. La sorpresa va ser el primer dia, quan vaig trobar-me cara a cara amb el Marc, disposat a entrenar-se al meu costat amb un somriure als llavis.

-Què Joan? Entrenem junts?- va dir sense deixar de somriure- serà més divertit.

Pe resposta, li vaig grunyar i vaig arrencar a córrer tot el que podia, intentant deixar-li clar que jo era el millor i que tots els esforços que pogués no servirien per res. El noi em va seguir, i per horror i sorpresa meua em va avançar, aparentment sense cap esforç. Tot i que vaig forçar el pas, el noi es resistia a afluixar i vaig acabar esgotat a les quatre voltes. Encara esbufegant, em vaig dirigir a ell:

-Qui et creus que ets per guanyar-me? No saps tot el que m'he esforçat per arribar fins aquí, no permetré que aixafis els meus somnis! Arribaré a l'equip olímpic sigui com sigui!

-Joan, ho sento però he de guanyar aquesta cursa, no t'imagines quant. El meu pare està malalt i necessito els diners. Ho sento, però he de guanyar

-Més igual el teu pare! Sóc el millor i guanyaré!

Dit això, vaig girar-me i vaig enfilar cap el vestuari, molt enfadat. No podia perdre, havia posat masses il·lusions en aquella cursa, massa sacrifici com per deixar que un idiota com en Marc em guanyés. Havia de fer alguna cosa per aturar-lo. Vaig pensar en un gran nombre de coses, la majoria considerades il·legals en molts països, però reflexionant vaig pensar que seria més net esperar al dia de la cursa i deixar que guanyés el millor.

Per fi, va arribar el dia de la cursa. Em vaig vestir i el meu pare em va portar fins l'escola. La pista central estava plena de gent, alguns d'ells seleccionadors olímpics, segur. Vaig fer els habituals escalfaments i em vaig col·locar en la línia de sortida. Hi havia molts competidors, però tots sabíem que en quedaríem pocs al final de la cursa. Consistia en fer 65 voltes a la pista d'atletisme, és a dir, uns 20 quilòmetres. Era la prova més difícil a la que mai m'havia enfrontat, però havia de superar-la. En la majoria d'edicions, el més normal era que només l'acabessin tres o quatre nens, ja que la resta cauen al terra exhausts després de tan esforç.

Els jutges van donar la sortida i em vaig posar en marxa. Vaig marcar-me un ritme que pogués aguantar tota la carrera i vaig posar la ment en blanc. M'encanta el que sento quan corro, només estic jo i les meves passes, i això em dona tranquil·litat. Cap a les vint voltes la meitat dels nens ja havien abandonat, massa cansats com per continuar. Jo encara em trobava en bon estat i vaig pensar que podia guanyar. Vaig buscar al Marc: es trobava uns 10 nois més endavant, en tercera posició. Al llarg de la carrera, els nens van anar parant, sense forces per continuar, fins que, sorpresa, ens vam quedar el Marc i jo. El tenia a uns quants metres per davant, i, traient forces del no res, vaig aconseguir avançar-lo. Seguint amb aquest ritme vaig aconseguir treure-li mitja volta d'avantatge. Sabia que guanyaria, no en tenia cap dubte, era el millor i els millors guanyen. Però quan quedaven només dues voltes, vaig distribuir malament el pes de la cama i vaig caure a terra amb el turmell girat. Plorant del mal, em vaig quedar allà impotent, veient com es trencaven tots els meus somnis. Però el Marc, en comptes d'avançar-me, va parar. Se'm va quedar mirant i em va dir:

-No t'ho mereixes, però guanyarem això junts.

Sense dir res més, va aixecar-me i em va arrossegar les dues voltes que ens quedaven, encara que ell estava tan cansat com jo. I així, agafats com vells amics, vam creuar junts la meta. Els jutges no s'ho creien, i el públic havia emmudit davant del gest del meu rival.

Incapaç de determinar un guanyador, es va decidir que ens hauríem de repartir el premi entre els dos. Tot i així jo vaig decidir donar-li tots els diners, era el mínim que podia fer i ell els necessitava més que jo. Per contra, jo aniria a l'equip olímpic, ja que realment en Marc no volia córrer, només volia els diners per salvar el seu pare. Vaig aprendre que el més important no era ser el millor, sinó treure el millor de tu.

Al final, vaig ser corredor professional, i vaig anar a les Olimpíades, però vaig decidir que el meu objectiu no seria només guanyar, sinó gaudir amb els meus companys d'equip d'aquest bonic esport.

Ah, per cert, el Marc va aconseguir pagar l'operació del seu pare i ara som millors amics. De vegades ens veiem per parlar de com ens va la vida.

Aquell dia a l'escola, uns nens més grans que en Quim, es van estar burlant d'ell perquè no tenia pares, dient-li que el seus pares es mereixien estar morts perquè eren uns hippies pollosos que feien uns dibuixets i còmics penosos i organitzaven unes ridícules acampades. Quan va arribar a casa i els hi va explicar als seus padrins, ells van passar olímpicament de donar-li cap explicació i només li van dir que s'hi anés acostumant. En Quim es va enfadar tant que va sortir corrents de casa, va tancar la porta d'un cop sec i se'n va anar carrer avall sense mirar enrere i cridant: Els odio! Egoistes! Només pensen en ells!

En Quim era un noi d'onze anys que per desgràcia havia de viure amb els seus padrins ja que feia dos anys els seus pares van morir en un incendi. En Quim sempre havia estat molt feliç, sempre estava content i somrient; però des de que vivia amb els seus padrins, havia canviat totalment; estava sempre trist, rondinant i de mal humor. Físicament continuava sent una mica baixet i esprimatxat. Tenia un nas petit i rodonet, els ulls de color mel i el cabell d'un castany bastant claret, tot i que força més llarg que abans.

Aquell vespre, va córrer molta estona sense parar; es va aturar quan ja no li quedava més esma. Era prop de la platja, així que va decidir que aniria a dormir, encara que no sigues el millor lloc, en una barca sota una de les lones que feien servir per cobrir-les. La veritat es que a en Quim no l'importava dormir allà ja que abans que morissin els seus pares anaven molt sovint d'acampada i sovint dormien a cel ras.

Al matí es va aixecar d'una revolada i va decidir que podria viure en el vell far. Aquell far ja no es feia servir perquè era massa vell, i ja n'havien construït un de nou. A més, aquell far es trobava en la part de les roques i no al port com el nou, per tant, era més difícil arribar-hi. Es va dirigir cap el vell far però es va trobar que la porta estava tancada amb un cademat. Va agafar una pedra i a base de cops va aconseguir trencar-lo. El far estava ple d'eines de pesca, taulons de fusta, ampolles de vidre i un munt d'altres trastos. Per suposat, tot estava ple d'insectes, de pols i teranyines. Només un raig de llum que anava i venia entrava per una finestreta mig tapada per unes branques de pi que semblava que es movien seguin el so de les onades. Tot plegat li donava un aire una mica tètric, però potser pel so del mar i les gavines o per la nova sensació de llibertat en Quim s'havia despertat de tant bon humor que es va posar a netejar fins al capvespre. Llavors, va pujar les escales que anaven a la part de dalt del far i va obrir la porta que donava a la petita terrassa que rodejava l'antiga llum. Des d'allà es podia veure el passeig marítim ple de llums i de gent passejant, tota la platja, el port, els vaixells, el mar i la línia misteriosa de l'horitzó on sembla que s'acabi el mar. Però el que més el va sorprendre i el més bonic fou la posta de sol. Des d'allà dalt es veia perfectament, amb tota la seva immensitat, amb uns tons blavosos, rosats, ataronjats, groguencs i rojos que es feien difícils d'explicar. Quan en Quim va veure tot allò va pensar que era el lloc on s'havia de quedar a viure-hi per sempre. Allà segur que podria pensar, meditar, relaxar-se i tindria molt temps per dibuixar i escriure còmics tal com feien els seus pares... aquell lloc, seria només per ell.

Autor

Marc Busto Aubert

Aleshores, li van vindre uns rugits de l'estómac i va ser quan es va adonar que feia més de dos dies que no menjava res, així que va decidir anar a buscar menjar. Mentre anava caminant, una veu que semblava sortir d'una barca li va dir:

Acostat noi, et vull dir una cosa. – aquella veu era més aviat rasposa, com d'una persona bastant gran. En Quim no estava gaire segur de si anar-hi, però s'hi va acostar poc a poc.

Tranquil noi no et faré res, sóc un pobre vellet.- anava dient aquell home.

Puja a la barca que t'explicaré una cosa. – en Quim va pujar a la barca; era una barqueta de pescador bastant petita, però molt bonica.

Seu aquí. – li deia el senyor indicant-li que s'assagués al seu costat.

Va ser en aquell moment quan en Quim li va veure la cara. Era un senyor bastant gran, prim i alt, tenia uns cabells grisosos i una mica rinxolats, un nas llarg i punxegut, uns ulls marrons molt foscos i una barba i un bigoti no gaire llargs; també portava una boina.

Que fas per aquí, i a aquestes hores?. – li va dir encuriós i amb un somriure a la cara.

Buscant menjar. – va afirmar en Quim.

T'has escapat de casa, oi? – va dir mirant-li als ulls.

Sí. Com ho sap?

Quan jo tenia la teva edat, hi va haver una guerra, la Guerra Civil. Em vaig quedar sense pares, i em van portar a un orfenat; allà hi vaig estar un any, no m'agradava gens, així que en quan vaig poder me'n vaig escapar. Amb els anys vaig anar aprenent a viure sol, em vaig construir aquesta barqueta i em vaig fer pescador. Ah! Per cert, com et dius?

Quim. I vostè?

Miquel. – li va dir mentre li donava una poma.

Fas cara de tenir gana. – li va dir amb un posat amistós.

Després es van passar una estona parlant de la guerra i de com s'havia hagut d'espavilar en Miquel els primers anys després de marxar de l'orfenat.

Al matí següent en Quim va decidir anar a veure en Miquel, però la seva barca no hi era. Llavors va pensar que estaria pescant, així que va pujar al far per veure si el veia, però no el va veure enlloc. Aleshores es va adonar que darrera de les roques on s'enlairava el vell far i havia una cala petita amb una petita caseta. Era una caseta de pescador i amarrada a una biga de fusta hi havia la barqueta del Miquel. I allà al costat hi havia el Miquel que portava uns cubells amb peixos.

Miquel! – el Miquel el va saludar i li va fer un gest amb la mà indicant-li que hi anés.

En Quim va baixar corrents del far, va pujar per les roques i va anar corrents cap en Miquel. I quan va arribar al seu costat en Miquel li va preguntar:

Què hi feies a dalt del vell far?

Es el meu refugi. – va dir-li orgullós del que deia.

Que original. – va dir amb sorpresa.- Jo quan em vaig escapar de l'orfenat i vaig vindre aquí simplement em vaig construir aquesta caseta de pescador.

Vine que te l'ensenyaré. – va dir en Miquel.

Era petita però amb suficient espai i estava feta de fusta. Tenia una hamaca per dormir des d'on tenies visibilitat per les dues úniques finestres que tenia la caseta; també hi havia algunes prestatgeries amb llibres, un petit armari amb roba, un petit rebost amb menjar i al fons, una petita escala de taulons per pujar al pis de dalt; més aviat unes petites golfes on hi havia tots els estris de pesca. Era un lloc molt acollidor. Després van sortir a fora i va veure que darrera de la caseta hi havien uns fils d'on en penjaven peixos secs. En Quim va posar cara d'estranyesa.

Els asseco perquè es conservin millor.- va dir agafant un peix i ensenyant-li.

Si vols, un dia anem amb la meva barca a pescar; ens ho passarem bé.- va dir al Quim esperant resposta.

Sí, això seria fantàstic– va dir ell entusiasmat.

Ah!, per cert, aquí pots vindre quan vulguis, m'anirà bé tindre una mica de companyia; però assegurat sempre que no et segueixi ningú. D'acord? – va dir-li mentre lligava uns peixos a la corda.

Sí, m'agradarà molt i no pateixis que aniré amb compte– va afirmar-li molt il·lusionat.

Em vols ajudar a penjar els peixos? Així també aprendràs a ser un pescador.

Sí, oh i tant. – va dir-li mentre agafava un peix del cubell on estaven ben coberts de sal.

Mira, primer...

En Miquel li va explicar tot el procés per conservar el peix assecant-lo i durant tota aquella estona van riure, parlar, van aprendre l'un de l'altre i va començar a sorgir entre ells una amistat inseparable, encara que els i separessin setanta anys de diferència. En Quim havia estat tant engrescat amb la feina i les converses que no va saber l'hora que era fins que va veure que es començava a pondre el sol. Llavors d'una revolada va agafar la mà del Miquel i li va dir:

Vine, et vull ensenyar una cosa.

Un moment, per ensenyar-me aquesta cosa hem de traspasar l'escullera?- va dir en Miquel amb una veu que va sonar més envellida de l'habitual.

Sí, quin problema hi ha? – va preguntar estranyat en Quim.

Per a tu és molt fàcil passar per allà, però pensa que jo tinc més de vuitanta anys.

És clar, perdó, no hi havia pensat. – va dir-li en Quim encongint-se de vergonya.

No passa res, anirem amb la meva barca.- van pujar a la barca i amb pocs minuts van creuar l'escullera i es van parar davant del vell far.

Segueix-me. – va dir en Quim mentre es dirigien cap al vell far. Tant bon punt van entrar en Miquel es va quedar sorprès de com lluïa el vell far.

I tot això ho has netejat i ordenat tu? – va dir-li encara sense creure el que veia.

Sí. – va dir en Quim orgullós del seu treball. En Miquel s'anava passejant per tota la part de baix del far i es va parar davant d'una fotografia; una fotografia una mica arrugada i amb les puntes doblegades.

Eren els teus pares, oi? – va dir sense girar-se.

Sí. – va dir en Quim amb el cap cot.

Sempre la porto a sobre, però ara deixem això! – va dir com si s'hagués despertat de cop d'un llarg i profund somni.

T'he d'ensenyar el millor. – va dir mentre pujava per les escales.

Però en aquell moment va recordar que s'havia promès que aquell lloc només seria per a ell. Va girar-se i en mirar al fons d'aquells ulls foscos solcats per tants anys d'experiència va pensar que aquell cop era especial i que valia la pena compartir-ho amb el Miquel. Així que quan van estar davant la porta que els conduïa a la terrasseta, en Quim va obrir-la i va entrar seguit d'en Miquel. Encara es podia veure la posta de sol; els dos es van quedar mirant aquell espectacle amb silenci i sense deixar de contemplar-lo en Miquel li va dir a en Quim:

Si mirant la posta de sol des de la platja ja és bonic, mirant-ho des d'aquí es tant preciós que et donarien ganes de passar-hi hores.

Oï que sí...- va dir en Quim igual d'encantat que quan ho va mirar el primer cop.

Al matí següent, en Quim va anar a trobar-se amb el Miquel que ja l'estava esperant al costat de la barca.

Què..., preparat per salpar mar endins i pescar molts peixos? – va dir en Miquel aixecant el puny amb un gest victoriós.

Oh i tant. – va dir en Quim imitant el gest del Miquel.

Van arrossegar la barca mar endins i van pujar d'un bot. Van remar durant una estona fins que es van parar en el bell mig del mar. Havien anat remant resseguint la costa; a vegades es veien petites cales on només s'hi podia arribar amb barques; en d'altres ocasions els penya-segats queien en picat fins endinsar-se al fons del mar. Algunes cales estaven plenes de gavines que no paraven de capbussar-se i feien tant soroll que en Quim podia sentir els seus xisclets a pesar de la distància que els separava.

Bé, ja hem arribat. – va dir en Miquel.

On estem? I si ens perdem? – va dir en Quim una mica marejat pel balanceig de la barca amb les onades.

Tranquil, no ens perdrem pas. Veus allà al fons que hi han dues petites torres?. – va dir mentre senyalava en un punt determinat.

Sí. – va afirmar en Quim.

Són els dos fars, el de l'esquerra és el vell far, el teu far, i a la dreta el nou far. – li va indicar en Miquel.

Ostres, és veritat, no m'hi havia fixat. – va dir en Quim ja més content.

Mentre anem en aquella direcció, no ens perdrem. –va assegurar en Miquel. Després d'aquestes petites classes d'orientació, en Miquel va ensenyar a en Quim com es pescava.

Això és molt divertit. – va dir en Quim, que era la primera vegada que pescava.

Sí Quim, però has de tindre molta paciència per pescar, no saps quan poden trigar a picar. – li va explicar en Miquel amb un posat savi.

Tranquil, si vaig aguantar dos anys amb els meus padrins podré aguantar amb els peixos. – van riure un moment, però després van parar perquè van veure un llamp acompanyat del so del tro.

Que estrany, avui no havia de ploure. – va dir en Miquel deixant la canya dins la barqueta.

Haurem de buscar un lloc per refugiar-nos abans que comenci a ploure fort. – va dir en Miquel.

Per què no tornem a la platja, Miquel?

Perquè potser no tindrem temps.

Temps de què? – va dir en Quim una mica nerviós.

Si comença a ploure fort, a fer vent i el mar s'esvera, amb aquesta barqueta tenim el perill de bolcar i caure a l'aigua. –va explicar en Miquel mentre mirava al seu voltant per veure com estava el temps.

Podem refugiar-nos en aquella petita cova. – va dir en Quim assenyalant un petit forat que es veia en el penya-segat que tenien més aprop.

Segurament es el millor lloc. Però tindrem que començar a remar ràpid perquè el mar es comença a esverar i si no ens espavilem ens estamparà contra les roques – va dir en Miquel mentre començava a remar.

Ja portaven una estona remant quan les primeres onades grans els deixaren ben xops i balancejaven violentament la barca. En Quim va tornar a tindre la mateixa sensació de pànic que quan s'estava cremant la seva casa, moments abans que ell pogués sortir i els seus pares es quedessin a dintre. Però aquell cop volia superar aquella por, no pensar-hi, oblidar-la... malauradament va ser en aquell moment quan una onada va fer tombar la barca i en Quim i en Miquel van caure a l'aigua. En Quim va poder tornar a pujar a la barca, però no veia per enlloc el Miquel. De sobte va sortir de sota l'aigua, es trobava a pocs metres de la barca, intentava nadar per arribar-hi, però les onades se l'emportaven. En aquell moment en Quim va pensar que ja havia perdut als seus pares i ara no pensava perdre en Miquel, així que es va llençar a l'aigua per ajudar en Miquel. Les onades eren molt fortes i no el podia veure; va començar a nadar en totes direccions però les fortes corrents l'hi impediend avançar; estava esgotat, se li acabaven

les forces, estava marejat i desorientat; en aquell moment va notar un cop sec al cap i després es va quedar inconscient.

Quan es va despertar es trobava en la platja sa i estalvi; es va aixecar desorientat però de seguida es va recordar del Miquel, no el veia enlloc... havia tornat a quedar-se sol... l'havia perdut... Va córrer amunt i avall cridant el seu nom:

Miquell, Miquell, on ets?... – però ningú responia. Quan ja perdia les esperances va veure alguna cosa entre les roques; va córrer cap allà i el va veure. Estava allà, tombat bocaterrosa, era en Miquel, però no es movia. En Quim feia el que podia; el sacsejava, li parlava, li llençava aigua a la cara, li pressionava el pit, però no responia...

Es va deixar caure i es va quedar encongint, abatut, pensant en els bons moments que havien passat i que no els tornaria a viure. Però en aquell moment, va sentir estossegar, en Quim es va aixecar de cop i es va dirigir cap en Miquel.

Quim ets tu? – va dir en Miquel entre mig d'estossecs i esforços per aixecar-se.

Si. – va respondre en Quim a punt d'explotar d'alegria. En Quim va ajudar a en Miquel a aixecar-se, va passar el braç d'en Miquel per damunt la seva esquena i amb molts esforços el va portar cap el vell far.

Has vist la meva barqueta? – li va preguntar en Miquel a en Quim.

Bé, la he vist però no del tot. – va dir en Quim una mica insegur.

Com vols dir?

Té. – en Quim li va allargar un tros de fusta on hi havia escrit el nom de la barca.

L'he trobat mentre et buscava per la platja. – segurament es va estavellar contra les roques i bé... es va trencar. – va dir en Quim fluixet perquè no sabia la reacció del Miquel.

Que hi farem... no passa res! A més aquella barca ja era molt vella. – va dir en Miquel mentre li allargava el tros de fusta a Quim.

Té, guarda-ho tu.

En Quim es va aixecar de la cadira i va anar a deixar la fusta juntament amb la foto dels seus pares.

Hauriem d'anar pensant un nom per la propera barca- va dir en Miquel fent un badall que demostrava quan d'esgotador havia estat aquell dia per a ell.

Sí, no serà gens fàcil, sobretot avui que es com si acabéssim de néixer - va dir en Quim parlant entre els badalls que li acabava de contagiar en Miquel. Potser Renaixement... Renaixença... Renascuda...

Quan la tapa ja oberta del pot de marró glacé va trencar el buit, una flaire dolça i alhora aspra envaià la petita sala. Una delectant olor d'exquisidesa sublim embolcallada amb paper d'or protegia individualment, com un tresor, delatava cadascuna de les castanyes confitades. M'havia costat una bona estona desfer aquell cordill que lligava un paper daurat, tot protegint-la cobertura i alhora proporcionant-li un aspecte més sofisticat. No vaig voler tallar els nusos d'aquell cordill de trenes verdes i grana. Era massa bonic i insòlit pels meus ulls desacostumats a embolcalls tan acurats i delicats. Llavors, li vaig oferir una castanya a l'àvia, que la rebutjà amb un fals pretext.

–No m'agraden les coses tan dolces, millor guarda-les per a tu i la teva germana, d'acord?

–Apa àvia! Si tu ets molt llaminera. No m'hauries respost el mateix si t'haguera ofert un bombonet o una catània, oi?

–Catànies! Em moro per una catània, que bones estan les ametlles recobertes de xocolata...

–Bé, de moment no et moris que si no se m'acabarà la meva assignació dels dissabtes i de pas ja m'explicaràs si la castanya glacejada no és també un fruit sec com les catànies.

–Però són castanyes. No les puc sofrir, noi. Al meu pare se li feia un nus a la gola només veure-les i a mi se m'entravessaven quan intentava menjar-me-les davant de la pusil l'anime expressió que ell feia.

–No hi ha per tant. Si només són uns fruits secs molt nutritius. “Pecata minuta”. I estan tan ben embolicades... Has vist aquest cordill?

–Sí, a tu et sorprenen tots els precintes que no siguin de tetrabrick, però quan jo era petita la meva casa estava plena de troques de cordills com aquests. De més gruixuts i resistents per lligar paquets pesants i més primets pels paquets senzills, n'hi havia milers.

–I els teníeu tots a casa? Bufa! Ara entenc perquè va triomfar la cinta adhesiva.

–Bé, el meu pare era venedor de cordills. Però no et pensis que a totes les cases tenien tants cordills.

–Creia que el besavi era editor. Caram, també venia cordills a les seves hores lliures?

–El meu pare va ser un home molt polifacètic. Primer va ser comptable. Llavors va ingressar voluntari al servei militar quan només tenia vint-i-dos anys, si us plau, per força cridat a entrar en files per tradició familiar i va prestar els seus serveis durant divuit anys. A les files va fer la carrera d'enginyer de mines i va conèixer persones prou cultes com per equivocar-se de bàndol quan va esclatar la guerra. El meu pare, tot i ser fill d'un militar ajudant de càmera d'un home influent en aquells temps del qual no paga la pena esmenar el nom, era l'ovella negra de la família. Doncs va cometre l'error de fer-se editor de llibres. Tenia una impremta on la tinta corria en un idioma que més tard va ser considerat una amenaça pel “Glorioso Movimiento Nacional”. Editaven

llibres de poemes, com un que si malament no em ve a la memòria deia així: “Més que'l sol ets de bonica / Ai, nineta, del meu cor; Que ets bonica sense taca/ I he vist taques en el sol”

–I què tenen d'amenaça aquests versos tan tendres?

–Doncs que estaven escrits en català. I cap a l'any en què es van editar, el 1923, no sabien el que estava per venir. Els havia escrit un amic poeta del meu pare, en Josep Ferré. Així que el teu besavi li edità en un recull de poemes innocents, però escrits en el que esdevindria una llengua proscriu. Avui dia només es conserven dos o tres exemplars i jo en tinc un. La resta va cremar-se quan la impremta va incendiar-se arran dels primers bombardejos aeris sobre Barcelona. Estava a punt d'arribar la primavera del 1938 i les flors es van tenyir del gris de les cendres i del vermell de la sang d'aquell salvatge atemptat. Després d'una nit inoblidable de trets i canonades, els incendis van cremar els pocs llibres que havien resultat il·lesos, de la mà de les brigades d'incendis que arrasaren tot el sistema editorial català que era percebut com una amenaça a la integritat de la identitat espanyola.

L'avi anava i venia del front. Ell ja havia optat pel bàndol republicà un febrer de 1937. Ho sé perquè guardo postals que ell va escriure a la seva germana i al seu pare Benigno.

En tinta lila i cursiva lila els digué;

“Querido padre y hermanos: Como ya sabe Micaela, no pude despedirme. A mi paso por esta os dirijo estas líneas y tan pronto llegado a destino escribiré. Muchos besos, Antonio.” –va concloure l'àvia Lluïsa, mig plorosa, llegint una de les postals que havia tret de la seva capsa dels records.

–Tenia una germana que es deia Micaela? Quin nom més estrany, no l'havia sentit mai. I què va fer l'avi al front? Vull que m'ho expliquis tot, fil per randa.

–La meva tieta Micaela era l'única persona a qui l'avi va confiar les seves clares intencions de triar el bàndol republicà. El seu pare era un militar recte i autoritari i vull creure que no es va atrevir a parlar amb ell. Tot i que l'Antoni, amb trenta cinc anys ja sabia el que es feia, el seu pare no ho haguera permès mai de la vida. Quina vergonya! Un fill artificier que volava els ponts del bàndol que més tard resultà ésser el vencedor. I la mala astrugància va fer que l'Antoni caigués en mans dels guanyadors, i el traslladaren presoner al Camp de Concentració de la plaça de Braus de Santander. Fam, alta concentració de presoners amb una manca increïble de condicions higièniques, malalties, mals tractes... Només t'explicaré que el presoner que no rebia paquets de menjar de la seva família, o bé diners per adquirir-ne a l'economat de la presó tenia una mort assegurada. Allà estaven a dieta de castanyes bordes subministrades, vull creure que expressament, per proporcionar uns afegits recargolaments dels budells que els feien cagar unes boletes negres de cabra abans de morir de restrenyiment.

–Bé, àvia, tampoc cal que m'ho expliquis tot tan detalladament. I llavors què li va passar al teu pare?

–Doncs que demanà auxili al meu besavi i per Déu que va implorar el perdó del seu fill

fins que l'Antoni va retornar cap a la seva Barcelona natal. No va estar gens fàcil. L'avi, que era capità es va declarar com a soldat ras davant de l'enemic. I la seva eufòria va anar-se exhaurint en aquell indret, mentre la Micaela li enviava postals esperançadores com aquesta datada d'un onze d'abril de 1939, l'“Año Triunfal”, que deia així: “Querido hermano Antonio: Solo cuatro letras para decirte que afortunadamente ya ha regresado Poncey que una vez enterado de tu situación, ha manifestado que él se cuidará de todo lo que sea necesario para lograr lo que anhelamos. Así pues, descuida que tan pronto que nos sea posible te lo mandaremos por avión. Besos y un abrazo de todos. Tu hermana Micaela”

–L'avi parlava en castellà amb la seva germana?

–Doncs sí. Ja t'he explicat que provenien d'una família adient al Gloriós Moviment. I d'aquesta manera l'Antoni, quedant advertit de no canviar de domicili ni absentar-se sense prèvia autorització, va obtenir un certificat de llibertat definitiva transformat en un home nou. Un ciutadà que, avalat per les investigacions fetes i confirmat per testimonis havia demostrat bona conducta, sense activitats polítiques conegudes, sindicals ni de cap societat secreta i que, per tant, va ser concebut com a persona addicta a aquest moviment un 2 de juliol de 1939. Pensa que li van fer un escorcoll interminable del seu pis del carrer Puigmartí i ell no es va quedar amb res, amb cap llibre de record exceptuant el que abans t'he mostrat, que va amagar sota la seva americana. Els prejudicis d'identitat que existien respecte a la llengua prohibida el transformaren en un mediocre venedor de cordills. I, complint la promesa que li va fer al seu pare, l'Antoni mai més va intentar lluitar per allò que ell havia considerat just: fer una pàtria lliure amb una llengua i identitat pròpia.

–Ara entenc que no vulguis menjar castanyes, però els temps han passat i aquestes no tenen, per sort, res a veure amb les del camp de concentració del besavi. Vull que mentre tastes aquest marró glacé escoltis bé el que et diré. Jo no podré mai reeditar allò que malauradament són cendres del passat i que per tant avui dia ha quedat dins l'oblit. Però crec que la nostra llengua forma part de la nostra identitat i que la llibertat d'expressió és un dret que tots tenim i hem de defensar per poder expressar les nostres idees sense cap mena de censura, lliurement. I d'ella se'n deriva la llibertat d'impremta per la qual el meu besavi, l'Antoni Margeli Navarro, nascut en uns temps força difícils per aquesta encomiable missió, va lluitar. Però amb una hostilitat que ara cal substituir per altres fronts d'atac. Tinc pensat donar feina als editors escrivint en català i defensant els ideals que ens van ser lliures. Bé, això quan sigui un reconegut escriptor. Però, si tinc el teu beneplàcit, de moment començaré per fer petits relats i per tal que la memòria de l'avi sigui restablerta, penso emprar el seu nom com a pseudònim meu. A partir d'ara signaré com l'Antoni Margeli.

–D'acord, Martí però ara prou de xerrameques i passa'm un altre marró glacé d'aquestes que tenim a mitges tu i jo.

–Que l'havia dit que els records no poden esdevenir prejudicis subjugats a la memòria?

–Doncs amb tanta parafernàlia, res de res, au va calla, escriu i dóna'm el pot de les castanyes.

Autor
Martí Casal Pelegrí

La caputxeta, la bruixa i els set caçadors

2^a Categoria

Em dirigia a la feina com cada dia, animat i amb ganes de millorar la vida de qualsevol que n'estigués disposat. Mai m'hagués imaginat aquell escàndol a la porta de l'oficina. Un grup d'indignats sobre la pobra Maria que només deia i repetia que calia concertar visita per poder ser atès.

Bon dia – vaig dir somrient.

Bon dia diu? No ho és pas un bon dia. Estic indignada.

Indignada tu? Doncs nosaltres encara més! – van dir els set nans.

Jo sí que estic indignat! Sóc la riota de tots els llops!

Vejam senyors, una mica de calma – vaig dir intentant entendre què estava passant –.

Maria, em pot dir què hi fa aquesta gent aquí?

Sr. Claudi, no sé pas què els hi passa. Només tenen ganes de parlar amb vostè perquè diuen estar indignats amb els papers que tenen a les seves històries.

Molt bé doncs, vagi'ls fent passar d'un en un; bé, o en el cas dels nans, de set en set – vaig dir mantenint un to de veu calmat.

Sí senyor. Vejam, el primer que ha arribat ha estat la Caputxeta. Endavant – li deia la Maria mentre l'acompanyava a la porta del meu despatx.

Moltes gràcies – va dir la Caputxeta mentre es treia la caputxa vermella deixant al descobert les seves dues trenes de cabell castany.

El meu despatx no és gaire gran, però a mi ja m'està bé. Té una forma quadrada que permet encaixar perfectament tots els mobles que hi tinc. En una paret, el meu escriptori i tres cadires, la meua i dos pels clients; en l'altre, un moble baix amb arxivadors i alguns contes; en una altra, un parell de quadres penjats a la paret; i en l'última, la porta d'entrada.

La Caputxeta va entrar decidida al meu despatx i de seguida es va posar còmode a la primera cadira que va tenir més a mà.

Bon dia Caputxeta. Vostè dirà – li vaig dir amb el mateix to calmat d'abans.

Bon dia Sr. Claudi. Volia parlar amb vostè perquè estic indignada amb el paper de desobedient que m'han donat a la meua història.

Així que vostè no vol desobeir les indicacions de la seva mare?

No, jo sempre faig el que em diu – va dir malhumorada.

Molt bé doncs, vejam què hi podem fer. Passi demà al matí a primera hora i li tindrè a punt una proposta que segur que li agradarà.

Molt bé doncs, fins demà.

Es va aixecar decidida i va marxar deixant la porta mig oberta, de manera que vaig poder sentir que els següents a passar eren els set nans. Després de disculpar-me per no poder-los oferir una cadira a cada un, em van exposar la seva indignació amb la seva condició física a la seva història.

Ja som nans a la realitat. Per què no podem ser forestals alts i forts a la nostra història? – deia el morrut amb el seu to de veu sempre enfadat.

Tranquil morrut, ja saps que sempre t'alteres – va dir el simpàtic. – Sr. Claudi, no podria de mirar de canviar una miqueta la nostra forma física?

Miraré què puc fer – els vaig dir pensatiu. – Passeu demà al matí a primera hora i intentaré presentar-vos una proposta que sigui del vostre gust.

Molt bé. Axuuus! Així ho farem. Axuuus! – va dir l'Esternut amb un mocador tapant-se el nas, entre esternut i esternut.

L'última a entrar va ser la bruixa. Mentre m'exposava la seva situació, em vaig adonar que era una dona molt infel·lç. Deia que des que en Hansel i la Gretel es van escapar, s'havia sentit més sola que mai i que no tornaria a voler-se'ls menjar si jo els feia tornar a casa seva.

Un cop sol, vaig dirigir-me al meu moble d'arxivadors i contes per repassar les històries dels meus clients: una Caputxeta que desobeïa a la mare i per això se la menjava el llop; uns nans baixets, gordets i vells que treballaven de miners en una cova baixeta i fosca; i una bruixa dolenta que obligava a una nena a treballar mentre engreixava el seu germà per cruspir-se'l. Tenia menys d'un dia per pensar en una solució per tots i cadascun d'ells. Així que no vaig perdre més temps i vaig enfilat a l'agulla.

L'endemà al matí, quan vaig arribar a l'oficina, ja hi eren tots. Puntuals, inquietos i molt encuriosits, es van asseure tots a la meua oficina. Sort que la Maria ja havia preparat el meu despatx i l'havia convertit en una mena de sala d'actes, ple de cadires i amb el meu escriptori arraconat a la paret.

Bon dia – els vaig dir. – Els he reunit a tots aquí per a comunicar-los una solució als seus problemes d'autoestima en les seves històries. I la meua proposta comença així...

“Hi havia una vegada, una nena molt bonica que sempre duia la capa vermella que li va fer la seva mare. Per això, tothom l'anomenava la Caputxeta vermella. Un dia, la seva mare li va dir que la seva àvia estava malaltona i que estaria molt contenta si ella l'anava a visitar i li portava un cistellet ple de magdalenes casolanes. Abans de marxar, la mare li va demanar que, sobretot, no parlés amb estranys i que no se separés ni un moment del caminet del bosc. La Caputxeta, molt obediència, vaig dir marcant bé les paraules mentre veia com la Caputxeta somreïa orgullosa – va seguir les instruccions de la mare. Caminant pel bosc, va arribar a la caseta. Era una caseta molt estranya. Era tota de xocolata i la porta i les finestres estaven decorades amb anisets. Les teules eren bombons de xocolata blanca i de la xemeneia en sortia un riuet de xocolata desfeta. La nena no es podia creure el que estava veient. Feia tants dies que no menjava, que si va llençar de ple. Llavors, una senyora gran va sortir de la caseta mentre rondinava perquè sabia que algú se li estava menjant la casa. Quan la dona va veure a la Caputxeta, va dibuixar un somriure a la seva cara vella i arrugada mentre convidava a la nena a entrar. Un cop dins, la va obligar a fer totes les feines de la casa.

Un dia, la vella bruixa va sortir amb la seva escombria pel bosc. La Caputxeta es va quedar sola a casa i estava tan cansada, que va anar a estirar-se una estona. Al cap d'una estona, van arribar els habitants de la caseta. Eren set caçadors, alts, forts i ben plantats - vaig remarcar – que, com cada dia, arribaven a casa després d'un llarg i dur dia de feina.

- Quina noia més bonica! – van dir molt sorpresos.- Com deu haver arribat fins aquí?

- Axis! – va fer l'Esternut.

La Caputxeta va fer un bot de l'ensurt. Quan va veure aquells homes que se la miraven, la nena es va tornar a espantar. Ells la van tranquil·litzar i aleshores ella els va explicar la seva història. Llavors, va arribar la bruixa que, en sentir tantes veus, va pujar de seguida a veure què passava. Quan els caçadors li van demanar explicacions del seu comporta-

ment, entre plors la dona els va dir:

- Jo no vull estar sola. Jo vull tenir companyia...

Els caçadors, que ja feia temps que buscaven algú que els ajudés a posar ordre a casa seva, van tenir una bona idea:

- Si vols cuinar, cosir i netejar per nosaltres, et pots quedar a viure aquí.

La dona no podia creure el que estava sentint. Quina alegria tan gran va tenir quan va saber que mai més viuria sola.

- Però has de deixar marxar a la Caputxeta – va continuar el Llest.

L'endemà, la Caputxeta va seguir el seu camí, acompanyada dels set germans valents, fins a casa l'àvia, que va estar molt contenta de veure la seva neta.

I així va ser com la Caputxeta, obeint a la mare, va portar les magdalenes a la seva àvia malalta; com la bruixa va trobar uns bons companys amb qui viure; i com els set caçadors, alts, forts i valents, van aconseguir posar ordre a casa seva. I vet aquí un gat i vet aquí un gos que aquest conte de finals feliços ja s'ha fos”.

Un gran silenci va envair el meu despatx, quan de sobte un fort aplaudiment entre rialles i comentaris alegres el van trencar del tot. La bruixa se la veia rejuvenida, la Caputxeta estava molt orgullosa i els set nans comentaven la seva nova aparença entre floretes i cops a l'espatlla. L'escàndol va fer que la Maria entrés de cop al despatx espantada, ja que no sabia si aquells crits eren bons o dolents, però de seguida va canviar l'expressió de la cara quan va veure la meua mirada calmada i feliç. A vegades, la meua feina no era del tot reconeguda ni recompensada, però aquests moments bé que valien la pena. Només calia amagar una estona la realitat darrere del món literari: que la imaginació i la màgia et deixessin ser el que volguessis ser o et portessin allà on volguessis anar, o que la il·lusió d'un bon somriure no deixés mai de ser una meta a on es podia arribar, encara que fos a través d'un conte amb un final feliç.

Autor

Jordi Casanellas Casanovas

L'any 2.834 a.C. el faraó pren les decisions importants del regne. És l'amo de totes les terres, un déu per als seus súbdits, garanteix la justícia i simbolitza la unitat del país. Malgrat això, hi ha una cosa que a ell no li és possible realitzar: la seva pròpia tomba.

D'això ens encarreguem els esclaus i jo mateix. Em dic Khalid i sóc arquitecte. Visc a Gizeh, una ciutat amb conreus regats pel riu Nil. Ah, com m'estimo el riu Nil! La bellesa incomparable de les aigües que ens proporcionen alimentació, riquesa i un lloc on viure enmig d'aquell enorme desert que ens serveix de protecció. Bé, al principi aquelles crescudes sense sentit que inundaven el poble estaven fora de control, però mitjançant dics i canals vam reconduir l'aigua del riu perquè només arribés fins als camps de conreu. Així vam poder portar a terme agricultura de regadiu.

I per aconseguir-ho vam haver de desenvolupar el càlcul i la geometria per mesurar, observacions astronòmiques i càlculs matemàtics per fer un calendari i preveure les crescudes del Nil, i sistemes de comptabilitat i tècniques constructives i hidràuliques. Aquest és el meu ofici. Mesurar i construir dics i canals que encaixin a la perfecció. Fa poc, però, se m'ha encarregat una tasca més complicada que controlar les aigües del Nil.

La pau del faraó a la vida d'ultratomba depèn de mi.

Ell mateix m'ha explicat que des de fa mesos pateix una malaltia incurable al cor que podria provocar-li la mort en poc temps. Per això m'ha encarregat que dissenyi la seva piràmide d'una forma que ningú no hi pugui accedir des de cap lloc, ni robar-li les relíquies que ha de conservar per arribar en condicions al Més Enllà. Aquesta tasca serà complicada. Hi ha infinites possibilitats: passatges secrets, falses cambres funeràries, entrades invisibles, laberints subterranis, pous negres. I infinites maneres de combinar-les.

He començat a dissenyar plànols i més plànols, però d'alguna manera tots tenien algun error. Si dibuixava un passadís al costat esquerre que portés a la falsa cambra de la dreta, l'entrada quedava al descobert, si cobria l'entrada amb un passatge secret, la base quedava buida...

Apago la metxa mullada d'oli i vaig a dormir. Se m'ha cansat la vista; no és un bon senyal.

Al dia següent, he continuat pensant en la piràmide i fent esbossos, però encara no he pogut dibuixar el definitiu.

La nit ha arribat i encara estic pensant en l'estructura de la piràmide. Se m'ha acudit una idea. Ara mateix estic fent un esbós.

Paro de treballar i observo el plànol, sense cap error de mesura ni un sol racó buit. Podria dur-se a terme amb els materials dels que disposem. No portaria molta feina; uns cinc anys i mig. Amb el sistema de politges internes no seria massa complicat alçar les roques des de terra.

A primera hora aniré a veure el faraó per que doni la seva aprovació al plànol.

Acabo de sortir de les dependències del faraó. La seva resposta m'ha complagut. M'ha dit que he fet una bona feina i que puc començar la construcció. No he perdut el temps; he anat directament al lloc on volia construir la piràmide i m'ha sorprès la rapidesa amb què han aparegut els treballadors.

He estès el treball sobre una pedra i he explicat als esclaus la forma més senzilla d'aixecar les roques, transportar-les i col·locar-les al seu lloc amb les mesures exactes. Si no coincideixen exactament, el mecanisme de protecció de l'entrada de la piràmide mai arribaria a activar-se.

El nostre art segueix unes normes fixes i inamovibles. No podem innovar. Hem de construir obres d'art tan semblants a les anteriors com sigui possible. Mentre els esclaus treballen, jo segueixo comprovant els passadissos de la piràmide dins del meu cervell. Viurà el faraó en pau la vida d'ultratomba? Podrà passar el seu ka a l'altra banda?

He observat als esclaus aixecant les roques sota aquell sol sufocant. El meu ofici és difícil, però al menys és segur i no poso en joc la meua salut. No puc imaginar-me la vida en aquelles terribles condicions; podrien morir per intoxicació, falta d'higiene, cansament o per l'esforç que suposa carregar aquell pes inhumà.

Avui he anat a veure el faraó un altre cop per preguntar-li sobre el sistema de seguretat, quan he sentit dues veus a dins d'una cambra que pronunciaven el nom 'Khalid'.

Sé que no hauria de fer-ho, però m'he arrapat a la paret, alertat pel to de veu. He escoltat atentament i he sentit la veu del mateix faraó.

-No puc arriscar-me a perdre les relíquies mentre estic a l'Altra Banda. Tampoc confio del tot en aquest arquitecte.

M'he imaginat el que estava a punt de dir, però no era capaç d'admetre-ho.

-Quan la piràmide estigui acabada, li cediré un lloc al costat de la meua tomba.

El cor m'ha fet un salt. M'ha caigut l'ànima als peus. He sentit l'angoixa que no havia sentit en molts anys. Bé, en tota la meua vida.

He estat a punt de desmaiar-me, però he fet el meu alterat cor fort i he arrencat a córrer amb passos que no em ressonen a les orelles. He sortit pel portal com un llamp.

Encara no m'he recuperat. Dos dies després de la terrible notícia, no he pogut oblidar el to glacial del faraó per comunicar tan tranquil·lament la meua mort. Després d'haver construït la piràmide, les seves intencions són executar-me i enviar-me amb ell al Més Enllà. No li importa que jo encara tingui més de mitja vida per davant, els esforços que he fet per mantenir-me viu, per guanyar un sou treballant en la seva piràmide. No li importa destruir una vida. Al cap i a la fi, només és una vida entre totes les que habiten aquesta ciutat, governada per ell. Ell mana. Ell tria. El repòs prematur d'una ànima o la salvació de la seva.

Ja ha fet la seva elecció.

La pressió enfonsa els meus pensaments a dins d'un pou negre, sense possibilitat d'escapar. Els pulmons perden força. Les cames no aguanten el pes del cos, les mans perden la sensibilitat. Vaig notant que perdo el coneixement.

Ja és tard. M'he vist a mi mateix mentre dormia just abans de despertar. Estic estirat al terra i sento un dolor terrible al cap. Quan m'he intentat aixecar, m'he adonat de que se m'han adormit els músculs de les cames. M'he resignat a quedar-me assegut una estona.

He descartat possibilitats. No podria convèncer el faraó; la seva força de voluntat és massa poderosa. Tampoc podria escapar d'Egipte, els soldats em perseguirien. Sembla un malson del que mai pugui despertar.

Ha arribat l'hora d'anar a dormir. Sabia que no podria adormir-me encara que volgués, així que he continuat pensant, amb la moral sota terra.

L'únic que puc dur a terme és construir un refugi subterrani a fora de la piràmide per quedar-m'hi uns anys, fins que el faraó s'oblidi de mi, i llavors escapar i fugir d'Egipte sense que ningú em veiés. Funcionaria? Se n'adonaria algú? S'oblidaria el faraó de mi abans que pogués escapar? Podria calcular les provisions de forma que no em faltés aliment durant tot aquell temps? Com construiria el refugi mentre la piràmide, al mateix temps, s'estigués edificant?

La idea base sembla bona, però queden molts detalls per resoldre...

La llum de l'albada ha entrat a través de la finestra. Sense adonar-me, ahir a la nit em vaig adormir pensant en com podria continuar o acabar la meua vida. Recordo que se'm va acudir una idea, però que tenia problemes amb els detalls.

He tingut un somni molt estrany, però no me'n recordo amb claredat. Era una maranya de pensaments borrosos i confusos: uns plànols amb piràmides i un túnel exterior que comunicava dos refugis, un d'ells, enorme, ocupat amb provisions, un calendari, un vaixell al riu Nil... Ara ho recordo tot. No ha estat un somni qualsevol, sinó les respostes als meus problemes en forma de somni.

Mai oblidaré el record de l'angoixa que vaig sentir quan el faraó va oferir-me un lloc a la piràmide, ni aquells dies de malson, ni els durs i llargs anys tancat al túnel amb metxes d'oli (però amb un càlcul perfecte de les provisions i, fins i tot, un lloc tou on dormir i un calendari), ni l'escapada nocturna de la piràmide, ni el viatge amb vaixell a través del Nil...

Quan penso que són només un record, m'envaeix un sentiment indescriptible, i dono gràcies perquè ja han passat, i perquè encara segueixo, per damunt de tot, viu.

Al meu nom sempre hi ha hagut una mica de suport pels problemes que aquesta vida em planteja...

Khalid, immortal.

L'actor protagonista, tot suat, diu l'última paraula de l'espectacle. La llum del focus va baixant poc a poc fins que la foscor s'ho empassa tot. Bruscament, s'encenen els llums i els actors van passejant-se per l'escenari agafats de les mans amb un somriure forçat; una barreja d'eufòria i unes ganes boges d'escampar la boira i anar a sopar.

El públic entusiasmat crida i aplaudeix sense parar fins que les mans li couen, i quan finalment s'ha acabat, es tanca el teló i es forma aquell rebombori de rialles i gent que camina per la catifa atrotinada de vellut.

Entre cametes, els actors riuen i s'abracen mentre puguen les escales cap als vestidors. I després, com sempre, tot s'omple d'una olor de tovalloletes desmaquillants, maquillatge, brillantina, laca... olor de camerino.

Tots canviats, pentinats i dutxats baixen les escales a cuita corrents, amb una eufòria que sembla que no s'hagi d'acabar mai. A fora els esperen alguns amics. I poc a poc la gent desapareix.

L'encarregat tanca les portes amb clau després d'endreçar les restes de la nit. "clic." S'apaguen els llums, i l'encarregat marxa xiulant cap a casa, ja no hi ha ningú...

I ara què? Ja està? Només hi ha la lluna i el teatre buit? No... us diré un secret.

Diuen que els teatres són temples sagrats. I també diuen que als temples hi habiten els esperits dels que un dia van ser vius allà dins.

Voleu passar? Sí? D'acord, doncs. Un moment, no sigueu impacients, que aquesta porta triga a obrir-se! Buf, Ja està! Shht! heu de caminar molt lentament i sense fer soroll, aaatxim! quanta pols que hi ha aquí... ho entenc, el teatre canvia molt quan hi ha gent, fixe'u-vos en què és el que passa quan està buit: veieu aquesta llum blavosa que ho cobreix tot com si fos boira? Sento decebre-us però mai he sabut el que és.

Ei! Què fa aquell taulell d'escacs allà al racó? Mira que són despistats eh... i sempre els hi recordo: "si traieu objectes del soterrani gardeu-los bé quan acabeu, no fos cas que us descobrissin!" ah... Ja entenc per què feu aquestes cares, no sabeu de qui us parlo, oi? Mmm... com ho explico? Recordeu allò que he dit dels esperits? Doncs bé, ja ho he dit tot.

Un altre cop aquesta expressió estranya que poseu els humans quan no enteneu res... se us ha d'explicar tot! No us heu preguntat mai a on van els personatges quan l'obra s'acaba? De debò que no? (doncs quina falta d'imaginació...) ho he dit en veu alta? Em sap greu, segueixo: els personatges es queden a viure al teatre! On volíeu si no? Els actors els fan néixer, els treballen, proven mil estils diferents fins que troben l'adequat, fan una obra perfecta (encara que de vegades no tant) i després, quan tot s'acaba... els abandonen...és trist, ho sé, se'ls treuen de sobre com abrics vells i els deixen per allà

tirats, sense pensar que algun dia, aquells "abrics vells" en seran massa, tants que qui sap el que pot passar...

Ara pensareu que estic boja, oi? Que no existeixen els personatges de l'obra, que són ficticis i que això només passa a les pel·lícules... I en què es basen les pel·lícules, senyors? En llibres?!? Ah, doncs mira per on, no hi havia pensat, veus... sí, sí teniu raó, algunes es basen en llibres, però els llibres, en què es basen? Ja! En fets reals, senyors, alguns llibres es basen en fets reals. I sí, això és un FET REAL! No ho entenc, cada cop que faig entrar a algú al teatre per demostrar-ho, s'amaguen tant bé que la gent no em creu, i no us penseu que sóc una rondallaire borratxa, no. Cada nit, quan estan segurs de que ja no hi pot entrar ningú, van sortint dels seus amagatalls. N'hi ha desenes, centenars, milers... no ho sé, si us sóc sincera, mai no els he contactat. Però no patiu, que aquesta nit els comptareu vosaltres mateixos.

Nois! Ja podeu sortir!

De veritat que no hi ha perill, sortiu o m'enfadaré!

Sí... els sentiu? Sentiu aquell xiuxiueig del fons del teatre? Són ells! Mireu, els podeu veure? En surten de tots els racons, ja us ho he dit jo... ostres! Heu vist aquell pirata que va caminant pel sostre? i... mireu quants personatges surten de sota les butaques! I del soterrani... mireu quants en baixen per les escales! Sembla una manifestació això! Ara em creieu? Sí? Per fi! Mai havia estat tant feliç! Els heu comptat? No?!? Bé... tant se val, continuem.

Ah... avui és el meu dia de glòria! Per fi he demostrat que és cert! Però la veritat és que estic agraïda que m'hagueu acompanyat, i per això us vull fer un petit regal, podeu preguntar el que vulgueu als personatges! Però evidentment seré jo qui parlarà amb ells, fa tant que no parlen amb humans, que només de pensar-hi els hi agafen esgarriances...

mmm... hi ha algun personatge que vulgui respondre preguntes?

-Sí! Jo!

Molt bé maco, però "tu" qui ets?

-"Jo", sóc un savi. A l'obra en què vaig néixer no era un personatge savi, simplement és que els meus companys, em diuen "el savi", perquè sóc dels únics d'ells que ha sortit al carrer. No és que els personatges solguin sortir al carrer, de fet no poden sortir, però si un espectacle va de gira amb els mateixos actors, i aquests no canvien de personatge, els personatges surten al carrer quan van cap a un altre teatre. Jo puc dir que he vist el món de fora, i per això també puc dir que els que no l'han vist no es perden res.

Savi, els actors saben que existiu?

-No, no ho saben, la veritat és que els humans no són gaire llestos, és lògic que quan els actors creen personatges creen ànimes noves, que jo sàpiga, les ànimes estan vives, no? Si no tots nosaltres no seriem aquí. Però en comptes de tractar-nos com a amics, no s'adonen que existim, i llavors, ens abandonen... a nosaltres! Nosaltres que som els qui sortim a escena el dia de l'obra, nosaltres que fem la veritable feina, i en comptes de donar-nos les gràcies, ens deixen aquí tirats.

Ah, és clar... però, no heu pensat mai en una forma de sortir d'aquí?

-Ah! De vegades, l'única cosa que voldríem és morir! Però qui són els que moren? Els vius. I nosaltres què som, vius? Morts? Perquè una porta s'obri ha d'estar tancada. La nostra porta està entreoberta.

“La nostra porta està entreoberta”, m'agrada aquesta frase...bé, suposo que aquí s'acaba la nostra trobada, humans; sobretot no digueu a ningú el que heu vist, confio en vosaltres. Ah! I tampoc... Què? Que voleu saber qui sóc? Bé. Crec que... No ho sé... No acostumo a dir-ho però... Sóc escriptora. Què passa? Què és aquest silenci? No sóc pas tant estranya! O potser sí...

Tot va començar una nit de... no me'n recordo que, estava molt deprimida, eren temps difícils, faltava el pa i els meus llibres no es venien. Vaig sortir a passejar ja que al carrer s'hi estava millor que a casa meva. Em vaig aturar davant d'aquest teatre. Sempre m'han agradat els teatres, tenen aquest aire tant misteriós que em captiva tant... vaig seure a terra, davant l'entrada i vaig recolzar al cap a la l'antiga porta de fusta vella quan: nyeeeee... es va obrir.

Vaig tenir la temptació d'entrar... i ho vaig fer.

Allà hi eren tots, esperant que a algú que els ajudés a veure algun avantatge en aquella “vida” que portaven. I allà hi era jo.

Semblarà una bogeria el que he fet, però aquí m'hi sento bé. Són criatures fantàstiques i estrambòtiques com jo!

I sembla mentida, però a mesura que passa el temps, que per cert, he deixat de comptar; noto que cada cop... em faig menys persona. Mmm... voldria acabar amb aquesta frase, sona enigmàtic, però em sembla que us hauré d'obrir la porta perquè podeu marxar, no? D'altra banda us quedariu aquí tancats, com jo... Bé doncs, som- hi! Us ha agradat? Sí? Me n'alegro!

Buff... un segon, no sigueu impacients, que aquesta porta triga a obrir-se... ah! Ja està! A reveure, doncs! I recordeu: el que passa al teatre... es queda al teatre.

Era una capsa. Una de petita, geomètricament octogonal, d'arestes definides i perfilades. Unes garlandes de flors trenades guarnien les sanefes gravades a la fusta, fusta de cirerer que fou meticulosament tallada per unes mans inexpertes però il·lusionades. No era un saltataulells qualsevol, es tractava d'un jove autodidacta que de veure'n l'avi manipular el burí i la gúbia va aprendre la tècnica per pur avoriment d'espectador estàtic.

“Sembles inútil, fill meu”, repetia afectuosament l'ancià en adonar-se de la mirada esbiaixada de qui aleshores era un infant que s'amagava entre les ombres i les llums que es destil·laven de les cortines de crochet.

El jove va créixer amb aquella frase, que es refeia més sovint del que ell hagués desitjat, però mai no va deixar de contemplar com les mans del vell, amb durícies i cicatrius a dojo, lliscaven sobre la superfície estellada del tronc nu.

El jove romania fascinat darrere la columna de la sala, i arraulit es fonia amb les parets humides, fredes i recobertes d'un paper tacat que feia bossa. Aquestes estaven buides, totalment despullades de qualsevol ornament que dignifiqués l'ambient fúnebre de la cambra hostil. S'obrien fent cruïres i ningú no hi posava remei.

Els mobles eren només una caricatura sarcàstica del que foren anys enrere, i tot un munt de coixins de ganxet estaven estratègicament situats per tal d'ocultar les cremades de la burilla de l'avi somnolent, que escataven la tela rossegada pel fregament continuat.

La lluminositat groguenca i malenconiosa estava determinada per dos aplics disposats amb no gaire gràcia que il·luminaven tan poc de dia com de nit.

En aquella casa tot era silenci. Un aparent silenci que es volatilitzava si es parava orella fina de músic destacat, i si es fixava la vista en la manipulació lleugera dels estris: cada empresa del vell significava una bretxa al fust, un so onomatopèic que marcava una melodia rítmica de greus.

La simfonia instrumental va quedar retinguda a la memòria del nét.

El costum el va dur a imaginar-se aquell nyec-nyec en tot tipus de situacions i ambients: a l'escola, quan la ment s'envolava molt lluny de la pissarra guixada; als carrerons del poble i a les cruïlles, a les places plenes de moreres i als racons amagats on el sol incidia directe i enlluernador; i als camps de gira-sols que s'estenien fins on abastava la vista, més enllà de l'horitzó.

Però si algú li inspirava el so de la fregadissa, ella era la Teresa. Per la jove va atrevir-se a esgrimir els estris del mestre i a endinsar-se en el món de la xilografia.

La Tereseta era una fadrina de família bona que visitava el poble des del brogit de la ciutat només per acompanyar el seu pare, cacic i senyor de la vila i les afores, que s'apropava de tant en tant per rebre la mesada de les seves terres sense intermediaris escurabosses qualsevol.

Vestia amb robes exòtiques que es teixien només per cobrir la seva pell de marbre, i els seus peus mai no trepitjaven sobre cap sabateta que no fos xarolada. Allà per on passejava, es descuidava els aromes a pa tendre i a dolços casolans, que romanien a l'ambient durant uns dies, com a senyal d'identitat.

El primer cop que el mosso la va veure, va quedar en un atordiment passatger que evolucionà cap a una serenitat captivadora. Els seus ulls l'omplien, com per osmosi, d'una esperança frenètica que ell no tornava a sentir fins retrobar-se, de nou, amb aquells dos grans de cafè fent vidriera de rosassa.

La buscava per les cantonades i racons sempre que li arribava el xiuxiueig trèmol de l'àvia escatainant amb la veïna: "Avui ve el assotacristos. Maleït escanyapobres...Déu ja se'n farà càrrec de la seva ànima sadollada de dolentia i perversitat, ja se'n farà quan li aplegui l'hora...Mentrestant, que el Senyor nos guard, Carme!"

I quan la trobava, mai no gosava fer-se notar. Romania quiet, totalment paralytitzat per la Tereseta, que l'enverinava la sang amb un únic però mortífer gest: Un somriure càlid en bell mig de l'hivern, quasi inapreciable per als ulls poc detallistes, però un lleu somris al cap i a la fi.

La situació no prosperava per més que ambdós ho desitgessin febrilment, i el temps transcorria sense obstacles, impassible, abominable.

L'aniversari de la jove s'apropava. Es feia tota una dona aquell any en què l'enamorat va regalar-li una caixa de fusta.

El noi va encongir les seves pors, i el dia setze de març va agafar per la mà la Teresa i la menà fins el turó on el seu avi disposava els cirerers, meticulosament cultivats en terrasses cobertes d'arrels superficials que s'entreteixien, jugaven i es lligaven amb fastuosos nusos de marineria dolça. En silenci, va descobrir l'obsequi que curiosament protegia entre les mans temeroses, i se'l presentà a la jove.

La Teresa va nuar els seus primers sentiments, de sorpresa i encantament, i la seva expressiva cara també desvetllà la reacció posterior, no tan agradable ni amigable. La Teresa havia sobreentès que la capsa només era l'embolcall del present, i en destapar la caixeta esculpida sense destresa, no va trobar més que la desil·lusió del buit, el menyspreu del no-res.

La noia el va mirar, dubitativa...No podia explicar-se quina mena de joc era aquell; i el mosso, convençut en les seves raons, dictà:

-En aquesta capsa estan tots els petons que mai no podré fer-te. No hi ha cap quantitat específica...és aquell nombre que els científics no han descobert encara. És possible que no el coneguis...jo l'anomeno el Nombre de l'Amor. Un nombre il·limitat, un nombre etern que és efectiu en tot tipus d'operació, enunciat o equació...Fins i tot en les fraccions té la capacitat de restar com una única unitat. És un nombre increïble, fascinant, màgic. Jo te l'ofereixo amb els meus petons. Uns petons que no podràs rebre dels meus llavis, però que te'ls trobaràs sempre que els necessitis, en aquesta gàbia de

sentiment. Per dissort, el destí m'ha forçat a caminar una passa, o dues, per darrera de les teves, i una aventura com la nostra no seria acceptada per cap de les famílies.

La corrent d'aire fred es filtrava entre els turons, i sacsejava subtilment les branques dels arbres florits de nata i rosa, que insinuaven l'aroma de mel prematura, i el brunzir de les abelles reviscolades trencava l'incòmode silenci.

La Tereseta va quedar-se muda, sense paraules per correspondre les del noi. Va limitar-se a somriure, com de costum, a assentir amb un cop de cap i abaixar la mirada, per marxar tan de pressa com les cames li ho permeteren.

Després de molts anys de viduïtat, la senyora Teresa explicava a les seves nétes com va ser el seu primer amor, un amor immaculat i infantil, que va segellar-li el cor per no poder estimar cap altre persona que no fos el jovenet tímid que una tarda de març va fer-li entrega del millor dels seus regals. Qui li hagués dit en aquells dies de primavera immadura que coneixeria l'home de la seva vida, amb qui es casaria en contra de tota llei social imposada dictatorialment per la família de tots dos bàndols. Els uns per massa, els altres per massa poc, no van fer-se càrrec de la decisió presa pels amants, i ells van aprofitar-se'n per fugir plegats, per cercar la felicitat que allà no trobarien.

En aquells moments, la Teresa no conservava ni una mica del goig de l'antany pròsper al costat de l'espòs, a qui enyorava amb trista malenconia, així com trobava a faltar el nyec-nyec que sempre perseguia a l'humil ebenista.

Per sort, conservava els seus petons, i se'n regalava un cada nit que dormia tota sola en el llit que ell mateix va fer amb les seves mans. Encara li en quedaven molts, però tot i així, obria i tancava la caixeta amb suma rapidesa i habilitat perquè no se n'evaporés cap.

Era una capsa. Una de petita, geomètricament octogonal, d'arestes definides i perfilades. Unes garlandes de flors trenades guarnien les sanefes gravades a la fusta, fusta de cirerer que fou meticulosament tallada per unes mans inexpertes però il·lusionades. No era un saltataulells qualsevol, es tractava d'un jove enamorat que veure l'oportunitat de conquistar a la jove, no la deixà escapar, tot manipulant el burí i la gúbia amb tendresa i inquietud.

El Nombre de l'Amor perdurà uns mesos més, fins que la capsa s'esgotà i a Teresa li defalliren les forces.

L'últim dels petons van fer-li els llavis dels fills i néts que ploraren la solitud de Teresa, que es retrobaria de nou amb l'amor que mai no va deixar-la de banda, si més no, de sentiment.

Era un dia fosc, un dia més, jo em vaig llevar d'hora, bastant exaltat, però no li vaig donar massa importància i vaig marxar a treballar...

Vaig arribar a l'oficina i a l'entrar vaig veure un home tan alt i fort que em va fer la impressió que feia més de dos metres i tot i ser el que sóc, vaig tenir por en veure'l.

En principi, avui era un dia sense gaire activitat, el meu cap no m'havia avisat sobre cap treball. Però de sobte, em va cridar per megafonia i em va dir que m'adrecés a la seva oficina. Vaig arribar, i amb por vaig picar a la porta. Quan vaig entrar em va presentar l'home enorme i em va dir que havia de fer un treball per aquell home. Aquell home enorme es deia Aitor, Aitor Martí.

Als dos minuts es va dirigir a ell i li va dir: - Ell és el millor, ningú és tan precís ni tan bon assassí com ell -. Després se'n va anar i em va deixar en companyia del gran home perquè aquest em donés les instruccions de com, quan, i a qui havia d'assassinar.

Fins aquell moment no havia escoltat la veu d'aquest home, i quan va començar a parlar em va deixar amb la boca oberta, jo esperava escoltar una veu forta, d'autoritat, però no, era una veu molt tendra i fluixa, fins tal punt que al principi no sentia el que em deia. Vam estar xerrant un quart d'hora, i abans de marxar em va dir: - si no ho fas amb rapidesa o comets un sol error, ell no ho dubtarà, et matarà. En uns dies rebràs a les teves mans les instruccions exactes-.

Dies després el meu cap em va lliurar un sobre i em va dir que marxés a casa, que m'havia de preparar molt bé per a aquest treball, perquè era realment perillós i que no volia perdre el seu millor assassí.

Quan vaig arribar a casa vaig obrir el sobre i vaig començar a llegir les instruccions. Eren molt clares: m'indicaven exactament a quin lloc i a quina hora trobaria la meua víctima, fins i tot especificava pas a pas el que havia de fer, com havia de matar-lo. Tot un equip estava amb mi, per distreure l'home mentre jo em dirigia cap a ell. L'únic problema era que aquest home era molt sagaç i si descobria el pla, em mataria.

Va arribar el dia indicat. La meua víctima, pel que sembla, era un home important, el lloc en què havia de matar-lo era el que jo esperava, la recepció d'un hotel de gran luxe i de negocis. Hi havia massa gent, i la veritat no sabia on podria ubicar-me per poder complir el meu treball.

Ja estava tot a punt, la meua gent estava just on jo els havia indicat ... llavors el vaig veure, però alguna cosa em va venir al cap, ja que no semblava un mal home, semblava impossible que pogués descobrir-me i matar-me... Vaig sentir que no seria capaç, que no podria prémer el gallet, vaig voler anar-me'n, però no podia, aquest era el meu treball i havia de fer-lo, jo era un professional i sabia exactament com indicar als meus homes en quin moment havien d'actuar.

Vaig començar a caminar molt lentament cap a l'home, semblava un home tan innocent que estava segur que quan sentís l'arma a la seva esquena faria el que jo li ordenés i així ho vaig fer, em vaig acostar i li vaig dir en veu baixa que comencés a caminar, que el volia lluny de tota la gent, i em va fer cas i quan vam estar en completament sols li vaig dir que no es confongués, que el que anava a passar jo només ho feia perquè aquest era el meu treball. Encara que ell estava molt callat semblava estar tranquil i el que va fer em va sorprendre molt: es va girar i amb un ràpid moviment em va treure l'arma de les mans, i mentre m'apuntava em va dir: - Perdoni, no es confongui vostè, jo contra vostè no hi tinc res i el que passarà és només qüestió de la meua vida o la seva i jo prefereixo la meua -.

Després de dir-me això va treure un mòbil de la seva butxaca, va fer una trucada i va dir: - no és tan bon assassí com diuen, no ha seguit les instruccions que li vam donar. Prepareu-ho tot, he de trobar el millor! -.

En aquell moment em vaig adonar que si l'hagués disparat hauria deixat de ser un simple assassí. Però ell tenia raó, jo no era tan bon assassí, no vaig ser capaç de matar-lo i ara estic aquí esperant que tot acabi, vull que dispari ja, no se per què no dispara. Pum! Ara ja sí, tot ha acabat.

Autor

Albert Lázaro Pascual

El somni, el somni americà.

Em trobava a pocs quilòmetres d'ell, a la frontera entre els Estats Units d'Amèrica i Mèxic. Dos països, tan propers geogràficament i tan llunyans econòmicament. L'un es podria considerar el motor econòmic del món amb la qualitat de vida més alta, l'altre, un país on hi ha molta gent sense una vida digna ni la possibilitat d'aconseguir-la. A partir d'aquesta diferència sorgeix aquest terme: "El somni americà", que reflecteix la voluntat de tots aquells mexicans que volen una vida millor i es resignen a que un altre país tan proper no els hi obri plenament les portes de la convivència. Molts mexicans intenten creuar la frontera que separa aquestes dues nacions quasi a diari per aconseguir aquest somni. I avui, em toca a mi.

He vist maneres i maneres de passar la frontera, però fins ara l'única que havia funcionat fins a cert punt era la d'amagar-se en el cotxe o furgoneta d'algú que sí que estigués autoritzat a passar i resar que no fos descobert pels guàrdies. Els controls de mercaderies no eren gaire severes i els vigilants es permetien el luxe de no comprovar què es portava dins d'una furgoneta si tots els papers estaven en ordre. Això era així fins fa poc, però ara la cosa s'ha complicat. Un grup de científics ha ideat un dispositiu capaç de detectar el diòxid de carboni a l'aire que l'envolta i que els humans expulsen quan expiren. Amb aquest petit invent que es pot portar a la butxaca només amb una ràpida passada els guàrdies de la frontera poden saber si hi ha algú amagat dins d'un vehicle. Em pregunto la gran quantitat de diners que el govern americà s'haurà gastat per crear aquest dispositiu que només té un propòsit, evitar que nosaltres (la "xusma" mexicana) entrem dins del seu país xenòfob. Podria assegurar que si aquest aparell hagués estat inventat per ser utilitzat en contra dels Estats Units, el denunciarien com a un acte contra els drets humans. Però no em sorprendria gens que els inventors d'aquesta màquina maligna fossin nominats al Premi Nobel de Química. En quin món m'ha tocat viure?

-Josep, ja és l'hora!

Capficat en els meus pensaments, em vaig sobresaltar. Havia d'actuar ràpidament, o no me'n sortiria. La meva estratègia, no la més brillant de totes, però sí efectiva, consistia en tapar-me la part superior del cos amb una bossa de plàstic mentre passéssim pel mig de la frontera. Això evitaria que al respirar expulsés diòxid de carboni i el detector no reaccionaria. L'únic problema és que, com tothom sap, la quantitat d'aire que hi ha en aquesta situació és limitada i pot provocar l'asfíxia en un curt període de temps. M'estic arriscant la vida per anar a un país on busco una vida millor i no puc assegurar-me que l'aconseguiré. I és en aquest moment que em dirigeixo a tothom que estigui llegint això:

Com pot ser que ningú s'estigui adonant de totes les maldats que tenen lloc al món, al segle XXI? No m'estic inventant aquesta història que us acabo de dir, és totalment veritable. En el món tenen lloc atrocitats com aquesta bastant més sovint del que us penseu. Aquesta ha sortit a la llum, tothom se n'ha assabentat gràcies als mitjans de comunicació i a internet, però jo sempre he cregut que si es descobrissin totes les crueltats que alguns cometem no seriem capaços de creure com la naturalesa humana pot ser tan destructiva. Hi ha gent que ha intentat revelar aquests secrets al món i han

acabat empresonats. És això el que trobo injust. Crec que tothom hauria de tenir accés a totes les decisions que pren el govern de cada país perquè es pogués considerar un país pròpiament democràtic. La democràcia es basa en que el poble sigui capaç de prendre decisions, però és impossible que ho faci si ni s'assabenta del que està passant. No opineu el mateix que jo?

Dit això, millor que em prepari perquè ara m'estaré uns 5-10 minuts sense poder respirar en condicions. Espero tenir sort, vull començar una nova vida a l'altre costat de la frontera, si aquest dispositiu no em provoca la mort abans.

Autor
Albert Arnal Bauvell

- No ho t'entenc. Vull ajudar-te, però per això has d'explicar-me com va ser tot. Comença des del principi, des que vas començar a anar al col·legi.

- Va ser el matí del primer dia del col·legi. Jo estava molt content. Volia saber com serien els meus nous amics, a què jugaríem, però no tot va ser com jo esperava.

- Continua si us plau.

- Quan vaig arribar a la meua classe, la majoria de nens ja estaven asseguts. Quedaven tres o quatre llocs lliures. Vaig anar a seure al que tenia més a prop i un nen em va dir: Eh, tu, aquí no; busca't un altre lloc. El mateix em van dir els altres. Això s'ha repetit tots els dies fins ara.

- Segueix, ho estàs fent molt bé.

- Tot va anar a pitjor. Quan arribava l'hora del pati, com ningú volia jugar amb mi, me'n anava a un racó a llegir. Un dia van venir una colla de nens, em van agafar el llibre i me'l van trencar. Van arrencar els fulls i després em van dir que me'n anés al meu país, que l'única cosa que feia era destorbar. Aquests insults van ser diaris i cada vegada més forts. Cada dia desitjava menys anar al pati i al col·legi. Fins que un dia, després de classe, em van portar a un lloc una mica fosc i allí em van pegar, em van trencar la motxilla i em van deixar tirat al terra.

- Quan vas arribar a casa, li ho vas dir a la teva mare?

- No. Tenia por. Ells em van dir que si ho explicava seria pitjor.

Anuar, tal com li havia demanat el metge, li va explicar el que havia passat fins ara, amb tot detall. El metge l'escoltava atentament, mentre veia com el nen s'anava tranquil·litant a mesura que les llàgrimes lliscaven per les seves galtes.

- Anuar, et vaig a explicar la història d'un nen de més o menys la teva edat que es deia Ramiro Contreras; era peruà. Aquest nen tenia els mateixos problemes que tu a classe i també tenia por. Però gràcies que tenia molta confiança en si mateix va aconseguir tenir el valor suficient per explicar-ho, va trobar el suport que necessitava en els seus professors, pares i va fer nous amics.

El metge li va seguir explicant a Anuar alguns detalls de la infància del nen i com amb esforç i confiança en si mateix va acabar una carrera universitària i va arribar a ser un doctor psiquiatre molt important.

- Anuar, has de saber enfrontar-te a aquestes coses, mai has de tenir por ni estar callat. Pensa que no tothom és igual; hi ha gent que mereix la pena i cal saber trobar-la. Mai et rendeixis.

Es va fer un silenci, que el metge va trencar:

- Crec que per avui és suficient. Demà seguirem, encara tenim molt treball per davant. Adéu Anuar.

- Fins demà... i gràcies.

Anuar va sortir pensatiu de la consulta; alguna cosa li deia en el seu interior que ell l'entenia i l'ajudaria.

En tancar la porta, es va fixar en alguna cosa que no havia vist en entrar. Es tractava d'una placa, al costat de la porta, en la qual posava: "Dr. Ramiro Contreras. Psiquiatre."

Es va despertar al mig del carrer, sota la pluja. Es va incorporar i va mirar al seu voltant. Era fosc i la pluja dificultava encara més la seva visió. La dèbil llum dels fanals i algun cotxe que passava de tant en tant era l'únic que brillava en aquell moment a la seva vida. Encara quedaven almenys dues hores perquè sortís el sol, però amb aquella pluja tan violenta i el fred que feia cap ésser humà hagués pogut continuar dormint per molts cartrons que tingués a sobre. Va agafar l'ampolla d'absenta de terra i es va posar a caminar. Aquest cop va deixar els cartrons allà; s'havien mullat massa i no aguantarien cap nit més. Hauria de trobar més caixes si volia dormir la propera nit. Abans, als vagabunds, els estava permès dormir dins als caixers, però feia uns mesos ho havien prohibit perquè els clients es queixaven. "Maleïts imbècils... Jo podrint-me al carrer amb tan sols uns pantalons, un jersei i uns quants cartrons i ells queixant-se perquè els fa por treure diners estant a la mateixa sala que un pobre." Continuà caminant, vagant pels deserts i foscos carrers de la ciutat sense cap mena d'objectiu, bevent un glop de l'ampolla cada pocs minuts.

Poc a poc va anar sortint el sol, però la pluja no descansava. Continuava mullant-se sense parar, amb els bruts i xops cabells tapant-li els ulls i la cara, però no el molestaven; de tota manera no hi havia res a veure a aquella ciutat que l'havia deixat sense res. Cases, cases i més cases, i sense poder utilitzar-ne cap. "No és just..."

Número 43, 45, 47, 49, 51, 53... Número 53. Carrer de la Música, número 53, pis tercer, porta segona. Encara recordava l'adreça d'allà on havia viscut durant tota la seva vida. 23 anys en aquell pis. 23 anys de records, de penes, d'alegries, de vida. 23 anys que havien resultat ser inútils i no sabia per què. Recordava tot el que havia passat a la seva vida, tot excepte la raó per la qual vivia al carrer; no aconseguia trobar aquell record.

Havia perdut la noció del temps; ja no sabia quant de temps portava vivint al carrer. Estava embogint. Recordava als seus pares, recordava els crits de la seva mare, les pallisses del seu pare, les baralles amb la seva germana, les trapelleries amb el seu germà, però no recordava el final, no recordava com havia acabat tot. L'absenta havia esborrat aquell record de la seva ment. Aquella ampolla que cada setmana li proporcionava el seu amic a canvi del menjar que pogués aconseguir als contenidors de brossa, aquella ampolla era el seu àngel de la guarda. Aquella ampolla era l'únic que podia salvar aquella ànima abandonada: l'ampolla d'absenta.

Va beure un altre glop i va prémer el botó de l'interfon. No contestava ningú. Va pitjar un altre cop, un altre, i un altre. No deixava de pitjar el botó. L'estaven envaint els nervis. De cop i volta va començar a cridar "Obriu! Obriu, cabrons! Per què em feu això?" De cop i volta la bogeria es va apoderar del poc seny que li quedava, va beure uns quants glops més d'absenta i va estavellar el seu cap contra la porta de vidre de la porteria, la qual es va trencar fent un soroll espantós. El seu cap sagnava i la pluja només empitjorava la situació. Es va enretirar els cabells de la cara i es va esmunyir pel forat que havia fet a la porta, ferint-se la pell de tot el cos mentre intentava fer el

forat més gran per poder passar. Xisclava, però no de dolor, sinó de ràbia; la ràbia que l'envaïa pel fet de saber que estava embogint. Ho sabia i no ho podia evitar.

Quan va aconseguir entrar va relliscar amb els trossos de vidre que hi havia per terra i va acabar de destrossar-se el cos, tot ple de rascades, profunds talls i vidres clavats. No li va importar; l'únic que volia era arribar a la porta segona del tercer pis. Va córrer cap a les escales i va començar a pujar. Pujava els graons de dos en dos, i de tant en tant ensopogava, però tenia tantes ferides que ja no li afectava res. Faltaven tres esglaons i ja no podia més; havia pujat a tota velocitat i les seves cames ja no responien. Va relliscar i el seu front va xocar amb l'extrem de l'últim graó. Es va fer un trauc i va perdre el coneixement.

Van passar dos minuts...

Cinc minuts...

Deu minuts...

Vint minuts...

Mitja hora...

Poc a poc va anar desapareixent la foscor de la seva vista. Va fer un gest de dolor però la sang seca del seu rostre no li permetia gesticular amb facilitat. Es va aixecar i va pujar poc a poc els tres graons que li quedaven per arribar al tercer pis. Continuà caminant lentament i finalment va arribar a la porta segona. De cop i volta un sentiment entre angoixa i por va envair el seu cos. Va fer un pas enrere, com si una estranya pressió al pit no li permetés avançar. Es va apropar la mà dreta a la boca per fer un glop a l'absenta, però es va adonar que no la tenia. Va mirar enrere i, efectivament, va veure l'ampolla trencada i tot l'alcohol estès per les escales. Ara sí que l'havien abandonat. La solitud s'apoderà de la seva ànima, i després va tornar la ràbia. Girà el cap un altre cop i tornà a mirar la porta del que havia sigut casa seva. Avançà. Va tornar a sentir la pressió al pit però aquest cop la va ignorar. Allargà la seva mà ensagnada i plena de vidres clavats i va agafar el pom de la porta. Estava fred, molt fred. Va girar el pom i la porta es va obrir sense dificultat. Entrà a la casa, totalment a les fosques, i tancà la porta darrere seu. Va tancar els ulls i va començar a recordar. Imatges, records no paraven de passar pel seu cap, com violents llamps que no podia esquivar. "Mare! Pare! No!!" va cridar, com un nen que s'ha perdut enmig de la multitud. De sobte va obrir els ulls. Tot era fosc; continuava en aquella casa. Va inclinar el braç cap a la dreta i va estirar una petita corda.

Recordava perfectament on eren els interruptors dels llums. Una petita làmpada de taula es va encendre; aquella dèbil llum era suficient per il·luminar la petita sala. Va veure aquella butaca marró de pell gastada on solia seure el seu pare, i la cadira on seia la seva mare a llegir. De cop i volta es va posar a cridar. "On sou? No us amagueu, sé que sou aquí! No m'enganyeu. Per favor..." Plorava. "Per favor, no puc més".

Caminà cap a la cuina i a la estanteria trobà una ampolla, una ampolla d'absenta oberta. S'hi apropà i va dir "Posa-me'n una mica, per favor." Ningú va contestar. "T'he dit que me'n posis!!" cridà amb histèria.

Seguia amb el convenciment que la seva família era a la casa, però la casa era totalment buida. Havia perdut totalment el seny. Trenta anys vivint al carrer amb l'única companyia d'una ampolla d'absenta descomponen a qualsevol. Va obrir l'ampolla i se'n va beure quasi la meitat d'una tacada. Va caure a terra. L'havia vençut la ràbia, la tristor, la confusió, l'alcohol.

Amb les pupil·les completament dilatades, encara conscient, es va posar de genolls i regirà al calaix de sota la pica. Trobà un ganivet. Estava brut i poc esmolat, però serviria. Va agafar l'ampolla d'absenta amb la mà esquerra i en va beure un últim glop. Agafà el ganivet amb la mà dreta, tancà els ulls ben fort i, de sobte, va recordar. Va recordar els crits del seu germà, els crits de desesperació del seu germà "No, pare! No ho facis!". Per primer cop recordava la cara d'espant de la seva germana, com tremolava de por. Per primer cop recordava el rostre descompost del seu pare amb una ampolla d'absenta a la mà esquerra i un ganivet a la dreta. Per primer cop recordava, recordava el silenci de la seva mare. Els seus ulls inexpressius, la seva pell pàl·lida, freda. Recordava la raó de la seva solitud.

Obrí els ulls.

"Fins ara, mare."

Autora
Georgina López García

It was March 1940 and the spring buds were just peeping out of the crisp soil. Gillie watched through a frosted window as the new-born sun rose shyly over the dew-touched moors of Littlerineth, Yorkshire. Gillie got up off the window sill and made her way silently to the court-yard. After collecting a bucket and tipping the rotting remains of the pig muck out she padded sleepily through the farm to the cow shed. She heaved open the groaning oak door, pulled up a stool and started the early morning milking of the cow closest to her, Elsie.

“How are you this chilly mornin’, me dear?”

Elsie gave her an understanding nudge with her nose. When she had finished she moved onto the next cow, Lola. Tucking a few ebony strands behind her ear she repeated the routine of the milking. This motion was done until all the cows had been safely milked. Checking that they didn’t require any more attention, Gillie pulled the door closed behind her as she stepped out of the warm friendliness of the shed. She then fed the horses, chickens and pigs and trudged back to the cottage. After stoking the fire, she looked at the clock that hung on the kitchen wall.

“Still only six twenty-nine!”, she thought impatiently.

Today was the day that Gillie and her father were to go sixteen miles down to the town hall and take an evacuee home with them. Gillie was hoping for someone who would like the same things that she did, someone the same age of 11, someone who looked like her and talked like her and acted like her. Little did Gillie know that the girls here were not country girls but were from the city. There were fifty-seven children in the hall so Gillie had to turn right round to see them all. There was one girl that caught her eye almost immediately. She had long hazelnut hair, soft cheeks and the same stunning green eyes. Gillie thought it was like looking in a mirror but without her dark hair and mud swiped across her face. Her father knew what his daughter was looking at. He walked briskly up to a stern-looking woman and muttered something so quietly that Gillie could not hear it. When he came back the girl was walking alongside him.

Rosa, the evacuee, was quite different from what she looked like. Her manners were perfect when Gillie’s parents were around but she was absolutely foul when left alone with Gillie. Rosa was continuously toying with Gillie’s older brothers James, Piers and Nick. She would say very harsh things about Gillie’s clothes and

ENGLISH LANGUAGE SELECTION

The St. Paul’s School International Prize for Literature will be awarded in each of the three languages to the winners in the three following categories.

1st Category: Born between 01/01/00 and 31/12/01

2nd Category: Born between 01/01/97 and 31/12/99

3rd Category: Born between 01/01/94 and 31/12/96

In the three categories the competition is for short stories. There is a free choice of theme.

possessions, her lifestyle and friends and really anything that would jump into her ghastly mind. She once remarked that one of the reasons that she had no friends was because nobody could bear the smell of her! Gillie stopped herself from reminding Rosa that she did have friends and that they all smelt worse than her!

After fourteen weeks of this, Gillie's parents called the girls into the parlour, where they talked about family and friendship. The last few words were...

You two are sisters, Rosa was adopted at birth.

2 Years later

Rosa and Gillie were sitting on the peaceful swings discussing how they used to hate each other before their lives were twisted right around. Funny how times change, isn't it?

Author

Anna Lithgow

That afternoon Flora, a white fat cat, was bored and needed care. "What can I do?" Flora thought, while throwing the ball of yarn to the other end of the room. "I'll see what humans are doing."

She got up and walked slowly to the beautiful living room and warmly greeted her "mother-owner", rubbing against her leg and meowing.

"Oh, Florita, today I have no time to play," she explained, leaving the room. "Amaya and Maria Angeles are arriving soon and it has to be all ready."

"How disappointing!!" Flora thought annoyed. She went to the computer room and meowed to catch the attention of her "father-owner".

"Tell me, Flori! Do you want a prawn? I'll give you one."

"Oh, no, just what I needed." Before she could run away, the bell rang and her owner let M^a Ángeles and Amaya in. They were her two daughters, and they were coming with her granddaughter Little Maria Ángeles. Flora ran to the door to catch the attention of those arriving, but neither Amaya nor María Ángeles' mother noticed her.

When the ten-year old child was born, Flora took a big dislike to her because she usurped the queen's throne that had belonged to Flora until then, and that feeling was still strong, but as a last opportunity to get some company she approached Little Maria Angeles. Suddenly Flora changed her mind when she saw what the child was doing: she was stroking ... a dog! Flora drew back terrified. The dog, who had noticed the presence of the cat, came up and said quietly:

"Hello, my name is Lupe. What is your name?"

"Flo-Flo ... Flora ..." the poor cat replied, shaking like a leaf.

"Ah, what a lovely name!" the dog said stepping closer. "Do you want to play with the ball? I know many tricks."

Lupe pushed a ball with her nose towards Flora who did not dare to refuse to play with that big dog. She started playing and shortly she discovered that it was funny.

After playing with the ball, both animals started talking and they got to know each other until finally the cat discovered she liked Lupe.

They played a bit longer until the food was served and they shared a portion of shrimps. Then Flora said:

"You know, Lupe, that dogs cannot get along with cats and all that stuff ... but I like you and want you to be my friend. I don't mind if our species are enemies, what do you say about it?"

"I also like you, Flora, and I'm glad that we are friends."

Meanwhile, humans were puzzled watching Flora and Lupe lying all along the sofa, and they wondered where they could sit.

Author

M^a Angeles Ortega Cuesta

I could never forget that wonderful day- the day my little brother was born.

It was early in the morning; everything was dark, quiet and peaceful outside. The silvery moonlight gleamed through the window of my bedroom, where I was lying, fast asleep, dreaming wonderful dreams. All of a sudden, I heard a familiar voice calling me- my Mom's voice.

"Please go with me to the hospital," she said, "your brother is going to come out!"

I woke up and was very confused. Was this a dream? I stood on my bed as still as a statue and did not know what to do. I ran into the bathroom and got dressed as quickly as I could, and off we went – to the hospital!

I had never been outside while it was still early like that, so I felt strange and amazed. Everything looked so wonderful. Silver stars twinkled in the black sky, and the wind was whispering its beautiful songs to the sleepy trees. The tired buildings were covered with a white blanket of mist.

Then we arrived at the hospital. Mom got taken in quickly and disappeared behind a crowd of waiting patients. I was puzzled and tired; I couldn't find her anywhere, so I decided to wait outside with my sister. But inside, my heart was aching. I knew Mom would stay there for a long time. And Mom's love for me would be divided, more than half of it would be given to the new member of my family. I just wanted to cry when I thought of that. However, to my surprise, Mom still cared about me. She told me to have breakfast and take a nap when I felt tired. I loved her very much.

Time passed and now the warm sun had appeared in the clear, blue sky. But Mom was still nowhere to be found. I was becoming really impatient, I just wanted to come in and see Mom and my brother. I waited...and waited...for someone to call me in. All of a sudden, my sister told me to go inside. I felt so nervous with anticipation; I went in as quickly as I could to see my dear Mom. Behind lots and lots of families, Mom lay in her bed, holding a tiny baby in her arms. It was my brother! Everything about him was tiny: his head, his arms, his nose.... He closed his eyes, sleeping like a lazy kitten. He looked so delicate and so cute. I ran to Mom, hugged her and touched the fingers of the baby. Everything was so wonderful, so perfect.

Perfect!

So far, I have thanked my Dad for his unexpected business trip, and have thanked my little baby brother for arriving two weeks earlier than the due day. Thanks to these reasons, I had an experience not all children my age will have.

Author

Minh Anh Quach Nguyen

"Domino!" shouted Lily. Lily was twelve years old; she had a storm- grey dappled horse called Domino. When they were in the patio, she brushed him down and told him that they were going to a competition. I don't think she'll win, and then she will get all upset and won't ride for months like last time, thought Domino. A little practice and a good night's sleep was her plan.

The next morning they were bouncing down the track and through the flowery archway of the competition entrance. Domino and Lily wandered down the path, Lily looking around in awe at the glittering horses with ribbons, pleats, dye and more decoration. "Well, your horse is a bit boring!" taunted a pretty girl Lily did not know." Who are you?" she asked. "Zoe Brochman, best young rider of the year winner, DUH!!" the girl said. "Nice to meet you. I'm Lily!" "Urg!" groaned Zoe and she stomped off.

The next morning Lily was ready, as scared as a mouse pinned to a wall, but ready. She entered the arena and warmed up. "Whoa!!" Lily cried, going over a jump that was far too high for her. "A HA AHA" laughed Zoe. A boy came into the arena and exclaimed, "Hi, I'm Jack, do you want some help?" "Yes please!" muttered Lily.

After her lesson Lily felt confident and ready. The back of her jacket read the number ten. "Can number eight please come forward!" a deep male voice said through the mega phone. Zoe trotted into the arena as proud as a lion that got the zebra. Zoe swiftly floated over the course. "That was Zoe Brochman, beautiful Zoe!" commented the male voice. "Number nine please step forward!" boomed the voice. Jack shakily came. He stumbled over it but cleared it with no faults. "Okay can number ten please come forward." The voice seamed to echo and be piercingly loud. Lily was so scared. She and Domino entered. "Three, two, one GOOOOOOOOO!!!" the man shouted. Walk, trot, canter, and here it came, nearer and nearer and, Lily jumped it fine, but Domino stumbled! The horse didn't fall. "Remember what Jack said," she whispered. "Grip with your knees..." Lily remembered. The next jump came. She pounded towards the next and the next. Finally the last jump. She gripped with her knees and held the reins tight, concentrating so hard her head might explode. "BANG!!" Domino swerved and galloped, and jumped over the fence. Lily fell and pain exploded in her side and everything went black...

Author

Cleodie Schneider

All of you know that there is a very well-known story called “Little Red Riding Hood” and I thought that I could do a backwards story inspired in “Little Red Riding Hood.” I hope you enjoy it...

Once upon a time there was a very bad little girl called Little Bad Riding Hood. She was a girl who was always fighting with everyone, even the big ones and she was impolite and naughty. Her mother, called Angelina, said that if she kept on doing bad things she would punish her. But she was rude and didn't listen to her.

The next week her grandmother was ill, so Angelina asked her to take some food and medicines to her. Little Hood protested because she didn't want to go, she preferred staying at home watching TV and playing with her toys. Finally Angelina convinced her by saying she would give her some candies, although she noticed Little Hood didn't do anything to merit them.

The next day, in the morning, Angelina prepared all the things for the grandmother. She lived in the other part of the forest so Little Hood needed to go on a long walk. In that forest lived a very kind and nice wolf called Wolfy. He loved playing with the kids and helping the adults; he was vegetarian and never ate people or animals. Angelina knew him and asked Little Hood to be very polite with him and not be rude. Little Hood didn't like animals and always tried to do bad things to them, especially to Wolfy.

Little Hood said goodbye to her mum and started to walk. A few minutes later, she met Wolfy. She remembered that her mother told her to be kind with Wolfy, but Little Hood was very lazy and thought that it would be a good idea to keep quiet and relax under a tree while Wolfy went to her grandmother's house. Wolfy was so polite that he accepted.

The grandmother was very happy to see him, she adored Wolfy, and preferred to see him than her terrible and rude granddaughter. In the meantime, Little Hood had fallen asleep in the forest and didn't realise it was very late. When she woke up, she didn't remember the way home.

Angelina was worried about Little Hood and went to her mother's house. When she arrived, she was very surprised because there was Wolfy and her mother playing cards and eating the cake she baked. “Where is Little Hood?” Angelina asked very worried. Wolfy knew very well all the roads in the forest and helped her. Finally, they found Little Hood. She was crying and she was very scared.

From that day on, Little Hood changed. She asked for forgiveness and became polite and friendly. She learned the lesson of being good to each other.

Author

María Altarriba Codinach

When the light begins to dim and the high pitched screams fill the ear there is no turning back. You begin to see flashing lights and hear whispers. You just have to lie there and listen to it. Your whole life races through your mind. The only thing that tells me I'm between life and death is the intense pain and hot sticky blood. I know this is the end. I know I can't do anything. I know that by the time I count to three I will be dead. 1...2...

The thud of her heart in her ears stopped. The pain in her body emptied and all that was left was an empty corpse, no soul, no life.

It was a winter night; she was out at the new club in town. Her friends tell us that she started on her way home at approximately 11:45 that night. Everything was fine until 2:00am when she still wasn't home. Dad in a fit of panic got in the car and raced off to search the town. Mum and I hung back and grabbed the phones- we rang every friend of hers we could remember. Nothing. Next day nothing except police investigations and worry. A whole week disappeared before they found her. All shards of hope vanished. My sister had been dead since the night of the party. Murdered.

You see murders on the news and you feel some sorrow for the families, but when the murder is in your family it's a different story. You never expect your family to be the news. We spent all of next week at home; the family came from all over with flowers and grieving. I was excused from school and it wasn't long before the funeral was arranged. It was only small, family and close friends only. I knew I wouldn't last long in the service and I was right, I broke down during my poem, in my favorite part. I couldn't bring myself to read any further.

Two weeks after the funeral, Police came with news about my sister's death. They had gained some information about the cars that had passed down Warham Street between 11:00 that night and 1:00 the next morning. They told us they would get to the bottom of this, I knew this should probably have given me some reassurance, but this comment somehow only scared me. Mum and Dad seemed a little more reassured and they cried a little less every day. As for me, I don't think I realised the sheer enormity of what it would actually be like without her. I still don't know how I got through one whole month- the worry was with me every second of the day, every day.

At night I have dreams, which is odd in itself because I never dream anyway, but these dreams are terrifying, they gnaw at the inside of my skull, my mind won't empty them away. I have the same dream every night, where a girl sits alone, just staring at the floor beside her, then I zoom in and I find she is in a prison cell. Next thing I know she is looking at me, her face red with tears, she stands and screams at me. When I wake up in a cold sweat, I just can't shift the dream from my mind. It is always there, whenever I close my eyes she is there, just screaming at me.

The Police arrived yesterday and told us they have called in two suspects whom they believed have some connection with my sister's death; this slowed my heart down a considerable amount. They said that they were going to interrogate the suspects

tomorrow and would let us know what they thought in a few days. I knew that the next few days would be unbearable.

The days crept by slowly and the day that the Police were going to give us their verdict arrived. I was sent upstairs and told not to come down until they called me. My chest ached with anxiousness and I felt dizzy and sick. Had they really found my sister's killer? The chat downstairs felt like it lasted twice my lifetime, but I finally heard the living room door open and Dad called me downstairs. A long and deep breath later I found myself walking down the stairs and into the living room. Mum signaled me over to her and I sat down. I could feel every pair of eyes in the room scanning me, I felt sick and clammy. Ten minutes later I had found out that the Police had arrested a man on suspicion of murder and he was going to be charged the next day. My head was swimming.

I spent the whole weekend in my bed feeling ill. Some small thing that I couldn't help noticing kept interrupting my thoughts as I lay in bed. I tried to ignore it but it didn't want to go away, I tried sleeping but I couldn't. The despairing hours passed and when my room was pitch black and I couldn't last any longer, I drifted off. Even as I fell asleep I knew that I would almost certainly visit the screaming girl. I was right. Again I woke in a cold sweat, just like every other night before.

I was well by Monday lunchtime and I reluctantly went to school. Everyone avoided me as if I had a disease, but I didn't want to talk to anyone anyway. When I finally got home I made a beeline straight for my room and shut the door. The moment I stepped into my room I couldn't take it anymore. I couldn't hold back the guilt or the fear. Standing in the door frame, I couldn't help but notice the cracked mirror across the room. It was almost calling me over. As I walked over and stared into the silver glass, my sister's murderer stared back.

Author

Lara May Shawren

I was going home. It was another rainy day in London and I had to run to get the bus. I always sit upstairs. I love seeing the city and the life of London streets. I sat at the back and, to my surprise, when I was sitting down I saw a notebook that someone had forgotten there. It was brown, with hard covers and with some pictures pasted on the inside. I was curious to read what it said:

"Today has been a horrible day. I started the morning fighting with my boss. He is always in a bad mood and he takes it out on the people who work in the morning. When I arrived home in the afternoon I had an argument with my daughter and my two young children had scribbled some very important documents. My husband always says the same:

-Don't worry, they are only children, don't be angry.

-Children? Shit! You should keep an eye on them!

Later and without having lunch I went out for a walk to relax. I have caught the 94 bus because it goes to Piccadilly Circus. I love this street."

That was the last sentence. As she had left the diary there, she hadn't had a chance to write more things. I thought for one second, I took my pen from my pencil case and I started to write:

"Your bad day hasn't finished yet. You left your diary in the bus. You aren't the only person who has had a bad day. This morning I didn't know what to wear to go to school. I got angry with my mum because she hadn't washed my favourite jeans. It is always the same. I hate my body and I never know how to dress. When I was in class my mobile phone rang and the teacher is going to keep it for one week. In the afternoon, I got a failed exam. I don't do anything well. I don't even know if I should have written in this diary."

And I left the diary there. I got off the bus and I went home without telling anybody about the diary. Two days later, to get home after my Spanish classes, I caught the 94 bus again to go to Notting Hill Gate. There is where I live. I love my place; it's one of the few things that I love in my life. After I had shown my oyster card to the bus driver, I went upstairs. To my surprise, in the same seat and under a newspaper I saw the diary. I nervously went to the last page and read:

"How dare you write in my diary? It's a joke! I love it!

And what is it that you don't like about your body? You must know that you left me worried because even though I don't know you, you should not feel that way. How old are you? I'll tell you something about me. My name is Charis and I am 44 years old. I'm married and I have three children and my eldest daughter never knows what to wear. We argue every morning if I haven't washed her favourite jeans. Why did your mobile phone ring in class? Give the diary to the driver. I wouldn't like anybody to steal it now that I've met you."

When I finished reading it, I remembered the photos that were pasted inside and looked for them. I wanted to see them again. In one of the photos I could see three children walking in a park. In another one, there was a young woman with a girl next

to her. Both were smiling. I thought that they could be Charis and her daughter. My stop was near, so I took my pen and wrote:

"I am glad that you are not angry. I'm Emma and I am 14 years old. My Spanish teacher called me to say that the class was later, that's why my phone rang in class. My parents split up one year ago and since then my life has changed a lot. I hardly ever see dad and mum is always working and doesn't have time for me. I miss her. Thank you for being my friend. I need to have someone to whom I can explain my problems."

I closed the diary, put my pen in my bag and I went home, not without giving the diary to the driver, who smiled at me.

That day it was hard for me to fall asleep. I couldn't stop thinking about the woman that was writing in that notebook. I also thought about my mother. I missed her but I couldn't tell her. It is so easy to write in a notebook and so difficult to talk to people! The next day I was so impatient to take the bus... that is why I felt so disappointed when the driver told me that he didn't know anything about a notebook.

I thought that I would never know about it again or about the woman and I felt scared. When I arrived home I wanted to go straight upstairs to my bedroom. I didn't want to talk to anyone. When I opened the door of my bedroom I saw the diary on my bed. My heart started beating fast. Trying to find an explanation I ran downstairs to find my mother. When she saw me, she smiled, she walked to me and she hugged me.

-You can trust me. From now on, I want you to tell me all your problems. I am your mother and don't forget that I love you more than anything else in the world. Nothing else matters. Sorry if I didn't let you know.

I immediately understood and I said:

-But how can I thank that woman?

-I have already done it.

The next day my mother went to fetch me when I finished my classes and we took the 94 bus.

-But, how did the diary arrive home?

-The woman followed you home, she gave me the diary and said to me: "Read this. I think your daughter needs you".

I never learned anything else about that woman. But even now, after so many years, I keep on writing on that diary. I added another picture. My mum and I look great!!

Preface

October 14, 1941- Leningrad, Russia

Three German soldiers stood, all with sharp utensils balanced in their hands. Trying to be as quick as possible, two of them began carefully removing unique segments of golden amber from the exquisite Amber Room of Leningrad, the pride and joy of the Russian Tsars. The removal of the amber walls was being conducted under the strict supervision of two experts. Meanwhile, one of the trusted soldiers grabbed a fine, large panel of the fiery stone, discreetly slipping it under his over-sized uniform jacket; making it hidden from view. That panel was supposed to be put in the last moving crate that would join the 26 others on the way to Konigsberg Castle in Germany, but everyone was too busy to notice the sly deed. The others will never know, he thought, as he stacked moving crate number 27 on top of the rest. No one will.

Until now...

January 10, 2012- Chicago, USA

I sat in the back of a taxi on my way to the office; puzzling over the troublesome note.

Earlier today, I had received a call stating that the archives of the Field Museum in Chicago had been broken into. The local authorities had called in the FBI, which was somewhat unusual. Supposedly, the case involved the legendary Amber Room of Russia. For a bit less than a century the Amber Room has been missing. I knew that in 1997 an Italian mosaic, that was part of a set of four that decorated the Amber room, had turned up in Italy but most experts believed the rest had perished in a train wreck. Still, the way the note had come into my possession was a mystery in itself.

When I had gotten to the museum after the urgent call, all I could hear was a soft clicking of cameras and the mumbles of police officers and curators. In the midst of all this I saw my boss, Agent William Larson; he was conferring with a reporter. As soon as he saw me he abruptly broke off the interview and pulled me aside.

"Ah, Eve," he said with a look on his face that I could not understand. I sighed. Every day, he greeted me with my first name, which was quite impolite, but being in the position he was in, I wasn't about to argue otherwise. "You may wonder why I called you in on this one. Apparently you have a secret admirer. We got a call from the local police that a theft had occurred at the museum and the security here found an envelope with your name on it. Come with me."

He led me down underneath the Field Museum, to the receiving archive rooms. Here new arrivals were unpacked and cataloged. In one corner was an empty packing crate with an envelope taped to its side. The envelope clearly had my name on it. Agent Larsen pierced the stale air with his booming voice.

"Here is what was in that envelope, Eve, take it with you back to the office," he said as he handed me a crumpled slip of paper. "I will meet you there with some reporters.

Author

Clara Fernández Peláez

The museum officials say the crate contained an intact panel from the Amber Room. We will go into details later.” He then shooed me off and told me to take a cab back to his office later. So here I am now, in this stuffy taxi, stuck with this blasted piece of paper.

‘Y-KNOWER’ read the note. I studied the letters, but found nothing useful to the case. As an FBI agent, I had to decipher various codes and anagrams, but this wasn’t just the jumble of letters I was used to. After pondering over all my cases and everything I learned in training, something clicked. It was an anagram. Thinking of every possible anagram it could be; I began jotting down my ideas.

KNOW-YER

REY-KNOW

ROY-KNEW

It damned on me.

NEW-YORK

Suddenly, the taxi lurched to a stop; tossing me forward. I unsteadily walked out of the taxi, still shocked by the surprising bump. Striding through the revolving glass doors of the Chicago FBI Building, I showed my ID to the guard, and was let through into the offices. I went up to the building’s third floor, and then heard a bit of commotion coming from the back hall. Turning around, I looked for Agent Larson. He waved when he saw me.

“Eve, I thought we arranged to meet later in my office,” he said with a perplexed look on his face. “Agent Larson, I think I found a location on our ‘thief’,” I said, showing him the notepad with my work; his eyes widened at the circled NEW-YORK.

“But-but, how?” he scratched his bald head. “He couldn’t be in New York, no way of getting there that fast!” Standing up straight, and staring down at me, he rasped in a stage whisper,

“This is outrageous! I-I, if anyone...uh...well...New York, that fast?” he stumbled, closing his eyes and rubbing his temples. I knew he didn’t believe me. Really, though, no normal person could travel that distance in just a few hours, and even if the thief flew on a plane, none of the planes or airlines were going to New York. They were all delayed a few hours due to heavy snow and a blizzard warning. That left private planes.

“Agent, this is our only lead, and we’ve got to give it a shot,” I stated. “Our thief must have either a private plane which would risk the weather, or this was a distraction. I’ll need to look on the Black Market if any amber or panels have been sold lately, then, well...we’ll see.” Agent Larson nodded his approval and quieted the gathering crowd of reporters with a high whistle.

“Out!” he boomed. Everyone obeyed, scurrying out the door. Okay, so Agent Larson could be threatening at some moments; no wonder why they all flooded out! With a look in my direction, he said enthusiastically and punched the air,

“Go get ‘em, Agent Stone! The agency plane will be waiting to take you to New York!” I felt a sense of pride, for he had never called me ‘Agent Stone’ before, only Eve. And I admit, I grinned when he said I could use the nice, clean, private agency plane.

Soft music traveled through the lobby of the American Museum of Natural History in New York City. I was here because the lab guys found fingerprints on the crate, which belonged to a Mr. Clark Lewis, who worked here as assistant curator. Everything fit together so perfectly; the note, the anagram, NEW-YORK, the fingerprints; I just knew I was on to something! I walked up to the front desk, where a short man greeted me.

“Hello and welcome! Today, we have rare pottery on display on level thr...,” I cut him off, flashing my gold badge. “I’m not here for pottery Mr...” I snuck a glance at his shiny chrome nametag, “Peterson. I need to see Mr. Clark Lewis, the curator,” Mr. Peterson smiled and led me to a door that read ‘Employees Only’. Allowing me inside, he shook my hand and offered me a coffee, which I rejected.

Footsteps echoed across the marble floors, and a man turned from the hallway. On his nametag was ‘Mr. Lewis’. I told him I needed to see the archives, and he started becoming fidgety. “Well, I can, uh, assure you that nothing here is stolen or forged! Not even, um, dusty, for that matter!” he ranted. Mr. Lewis dabbed at his forehead with a handkerchief and muttered under his breath, “Alexei won’t be happy...oh no.... and the panel...oh no...” He ran to the telephone sitting by an espresso machine and punched in a few numbers. After talking to the person on the other line, Mr. Lewis smiled brightly and led me to the archives.

“Here we are,” he whispered. Fumbling through his pockets, Mr. Lewis pulled out a ring of keys. Fumbling through that, he found and slipped a minute silver key into the lock of a small room, and turned it, letting the door open with a sharp click. Allowing me through, I put on my safety gloves, mainly to protect any evidence, and peered around.

There was a table in the middle of the room with an envelope on top. My guide let out a loud squawk. “That table shouldn’t be there,” he said sarcastically.

I walked up and looked at the envelope; it had my name on it! I took out my cell phone and gingerly opened the envelope. Inside was a postcard with a picture of Miami beach on it. As I pushed numbers on my phone to call Agent Larson, I turned to the open-mouthed Mr. Lewis.

“I am calling our office here, and they will be sending out a lab unit. Lock this room and don’t let anyone in until they get here.”

Next I called my partner, Doug in Chicago and told him to meet me in Miami at the airport. On the plane to Miami I wondered about this thief. He kept leaving clues, with my name on them; why do that and why me? Because I needed a distraction, I got out

my laptop and ran a search on collectors of rare antiques in Miami; maybe one of them would want an amber panel. As I ran my eye down the list of names one caught my eye. Alexei Romanov. Could it be this easy?

The sun was up, casting a warm glow over the sparkling ocean. I sighed, wishing I could go for a swim, but sadly, I had work to do. Doug had gotten better connections and was already in the airport waiting for me. I filled him in on my search results and we talked it over while we headed toward the rank of cabs outside.

“What have you got, Eve?” Doug asked and steered me to a bench. “You know about the Amber Room, well I looked up collectors of expensive antiques in Miami and I found Romanov,” I said.

“You mean that billionaire nut who thinks he descended from the Tsars?” he asked. “Yup, that one, and an artifact from the Amber Room would be right up his alley.”

“This won’t be easy,” Doug said and shook his head, “this guy has an army of expensive lawyers and no judge is going to give us a search warrant for his house...uh excuse me...mansion with what little evidence we have.”

“Maybe we can get in the back door?” I said, and even though that plan would break over fifteen state laws, it was my only good idea. My thought randomly went from laws to Mr. Lewis. Then it suddenly hit me. “That guy, Clark Lewis, in New York seemed awfully nervous to me, and I suspect he might be in on art theft! I need to check his financials!” I said.

I got out my cell phone and called our field office in Miami. I identified myself to the agent on duty and asked him to check recent credit card charges to a Clark Lewis from New York. As I listened I heard computer keys clicking and then got the answer I was hoping for. Clark Lewis had bought airline tickets to Miami! His plane was scheduled to arrive in thirty minutes.

We were positioned at the arrivals desk and watched an even more nervous Clark Lewis hurry out of the airport and hail a taxi. We had spent the time waiting for his arrival by renting a car with the help of our FBI credentials, and parking the car out front ready to follow Lewis.

As we expected, Lewis led us to the exclusive mansion of Alexei Romanov. On the way there we had discussed our strategy. Knowing that there would be some type of security, we had decided to use a case of exigent circumstances to gain entry. We would wait until Lewis had gotten in and then Doug would handle whatever guard would be at the entrance and I would rush after Lewis.

The plan almost worked. I barged in after Doug cornered a burly man waiting at the door, but found Lewis and Romanov reading in what had to be a library. I sighed, and turned around, but heard a low rumble. Swerving myself back, I saw a large bookshelf crawl to the left, and revealing a glowing room. I tiptoed inside the room, careful not to make any ruckus. Suddenly, a cry sliced through the still air.

“It is gone! Gone! The panel is missing!” cried none other than Alexei Romanov. Lewis started screaming with him, and together they created a force of noise that could part the earth. I scrambled deeper into the room, which was full of paintings and sculptures, very rare paintings and sculptures for that matter, then saw the two men. A shiny display case stood, with an envelope taped on the front. It said ‘Eve Stone’. I walked up to it and reached for it, but then Romanov tackled me.

“Oh, police! I’ve been robbed!” cried Romanov, now almost strangling me in worry. Mr. Lewis grinned sheepishly and admitted he supplied Romanov with the panel, but had no clue of who stole it. After five hours of sorting everything out with Romanov and Lewis, making arrests, and investigating the whole art room, I was finally allowed to examine the envelope.

If only that glowing panel of amber could talk! How much more Tsars’ amber is out there? Where is it? Maybe it could reveal the thief! Or, better yet, give out the location of the Amber Room! People just have to keep looking, though. Who knows, maybe someday, you will discover that legendary room! But for now, the mystery of the Amber Room of Leningrad lives on.

For me, though, the real mystery is: Who left the clues? Did that same person take the panel from Alexei Romanov? And most importantly: How do they know me?

Oh, by the way, the last envelope was empty.

Author
Kaia Haugstad

The Symbol

2nd Category

The water looked deep and inviting. It called me, it knew my name. The wind brought the words along like a whisper from the bottom of the cliff, from the water. It blurred my vision, it blurred my mind. I needed to get there; I had to answer that voice. Just a tiny step, that's all it would take.

I felt a strong blow as my back hit against the rock-hard surface of the water. I couldn't breathe. My eyes were closed, but I distinguished the shadow of something above me, perhaps the water closing upon me. The hardly discernible smell of salt filled my nose...smell? Air! I opened my eyes to find myself staring at a clear blue sky. My entire body felt numb; unable to move, I remained quiet and still for a while, just long enough to hear the rumor of steps behind me. My heart was thumping; goose bumps covered my skin and tears rolled down my cheeks. I dragged my heavy feet across the hundred meters which separated me from my car.

Half an hour later I was sitting on the grass next to my carefully ornamented pond, with my back towards the house. It looked exactly the same as all the others in the street; cream-colored, covered by a beautiful creeper, two-stories, four bedrooms, two bathrooms, huge front columns, very pretty- so pretty, indeed, that people drove by imagining themselves living in those film-like houses, surrounded by the overpowering scent of lavender and pine and the lullaby of birds- ignoring the fact they were unquestionably happier than me. Perhaps someone had noticed the "for sale" sign leaning on a dark corner, or perhaps it wasn't meant to be seen. I ducked my head to find myself staring at my own sea-blue eyes. Eyes filled with experience, empty of tears, so young, too early. The memory of the accident came back to me like a slap. My own scream pierced my head as the metal cut through my arm. I then lifted my head up to the house itself to shake off that memory before the horrible scene took over my mind. But the building itself also brought to life the memory of what it had once been, and echoes of laughter and happiness could be heard, coming from the inside.

For the second time in that day, I heard someone calling my name. I slowly turned around hoping to find someone behind me, to prove I wasn't losing my mind. Mrs. Garner, the only person who talked to me on a regular basis, bent down to take my only hand and pulled me upwards to a standing position. She was very strong for a woman her age. Her hands were wrinkled and arthritic and she always wore her wedding ring, even though Mr. Garner was long gone. I looked up to her eyes just as an abandoned puppy would do. Her hazel eyes were vivid, in spite of the deep wrinkles which framed them. Her silvery-white hair was gathered neatly in a bun, as usual. Mrs. Garner was a corpulent woman, who always dressed very elegantly and had faultless manners, but her best trait was indeed her smile; kind and heartwarming, it used to amaze me as a child. She carefully led me to her house -without saying a word, without allowing me to pronounce one- on the other side of the street. We walked past the fence into her backyard and sat on the porch. Unlike the other neatly mowed gardens of the neighborhood, Mrs. Garner's looked like a tamed wilderness, with sunflowers growing in a corner, looking directly at the sky.

"Sunflowers represent happiness, don't you think?"

"Mmm...yes, sure" I said without paying attention, still with the image of the cliff in my head.

"No, really, look at them" she started," they're yellow, like the sun, like daisies, like lemons, and they spread, like happiness, like the sun's rays"

I looked up to her eyes and stammered "I...I'm not sure I ...understand, it's a flower"

"No, where people see flowers, I see a hundred suns. Take one, plant it in your yard and look at it whenever you feel lonely, then, tell me if you understand."

She stood up and walked inside while I stared at the flowers contemplating the idea. Slowly, in my head, the flowers turned into suns and I turned around to look at my house, not with the usual resentment but with new hopes for a brighter future. I was trotting back home with a bright yellow flower in my hand and a kind, heartwarming smile on my face when I heard Mrs. Garner's voice behind me:"Aren't you glad now that someone stopped you from jumping?"

I didn't turn around quickly enough to see her leaning out of the window, but in the end it didn't matter because all I needed was to hear the faint rhythm of footsteps behind me.

Author
Inés Bartolomé Arenas

Autor
Alexia Keller

I was at the dock, preparing for the fishing trip scheduled for the following morning. The ocean was agitated that night. I could hear it roaring voraciously and I could taste its salty compassion as it sprayed my face. Yet, it seemed calm somehow. In the distance, I could just make out the reflection of the stars dancing above the surface. The deep blue awed me and I could not remember seeing anything so beautiful, so natural, and so inspiring.

I looked back down at my net. It did not contain a single tangle and I let its mesh mass scratch my fingertips. The silvery white of the net matched the moon. I noticed ripples on the ocean's surface. This meant the nocturnal fish had come out. I watched the ripples melt into the glossy deep blue and realized that all of nature, at this very moment, was in harmony with itself. I felt like I was disrupting this peaceful and magical moment. Man had done so much to destroy nature with absolutely no light in his conscience. Pollution, greenhouse gases, and creating unnatural goods like drugs and cigars, what was the point of this? I felt humble then, realizing that I was only holding a net and next to me peacefully sat a simple fishing pole, no technology or waste, a simple net which I used to feed and support myself.

I remembered my time as an intern at Sailor Fletcher's ship. The other sailors threw their waste into the ocean polluting it, and the rest threw their worn out nets into the sea trapping innocent marine life. I found this unacceptable and as soon as I began to earn wages, I saved the money for a boat of my own. Now I had it and I ran an environment friendly business. The world seemed to make sense and come together as one whenever I was out fishing. I learned more about the circle of life and how one must feed on life in order for life to sustain itself. A delicate balance that must be kept so as the world can revolve peacefully.

I felt a gentle tap on the back of my neck that made my skin tingle. A sweet "Clark?" intruded my thoughts and I turned around to see a beautiful young woman. Her deep violet eyes illuminated a soft, kind glow. Her honey-gold hair fell past her shoulders and her high cheekbones were flushed a light pink. She had a petite, hourglass figure and to sum all her features up in one word, beautiful. "Clark?" she said again, "Something is wrong."

Only then did I notice her strained expression. There were crystallized pearls dripping from her eyes. My heart fell somewhere deep within my chest. I could not bear to see her so sad. I got up and said to her as gently and kindly as I could, "What is it, Anita?"

She grasped my arms and rested her chin on my shoulder. I felt her crying. "It's horrible Clark. They claimed his life. He is dead now Clark. My father is dead!" Then she began to wail. I felt my heart sink even deeper. How could this have happened? The mayor could not have been murdered. That was not even possible.

"I am so sorry, Anita. He was the best mayor this town ever had." I said, trying to comfort her.

She released me and said, "Clark, they threw his body. The raiders dumped his body

into the ocean. We need to get it back, Clark! I need it back!" Her face was now desperate, not as strained as before. Although it completely disturbed me that I had to help her rescue a corpse, I could not say no to her. She had been my friend as long as I could remember, her father had been very kind to me and she had always been there for me as well. I began to think deeper into this fact. The raiders were a vicious group of terrorists who were known for raiding the homes of important government officials and Anita's father was one of them. Although he was only the mayor, he was offered many promotions but every time he refused, claiming that he was devoted to this town more than anything else. However he still advised the court and had excellent suggestions. The raiders also threw the dead bodies into the ocean so they could never be recovered. Well, they were wrong.

"Anita," I regarded her, "I will help you."

I helped Anita board my boat and we sailed into the starry night. I looked down at the ocean again, still astounded by its beauty. I watched a porpoise paddle by, carefree and subtle. It squirted water out of its mouth and was carrying a shell around with it. It seemed to be smiling but I could not tell for sure. It dived in and out of the water and to me it seemed as if it was living life for pure joy and pleasure. I was about to show it to Anita when I noticed a small ripple form on the water underneath her. She was crying. I did not blame her though. Her father was still young and she had been much attached to him as well. Her sorrow made me think, what happens to people who are not meant to die? How can Death stretch his long fingers around the necks of the innocent and those whose time has not yet come? How can Death murder and allow the murderers to live when Death himself owns time and those whose time has ended? He is the one who takes, not raiders or anyone else. Death is the only one to end someone's time.

"Anita?" I said. She looked at me with large eyes. The purple became hazed as the tears swelled up in her eyes. "Were you there when..." I paused, thinking that it might be too early for me to be asking her questions but a part of me told me that this was necessary. I continued, "When they came for him?"

Her eyes widened and a tear began to leak out of the purple haze. Immediately, I began to feel guilty and began apologizing. To this she said, "No, it's not your fault, Clark. I asked you to help me and I owe you an explanation. We were going to dinner together, Mother, Father and I. Then, someone knocked on the door. Mother opened it and a bunch of people dressed in black were at the door. I suppose Father must have known who they were. I was about to open my mouth to ask him but he cut me off and told me to be quiet and hide behind the couch. They came through the door, Clark. They pushed my mother aside and took out knives. They took him, Clark. I saw it all and he just... Clark, he just lay still. He did not try to escape; he did not want them to hurt us. Clark, I saw it, Clark. I saw it!" Then she broke off crying. I did not try to comfort her this time. She needed to get her pain out of her system. That's what my mother would have said. To get rid of the pain, you need to let it out. My mother was also dead now. She had drowned at sea. Perhaps that is why I felt so at home at sea. It was as if some

part of her soul was still lingering by a rock or wading by the beach. I remembered the pain as well. I was very young but it came back to me like it happened all over again. I remembered men carrying her limp body out of the sea. My father had grieved more than any of us. He had been there with her on his boat. He did not smile for weeks. I was the only one he had left and his loved one was gone, never to come back. I knew how Anita must have been feeling. I had felt it myself. It is hard to explain but when someone who you love is lost, and shall never return, it feels like a part of you has gone away with them. That part of you will never come back no matter how much you try to fill it up again. There will still be an empty space.

We sailed on thinking about the unnatural things in life. Death was one of them. Anita did not speak to me but the look in her eyes told me that we were thinking about the same thing. After around half an hour of muted and undisturbed sailing we reached a rock. It was large and grey and very ordinary. It had no name and I remembered it from my fishing trips. The North Star seemed to hang above it. "Clark, look down there!" Anita exclaimed. I looked and could see the shadowy silhouette of a man lying still at the sea floor. It had to be Anita's father. I looked at her and noticed the crystals gather together in her eyes again. As much as I disliked the idea of jumping into the icy water to retrieve a wet, lifeless body, I began to take off my shoes. It seems crazy how a man can do so much for someone he cares for.

I took a deep breath and jumped over the rail and into the ocean. For a moment I couldn't see anything at all until my eyes adjusted to the underwater vision. Still, everything seemed blurry. I felt a presence next to me and noticed Anita by my side. She had also splashed into the seemingly lifeless ocean. Not a creature or thing moved except for us and there was a silence. We dived down to the bottom. I cringed at the thought of picking the body and raising it to the surface but I remembered that I knew this man when he was alive in fresh flesh, blood and bone. He had been sincere and understanding. He had treated me with the greatest respect when others had not even given me a second glance. He truly looked at a person's actions to judge what they were like, not by their profession or which family they came from. I realized I would do a lot to return this man to the light. What I was doing was a part of this process.

I grabbed the dead man's waste. His body was cold and I could feel the wrinkles which had formed on his skin, due to the massive exposure to water, through the holes in his shirt. There were also deep cuts all over his body where I assumed the raiders had stabbed him. I felt terribly sorry for the old man. He was not bleeding but the skin around the cuts was still raw. He was rather heavy as he had been a tad overweight so it was hard to lift him, even underwater. I motioned to Anita to return to the surface. She nodded and began swimming upwards. I began to follow her but it was a bit of a struggle as I also had to carry a lifeless, overweight man.

I was beginning to see the heavenly light of the stars when I felt something pulling on my leg. I ignored it and continued on my journey but was immediately pulled back. A long piece of seaweed had tangled itself around my leg and now I was trapped. Both my hands were full as I was hauling the mayor along with me so I tried to kick it off. I

tried harder but found myself struggling for breath. I had been underwater for a long time and needed to reach the surface. I continued struggling for freedom but I was beginning to get light headed. I had no choice but to let go of the man and with luck, I could retrieve him before he sank all the way to the bottom.

I gave him a vigorous push and he began to rise a little bit before starting to sink. I quickly untied the seaweed and swam as fast as I could to the surface. I gasped on my first deep breath of air and started coughing. Anita said something but I did not hear her. I took a second breath and lunged in. The body had not reached the bottom yet and I swam as fast as I could and grabbed him. I raced to the surface and Anita helped me pull him onto the boat. Her eyes were wide and full of tears but she was smiling. She almost laughed when she hugged me and showered me with thanks.

I was amazed to see her so happy just after her loss. I did not realize that it took so little to please her, just a few moments of feeling uncomfortable. I felt happy and it felt as if I had brought her father back to life. I had rescued his body. This was a sign that the raiders were not all that powerful and they could be stopped. They could be stopped! This event lit up my life with hope and joy. There was hope, and although a loved one had moved on, we were still there. My actions had proven that there was light and Death was about to return to his original seat and no one would come in his way this time. Death was on the move but we would not be stopped either. We would fight and we would rescue. We would also make others happy. We would light up the worlds of others. We would be there to resist the cruelty and harshness. We will cast the line and we will not lose the catch.

Author
Meraal Mamoon Hakeem

He stops mid-stride - right paw hovering just above the thick mud covered ground – and gazes out into the darkness. His eyes pierce the night, scanning every shadow and crevice. A pure and unnatural silence grips the forest, even the trees are silent as they dance in the wind.

Moving swiftly and silently, he leaps over the log he'd been hiding behind and lands effortlessly a meter on the other side, before making his way into a narrow gap between two trees. Hidden, invisible to the world; perfect.

Hunter of the night, the tigers' tail flicks playfully, excitement bubbling in his stomach – he's not going hungry tonight. Crouching down he shifts his weight, allowing his muscles to relax for a moment. His keen nose detects a scent, close; but not close enough. He sinks deeper into the darkness, the fur of his underbelly just brushing the ground.

His mind is clear as he waits patiently in his hiding place. One distraction, one mistake is all it takes, no matter the skill of the hunter. Minutes pass by slowly, yet still he remains, trusting his instincts not to move. There, finally, not five meters from him a nose pokes around a tree trunk, a young doe that had separated from her herd.

Still he remains where he is, forcing down the urge to spring forward now, sink his razor sharp teeth into her skin... feel the life leave her... A twisted evil gleams in his eye as he readies his front paws, basking in the suspense and following her every little movement like a hawk.

Suddenly her head jerks up. Ears pricked, nose twitching and eyes staring right at him. He knows she can't possibly see him, but she knows he's there. As if all of a sudden realizing her mistake, her back left leg begins to inch backwards. A purr escapes his lips, as his fierce eyes watch the terror in hers; this is what he was born to do.

Propelling himself through the air he reaches her in 3 quick strides. Reactions much slower than his, she never stood a chance. She cries out for help, before throwing herself with all her might against him, a savage will to live suddenly surfacing. Two can play that game he thinks as he leaps onto her back, letting his sheer weight and momentum send them both crashing to the forest floor to the sound of crunching bushes and birds taking to the sky. Quickly getting back up he gets on her again, pinning her down as she trashes her legs around, fighting to the end. Dramatically lifting his head up in the air he opens his jaws, his long canines a beautiful majestic silver in the moonlight.

CRUNCH. Silence.

The wind howls suddenly, screaming through the trees like a crazed beast; carrying with it the scent of fresh blood. A strange eerie and unnatural feeling grips the air...

A silent echo, of the kill.

Author

Samantha Kathryn Rawle

"It's long. Human sight fails to make out the end of it. It's blurry. I just can't define the conditions of the path I'm about to take. It's risky. I am ignorant of what waits for me there. I have been warned of the bumps and the obstacles which lie on this road, yet I cannot talk myself out of the decision I have made. I'm not scared. I am terrified. I can't find the reason behind the fear that is present within me. Is it because I don't believe myself strong enough? Lack of confidence in my capabilities perhaps? I start to hesitate. Doubts fill my soul, I tremble from fear. Suddenly, a spark inside of me lights up, urging my foot to take the first step, and before I know it, I set off..."

"I'm walking. I feel my soul, my body and senses as one, and we're all walking together. I depend only on my instincts. I see people walking with me, fellow travelers. Each is taking his own path, some are walking back to the start line, some take shortcuts and some have fallen to the ground. I meet acquaintances, most of which support me and join the path, those are who I call "Friends", and others who runaway, escaping the dangers of a coming bump, just to avoid offering help."

"The magnificent view, I enjoy it while I can, the gift that mother nature provides never fails to bring happiness to my eyes, nor does it fail to deliver content to the eyes of others. On the other hand, the road is filled with blind travelers, I am shocked by those around me who don't stop for a second to marvel at the amenities surrounding us. Their sight is fixed upon what's ahead, although it is impossible to make it out. What a shame, I pity those creatures! "

"Storms break every once in a while, but as time passes by I learn how to enjoy a rainy walk, and if it gets too stormy, I endure it, reminding myself that soon enough the weather will change back to normal and the skies will be clearer than ever. Gradually, I learnt that change is not eternal."

"There comes times when I think that the road is endless, I start to lose hope and question fate. Every time this happens to me, God sends a miracle in the form of a chance, opportunity, help, guidance, sign, or even in the form of a person, which quickly helps me gain back my faith. "

"I spend years with the road I was once terrified of meeting. I got used to the earth I have been walking on all those years. I am no longer scared. I gained experience, I've shared laughs and tears with my fellow travelers, wisdom and advice descended from former travelers and will continue to descend to the coming ones, as if they're the instructions of a manual to this road we all walk on."

"I can see it; the finish line. All my doubts have disappeared. The whole journey starts to repeat itself inside my head; memories, laughs, cries, storms that got me down on my knees and times when I was strong enough to get back up again. I am getting closer and closer, but I am not scared. This journey has taught me to overcome my fears because there is always good waiting for us in what is ahead. I am proud of myself, I made it! "

“The finish line is a few steps away, all those long years that have passed now seem like a fraction of a second. I realized that I was my own guide all along, I walked the road of life dependant only on myself and I succeeded. As I take my last step, I inform my fellow travelers that I have reached my required destination, I wish them luck, look back and wave goodbye to the road I have started years ago, the road of life...”

Author

Sarah Amr Mukhtar ElShazlv

The first thing he felt was a scorching pain. He could feel it everywhere; in his arm, in his stomach, on the side of his hip bone, a banging ache under his thorax; the battering his face had undergone. He could also feel something caked on the side of his brow, stretching down to his jaw. Something thick, coarse, and dirty. On impulse, he reached his fingertips up to his face and traced the damage that had been done. Bringing the crumbling matter back down on to his cracked, quivering lips, he smelled it. It stank with the putrid smell of dried blood.

Blood that he had caused himself to shed so easily and carelessly the night before.

Visions of the previous evening came crashing back into his poor, exhausted mind, like savage, unmerciful waves slamming more of their salty waters into his wounds. The memories, a whirlwind of confused and blurry images, stung. The fight had been vicious, uncontrolled and pretty brief with no consideration whatsoever for rules or fairness. Anyway, it wasn't as if there had been any chance for him to succeed in tackling a grizzly sized man on his own. The guy was a beast, huge and strong, not to mention completely drunk. Provoking him had been beyond easy and soon, punches started flying.

When you have nothing to lose. When you are on the edge. When you are desperate. That's when you do things no sane mind would ever contemplate doing or understand; such as getting yourself beaten up on purpose.

He had lost everything that could have been of any significance to him that day. With this in mind, he had ventured into the deadly nights of the ghetto, ready to use any of its lurking dangers to replace the agonizing feeling of guilt that had engulfed him. Guilt, he sighed. This is why he had found himself walking into one of the most ill-reputed taverns of the Banks and picking the stupidest fight of his life. One he knew he would never win.

A sudden deep, growling noise interrupted his thoughts. It took him a few seconds to figure out where it had come from, till it sounded once more. His stomach grumbled loudly and sent a surge of pain through his sore muscles. A sour grin drew up on his lips; Right, he thought, of all the things, trust my stomach to complain.

His list of priorities began to shuffle around like a pack of cards and in a fraction of a second, getting food topped everything else. Staggering, he managed to hoist himself up on one leg grasping the rocky surface of the wall he was propped against. Stealing was out of the question. His right foot seemed determined to send a whirl of pain every time he tried applying pressure on it, making running an unreachable goal.

The alley he found himself in was dark and humid, not particularly different to any other. Unhealthy-looking smoke rose from some sort of underground source nearby and the usual never-lifting mist clung to the air. He deduced that it must be sometime early in the morning because of the cold. ‘The Banks’, the popular nickname in the City for this hellish place he had been born into, was either cold or sweltering hot,

never reaching any agreeable temperature in between. This horrendous ghetto was situated at the very pit of the City, where it had been left to fester and spread itself.

But where exactly am I? he thought to himself annoyed. Trying to remember anything specific from that previous night was futile and only gave him an unnerving headache. However, having spent his whole childhood in the Banks, he knew it like the back of his hand and it didn't take him long to have a rough idea of which area he was in. Soon enough he smelled the market place confirming his intuition. He groaned, the smell of food was irresistible, but he would only waste his time by going there. No vender would be fool enough to let him within five meters of their stands in the state he was in. Begging was out of the question; he still had enough pride in him to try and avoid it if possible. But this left only one option; the Hall.

It was a rather grand building and out of place in the midst of the dilapidated homes and shacks that had piled on top of each other over the years. Its grey walls were obviously a vain attempt by the City to make it blend in but there was no ignoring its bizarre, modern architecture. He glared up at the thousand storey high skyscrapers towering above the Banks that hardly ever let any sunlight filter through. He had heard that back in time, cities were widely spread and covered vast areas of terrain. However, with the acquiring of new knowledge and spectacular advances in science as well as engineering, they discovered how to sustain buildings of immense stature and weight, opening endless possibilities for skyscrapers. This is how the idea to evolve metropolises in height rather than width was born. In other words, they were now able to cram more people onto a lesser surface area.

And then that left us, he thought repelled: the poor and the beggars, the drug dealers and the drug-consumers, the undesirables and the criminals; all the people who used to roam and litter the streets, as well as hundreds of families who were unable to keep up financially with these 'wonderful' advances and gradually slipped into extreme poverty. But worst of all, was that the city turned a blind eye to it.

Limping, shoulders hunched, with his hood covering a face he could hardly recognize as his own, the boy entered the Hall. His eyes barely hovering above the ground, he made his way to an average length queue at the center of the spacious, bleak room. His slow, uneven footsteps resonated in the eerie silence which always engulfed the Hall.

The citizens who came here had nothing to say, nothing to be grateful for. It was true you could get free food and clothes, even shelter for a few nights, but it was openly disapproved of by those who lived in the Banks. The reason for this hostility towards the City's feeble attempt to help was that it was out of pity as opposed to compassion. Why accept from those who had made your family fall into dire conditions in the first place? The authorities could have avoided it, but by the time they realized the gravity of ignoring such a large sector of the population, it was too late.

He must have stood there for about an hour at the very least till he reached the canteen-style counter. Clueless as to the proceedings, he gave a fleeting look at the young, bronze-skinned woman who stood behind the desk. She was definitely one of

those novices who came here as a voluntary helper. Crazy, he thought aggravated, why leave her comfortable world to come down here where she would never be welcome? He could never quite figure it out...

'Please insert your wrist here' she said very politely with a silky-smooth voice. He did as he was told, although with a moment's hesitation. The little chips inserted into every human's wrist at birth contained all the information on the individual, from health issues and allergies to criminal records, if any. The thought of leaving traces of his activities and whereabouts for the police forces to inspect at their whim was very disturbing, but inevitable in some cases such as this one.

The light in the little cylindrical semicircle flashed green instantly. He retrieved his arm, somewhat comforted by the brevity of the contact. Obviously it would make no difference to the amount of information able to be extracted from the chip, which would be everything. Silence.

The woman seemed to be observing her screen intently, a little crease forming between her neatly plucked eyebrows.

'Hummm, Sir, I believe... Hummm, please would you mind waiting a minute?' she stuttered. Before he could even provide his required assent, she was gone.

Hardly half a minute later, she reappeared strutting behind an elderly, white-haired, doctor-looking type of man, clearly her superior. He smiled pleasantly at the boy's hidden face, took a brief look at the monitor and asked the boy to follow him. Doctor-looking type of men, with influence in the City, made the boy's skin crawl and instinctively, inwardly scream 'Run', but there was not an inch of energy left in his system to do so.

They entered a pale office, too tidy to possibly be a workplace. His blood turned to ice and he surveyed the new surroundings with a calculating look in case he would have to flee or fight. What was going on? The Doctor-man leaned back relaxingly on a metallic bureau as the woman clicked the door shut behind them. He stared at this injured, disheveled boy who seemed so out of place and uncomfortable standing before him. He couldn't be much more than 15 or 16, and yet he would have bet that his conscience was as troubled as any 50 year old adult. He sighed; that's the case for most youngsters here. But that depressing although very real thought quickly vanished on remembering what he was about to tell this boy.

'Congratulations, did you know you have been one of those "chosen"?'

The boy raised his head and faced the Doctor-man with a challenging glare. What could he mean? He seemed to be expecting some kind of reaction, so, unnerved to not be following this, he grumbled harshly 'No, I didn't.'

Seeming dissatisfied with the curt answer, the man decided to go on and explain:

'Well my boy, you must have entered the CAIX exams at some point and it turns out you have been chosen. As happens every two years, following an examination, the names of one boy and one girl are entered for consideration to be selected and

subsequently awarded a full scholarship to the best school in the city. You probably know all this but you may not have heard that the elected young man and woman are also permitted to ask for a new identity if it is their wish. To have your history deleted from that chip, if there is anything you would prefer to make disappear. It is part the prize. A new life, a good education, a unique opportunity.'

The boy's heart skipped a beat as his brain struggled to assimilate and process the old man's words. Yes, they rang a bell but it seemed such a long time ago since he had entered for those examinations. He had still been attending school and the CAIX exams were compulsory for all students between the ages of 14 and 16, under the pretext that it could save a child from a doomed future in the Banks. The opportunity was undeniably incredible but thousands of children would enter every year and only two could win, making it somewhat unattainable. Kids were also prohibited from entering it a second time, giving you only one shot at having a future worth working towards. How could it be that he had been chosen? A thousand questions bounced and bubbled in his mind all at once.

One month later

The elevator moved upwards swiftly as he stood rock-still gazing out of the glass façades at the flickering lights in the hundreds of apartment blocks flying past. The sun was just rising and for the first time he saw it clearly; it's perfect roundness, the exact orange and reddish tinges of its rays, the real brightness of its light undistorted by any fumes or mists.

The boy was unrecognizable, cleaned and groomed down to the last detail, dressed in a navy colored suit. Two guards flanked his sides a few steps away as he just stood there unmoving, his hand clasped rigidly behind his back. A lot had happened in the last few days, he thought as the elevator kept on rising and rising, but the only things this now beyond-privileged boy could think of as he rose even higher into the City's most important lair, was that one day, he would have his vengeance. He would make them pay. And he would never forget where he came from.

Author
Alexia Keller

When I had put the last pile of sand with the heavy rusty shovel I felt relieved. My forehead was bathed in sweat; I passed my trembling hand across it and I felt as sick as death. It was cold, freezing cold; my lungs were aching and my throat was burning each time I tried to inhale air to breathe. I let my body fall at the same time as I was rapidly trying to sit down so I wouldn't hurt myself. Then, I stared into the complete darkness until the sun rose.

As on every single morning I woke up to water the plants, they were waiting for me. Plants are inoffensive, if you want you can cut a stem or even uproot them and they won't complain. While watering the plants my mind just wandered off and voices emerged from nowhere causing confusion in an indeterminate hum. I could hear those murmuring voices asking me indistinct questions: "Can death exist without life? Would it be killing someone if he didn't exist? Is it right to punish someone if that person is suffering?" Ohh, a spider! The spider was creeping elegantly and silently along the humid tiles. I could just slap it but I wanted more excitement. I got the large sharp pruning scissors and I started cutting off leg by leg, she had eight hairy legs. I cautiously watched how she was wanting to escape as I thoroughly imprisoned her with two plant pots against the wall. I picked up the tiny small legs and the rest of the body left and I carefully put them inside a little transparent plastic bag which I left next to the bright red roses.

This was another normal day; again I woke up just to water the plants. I filled the watering can up with water; I meticulously grabbed the handle fiercely so the water didn't fall out. When I was ready to make my first step towards the door, flashes of bright light uninterruptingly with no sense came into my memory. Without realizing, I was travelling to a state of slumber, it was as if I lost consciousness and some kind of childhood memory possessed me. I could hear loud and heavy shrieks with a hissing echo; those yells were piercing me like sharp steel blades aiming for my heart. My mum wasn't there anymore. Immediately after I could hear a deep silence and I could actually feel the stillness and quietness of that mysterious but recognizable place that seemed to be my cosy home. Without realizing it, I decided to approach the monstrous beast that was holding a green glass bottle in his hand. But everything was so dark that it was almost impossible to distinguish his strong fearful silhouette. Suddenly he made a violent movement with the hand that was holding the bottle. The bottle rapidly crashed onto the ground and made the most terrifying sound you can imagine that resounded throughout the entire neighbourhood. Nevertheless, without counting the thousands of small pieces of sharp glass that now were all over the floor, he staggered towards me, the nearer he got the more my pulse accelerated. My breathing became more rapid, I didn't want him to know where I was, so I tried to breathe in less air each time so I didn't make any noise. I could hear perfectly each beat of my heart that, maybe because of destiny, was exactly synchronized with his confident steps. When I thought that the beating of my heart couldn't get faster and the heart itself couldn't rise more, because right now I felt my heart in my throat, I could hear a voice

that for me came from a grave or even the underworld calling my name repeatedly with an hoarse voice. I wished that my senses had left me there, I wished to die in that moment. Suddenly he seized my arm with tremendous force and shouted at me telling me to take my clothes off. The image just vanished from my head. I couldn't see anything else other than myself with a giant puddle around because I had dropped the watering can which I had filled before until the top.

Three months later, it was time to get started with my big project. This morning I did not water the plants. I was ready, I had my old brown boots on, my greyish backpack with everything I considered essential and I grabbed my car keys ready to go. It was really early, the matutinal sky was still dark, dark as a dungeon but in a very powerful navy blue colour and you could see on the horizon a thin orange line that warned me that it would soon be dawn so I had to hurry. I gently closed the car door to be quiet, I didn't want to make any noise. Then I turned on the engine and headed towards my unknown destination. I finally got to a library on the outskirts of the city. The sun was already up, it was a huge yellow and reddish fireball blinding you if you looked at it and you could see a majestic bright orange sky with soft touches of yellow, pink and purple that together formed a perfect match, as if a painter had come with his magic brush and he had painted it with soft and harmonious hand movements. It was a beautiful day that I didn't want to ruin, so I entered the shop with firm decisive steps, determined not to err in my decision. I wanted to find her, I looked in every possible direction but I didn't see her. I knew she had to be there, but she wasn't. The small bell that was strategically placed on the edge above the door twanged softly as the door was opened. Immediately I turned my head around and I saw her. She was everything; her intense blue eyes were unable to show sadness, her impish smile filled you with peace, and she had a heart full of love, a love so true that it hurts when you think about it. I had encountered my perfect lady. I knew everything about her and yet nothing, all I knew for sure was that every morning at the same time she came to this strange place. Before leaving the shop, I bought gypsum powder and a cotton bandage, I had a great idea, probably the best one I had ever had in my entire life. I went rushing home, I spent all afternoon concentrated on my big project. I put on rubber gloves to avoid staining my laborious old hands, I got the gypsum powder and I slowly started to dissolve it with water, then I got the cotton bandage and I impregnated it abundantly with this thick liquid. I had to wait 72 hours until it hardened but it was worth waiting because it was all for the sake of my project. When my arm plaster cast was dry and hard, I decided to try it on, it fitted in nicely so I packed all the necessary things I had to take and I put them inside my greyish bag. I checked the time on the clock that I wore on my left hand and yes, in point of fact, it was as early as the first day I started the car to go to that peculiar place. It was the most earnest, passionate and dreadful attempt that was going to make me feel powerful and in control again. I arrived with all the tranquility of my soul to that library. Before I got out of the car I put the fake plaster cast on in my arm, I was ready to go. I bought six books heavy enough so I couldn't carry them with my right hand. I went towards the door and just at that moment she opened the door and I received a gentle tap with the necessary force in order to let the

books fall. She bent down and helped me to pick them up, and she saw that I couldn't carry them with one hand so she asked me where I was going. I asked her with all the gentleness and kindness of a proper gentleman if she could accompany me and carry some of the books to my car, and as I thought, she said yes. Very kindly, she bent slightly to leave the books in the trunk of the car. That was my moment, now or ever, in the instant before she turned back I stuck such a blow with my plastered arm that she fainted and fell inside the luggage trunk. I slammed the tailgate, entered in my car as quick as the wind and I set course to my cottage.

There she was, in the dark ghastly room, with one hand tied to the headboard and the rest of the body unbound. A rotten rat smell entered my nostrils, it was a stinking smell but I liked it because I felt I could handle everything. I was caressing her face and I could feel the furrows of her tears. As I had left the door ajar, the light glistened on her soft cheeks. I could observe her shaking in horror; she slightly opened her mouth and murmured something in a soft sweet voice: "please.....please don't..." I slid my hand from her cheek to her neck dragging a cold teardrop to her rounded breast, I could hear her heart beating faster and faster, at the same time she emitted a dry cry and she started stifling. In one heartbeat I could feel how my boiling blood ran through my body, I breathed deeply and savoured this moment of power. I clenched both my hands with strength, I breathed again and I ripped her clothes off releasing a scream like that of a ferocious beast. I breathed in more air and I lifted the heavy bedside table and I hurled it with all my strength, hoping it would hit her. I breathed again and I sat down on the floor, I no longer heard her crying, but I think that her heart was still beating. I stood up and went.

As on every morning, I woke up early to water my plants but also bearing my big project in mind which I was proud of. After watering the plants, I drove my car to the nearest kiosk and I bought five different newspapers. I flicked the pages rapidly when I saw a special article talking about an assassin, a serial killer or even described as a beast. I was proud of myself, at last I appeared in the newspaper. The brief article said:

Assassin reveals horror

Six dead women have been found by the FBI who are trying to follow the footsteps of this gory beast. All six women were abducted, tortured and bled to death. The most surprising thing of all was that they were all sexually abused after death. Sara Bullock is missing and she is likely to be in hands of this monster.

Author
M. del Mar Sastre Huete

I Will Die Just For You

3rd Category

Summer 1915

The blistering heat was unbearable. And the stench of rotting dead bodies wasn't helping either. Rats ran around, giant, fat rats that had been feeding on dead bodies. I tried my best not to inhale, but that was obviously impossible. I used my arm to cover my nose and mouth thinking how nice my clothes would smell. I was wrong. I haven't washed in a long time. I stank. Everyone stank. I tried using the sandbags to cover my nose. They gave off a smell of gunpowder. However it was much better than the smell of corpses and stinking men.

I never expected war to be like this. When it first broke out, everyone was excited, pumped up by the idea of glory and victory. I thought it would be a better option to earn money by being a soldier than hopelessly trying to find a job or selling my body. I was wrong again. Disguising myself as a man and joining the army was the worst idea that had ever crossed my mind. I even left my sick mother behind, miles away, with no one to look after her. My deceased father and brother couldn't possibly help. I couldn't even know if my fragile and ill mother was already dead. She never replied to any of my letters. At least that small amount of money I earn from this could be of use to her. Nonetheless, it's too late to regret my past, naïve decisions. I'm trapped in a stupid, smelly trench, which I can only leave if I'm seriously injured or reveal my gender. That last escape plan is something out of question, because the consequences of it are unknown to me. Even if I died, I won't be able to leave the trench. I'd be buried near there or simply be eaten by rats. I was risking my life every single second I remained there. We never really were constantly attacked and thank god, we never spend too much time in the front-line trenches (still dangerous though). That just makes life in trenches boring, nothing to do for endless hours.

Suddenly, happy memories I shared with my family became impossible to suppress. A sharp pain stabbed my heart, making my chest throb. My eyes stung so I thought the possibility of it being the effect of tear gas (which it was not). I remembered the cozy arms of my once healthy mother wrapped around me, her gentle and loving kisses on my forehead, my father's big, warm hands caressing my hair, the sweet and bright smile of my cheerful little brother. I wanted to scream, sob, go back in time, become the loved and spoilt little girl who had a family, not a woman disguised as a man to be a soldier. Not the lonely girl with incredibly short hair. My new family was a bunch of half-dead, smelly soldiers. This war had been expected to end half a year ago, at Christmas... Christmas two years ago before everything drastically changed and went wrong, had been special. The familiar, delicious aroma of my mother's cooking drifting from the kitchen, my father lighting the fire, the smell of burning wood, my brother singing while jumping around me, so as soon as I wasn't paying attention he'd jump and scream and shout in my ear, just for the fun of it.

Recalling all those memories now was of no use. I was still here, alert, whether a machine gun or shrapnel would end up blowing my head off. There was even

the chance of our own machine gun killing us, because its aim is poor. Not only that, but we also rarely wash and we always have corned beef and jam to eat. We're out in the open, we have to endure the cold, the heat, the storms. When it rains, we end up soaked and drenched. The trenches become flooded, muddy and the parapet no longer provides any protection. And even with duckboards, you can end up having trench foot, which is disgustingly horrible. Your feet get swollen to the point where you go numb, and the disease or whatever it is ends up eating your flesh. I have another problem because I'm a woman. If I have my period I either say I injured myself, or that I somehow dirtied myself with the blood of a corpse. Sometimes when nurses come around I manage to get something, anything to stop the blood from dirtying my clothes, which were dirty enough. In a trench, you just have to sleep on the ground, and then cover yourself up with anything. I tried using sandbags as mattresses once, but it was too uncomfortable, you could feel the grains of sand poking through the bag and sinking into your back, the roughness of the material the bag is made of made my arms and legs itch, so now I just use them as pillows. Even before becoming a soldier, I had problems sleeping, and in the situation I am in right now, it's practically impossible for me to do so. Especially when I end up having nightmares after I see people die. It is one of the most horrifying and blood chilling experiences I have ever gone through. Seeing people go over the top so recklessly after an artillery barrage and just die, with all the noise from the bullets and machine guns echoing in your ears (actually, more like drilling into your head), their screams of agony and their bodies going limp. But worst of all, was to see the effect of gases. There was tear gas at first, which wasn't lethal, but could make you blind, it then changed to mustard gas and finally chlorine and phosgene were used. When someone didn't have the opportunity to put on their gas mask in time, you were powerless to help them, the only thing you could do was watch them die and be of company in their last moments of life. They suffocated, they writhed as if they were drowning, and it was a slow painful death (especially with phosgene, symptoms sometimes appeared later).

The only consolation I have in this world of despair is Dean. Ever since I saw him joining up, I have fallen for him, his broad shoulders, his green eyes and light, copper brown hair. He's the only one who knows I'm a girl, he found out because of my womanly facial features, my clumsiness, my body shape, my poor shooting skills and my petite frame. He is the only intelligent and sharp enough person in this bunch of men. At first, he wasn't really sure, but then, it was confirmed by him, but he kept his mouth shut. He heard my whole story without even questioning my reasons and kissed me when I started crying. I couldn't believe it. My first kiss, had taken place in a trench, around corpses, maybe just because he wanted to shut me up, or else I'd wake up someone. When he pulled away, I noticed the stars, which shone more brightly than on any other night of my life. They looked so pure, not tainted by all the blood being shed, like rays of hope in the dark night and obscure reality. Dean told me I was his star. And then I could feel the softness of his lips on mine once more. And in the rare occasions in which we would find ourselves risking our lives by going over the top, he always stayed near and in front of me as much as possible. His protective manner made me feel safe, but somehow scared, scared of the possibility of losing him.

When going over the top, the air you breathe is much more refreshing than the old rank smell in the trench, which has been building up for ages. Leaving the trench made adrenaline build up, because you knew that one moment or another, you could be shot down by the enemy. I felt bare, exposed, as if I were standing there as an easy target, even with Dean in front of me. That was because if I lost Dean, I would be losing everything. Whenever we get the rare chance to spend some time alone, I just feel like the never-ending passion that has been building up inside me is being released all of a sudden. With his large hands wrapped around my small waist, he would hug me tightly (once thought he'd break my bones), embrace me and caress me. Then he'd shyly put his lips on mine. It just felt like there was a small spark going through my body as soon as his warm lips gently touched my skin. At first it was a gentle peck, but they'd slowly develop into passionate kisses in which we both felt that urge and need, that love, that attraction. I'd run my hands through his silky hair, along the back of his neck and his chest. The goose bumps on my skin just gave out that I really wanted him. I will never, not in a million years, get tired of those full, red lips.

Of course, I have wondered if he had someone waiting for him to go back home, a woman, a lover. That seemed possible considering Dean, his physical appearance, that one slightly chipped front tooth, the few cute freckles on his nose, and those adorable dimples that formed every time he smiled. Also, such a nice personality, such a gentleman, and that bit of shyness which just made me feel he was like an overgrown child. It all contradicts itself when he protects me, showing a strong character, his love and caring attitude. I feel insecure from time to time, but as soon as he smiles at me, hugs me or kisses me, all worries vanish. And all thoughts become one: Dean. Dean. Dean.

Autumn 1916

In order to stop me from getting into a tank, Dean volunteered to drive one. This way, he said, chances of me getting chosen to drive one by force would be reduced. I had heard they were horrible, even in winter the heat would practically roast anyone, you could still get shot and you'd be thrown around in it if there were any bumps on the road. And it was more likely you'd die, since tanks preceded the infantry. I tried convincing him to let me drive a tank instead. I felt it was time for me to do something to show my gratitude. I didn't want to be a constant burden on him. He always tried his best to protect me and found a way to keep me as far away as possible from front-line trenches. Of course, it was sometimes inevitable, like on occasions like this. He would always ask me why I had joined up, but that he was happy to have met me. I once explained my mother's situation and my brother and father's story. For the other times, once he knew the true reason, I told him that all of this happened just so I could meet him, that it was fate. It certainly sounded corny and cheesy, but it still felt good to hear this kind of thing when you were so lonely and thinking you were going to be dying soon.

After the artillery barrage, tanks were put into action. I followed the one Dean was in as they told us to go over. These machines are seriously slow. I tried not to fall into the

craters, get caught on the barbed wire or stuck in the mud and not to trip. After what felt like eternity we were able to get control of a small part of the enemy trench. It felt like there was an ominous silence surrounding us. I tried calling out for Dean but then I remembered he was in the tank. The silence was broken as soon as the enemy started the counter-attack, which unfortunately, was incredibly successful. The noise from the guns was so loud I thought my eardrums would burst. We just about started the retreat when I heard nothing. And for just a few seconds, the only thing I heard was a bullet cutting through the air with a clean 'whoosh' and sinking into a thin sheet of metal, into Dean's tank.

After that, in the midst of confusion, I somehow was back in our trench. I stood there, petrified. My extremities felt numb with pain. Of the countless deaths of soldiers in our failed attack, Dean was the only one that had such a great impact on me. I just couldn't accept or assimilate the fact that I'd never see him again. I wouldn't look into those magnetic beautiful emerald green eyes. I wouldn't kiss the tip of his nose. I wouldn't kiss him. I wouldn't feel him. I wouldn't hug him. I wouldn't be able to touch him. I wouldn't be able to see him smile. I wouldn't be able to see how he scratched the back of his neck when he was embarrassed. I wouldn't be able to hear his soft, deep voice. I wouldn't be able to tell him I loved him. I wouldn't be able to hear him say 'I love you'. I wouldn't be able to thank him. I wouldn't be able to apologize. We had parted ways so soon. And the last conversation we had had was more like a fight. He wanted to protect me, but I stubbornly refused him because I wanted to help him too, I wanted to go into a tank. He put his life in danger, he died. He died because of me. I always thought he was strong enough to survive anything. Maybe I caused his death, maybe this was my entire fault. Maybe I shouldn't have joined the war. Maybe I shouldn't have let him protect me. He had always worried about me, comforted me and made my life make sense. I touched my lips, my cheeks, my body, everywhere he had touched. The pain made me unable to cry but at the same time, made me do so. The first tear slowly slid down my cheek, taking its time. And after that one first drop, everything looked blurry as I silently cried furiously. I would have screamed, but the numbness I felt, the pain that squeezed my heart made me unable to utter a single sound. Dean told me crying was good if you wanted to feel relieved. It didn't work, maybe I felt better for a second, but then the pain kept on increasing. All I felt was pain, pain and more pain. I wondered how many times I had soaked his uniform with my tears, how he had kissed me and held onto me like a big teddy bear. And suddenly, I felt a sharp pain in my shoulder, it was at least real, and it actually felt relieving. It made me concentrate more on this undeniable injury caused by a bullet instead of the one that saddened and killed my soul. I had been shot. Dean, he had died in the heat of the tank, with a bullet ricocheting off the walls and finally sinking into his flesh. Maybe it had been a few shots, who knew, the shock I was in didn't allow me to think clearly at the moment, it didn't allow me to remember.

Life is pointless without Dean. I climbed over the top, this time without fear of death. I stood there waiting to be killed. I would tell Dean I loved him as soon as I saw him on the other side, and tell him I'm sorry. Tears fell, but I managed to smile. I'd see Dean soon, or I hope so at least. My ears ignored the protests, the sound of bullets

and machine guns, aimed solely at me. A few bullets started sinking into me, and just as I was being killed, the pain woke me up, made me realize that I had done the wrong thing again. How would I face Dean? He hadn't protected me all this time so that I could kill myself. He wanted me to be alive. I felt his sadness wash over me. I just... felt it. Maybe he had maintained me alive so I could be with him. No, Dean wanted me to be happy... But... such a perfect man, had he actually been figment of my imagination? Delusional comfort for my loneliness...? And then... black. What a horrible last thought to have before dying.

Author

Claudia Liang Peng

Finalistas - Lengua Castellana

Título	Autor/a	Pag
Escuela		
Vidas anónimas		
Pràctiques 1 España	Clara Rivadulla Duró	13
El pastillero de mi hermano		
Roig Tesalia España	Aina Casal Pelegrí	16
Preparando tortilla		
St. Paul's School España	Pol Gabaldon Salvador	19
La intervención		
Almedia España	Santiago Garcia San Vicente	20
Pasos		
Elians British School España	Julia Mª Morán Mateos	22
A la mar fui por naranjas		
Luis Vives México	María Gisela Salafrañca Mendoza	25
Mi abuelo Manolo		
Antonio Machado España	Irene Reyes Nogueral	28
Nunca digas nunca jamás		
Roig Tesalia España	Martí Casal Pelegrí	31
El rompecabezas del tiempo		
Santa Eulalia Escolapias España	Elisa María Álvarez Díaz	35
Lo siento papá		
Oak House España	Ronald Küppers Johansson	38
Cambio de padres		
St. Paul's School España	Enric Mir González	43
Yo, hija del mar		
Montclar España	Montse Vila-Masana Vall	48
Le fumeur		
Súnion España	Lotta Fábregues Kässler	52
El lugar más bonito		
St. Paul's School España	Marina del Estal Boltas	57
La carta		
Trilce Perú	Giancarlo De la cruz Huanay	60

Finalistes - Llengua Catalana

Títol Escola	Autor/a	Pàg
Els meus estats d'ànim St. Paul's School Espanya	Andrea Lafuente Faucón	63
Epitafi silvestre Roig Tesalia Espanya	Aina Casal Pelegrí	66
La planta St. Paul's School Espanya	Vicky Corpas Marco	67
La felicitat La Salle Comtal Espanya	Irene Roca Sivera	68
La marató St. Paul's School Espanya	Marc Busto Aubert	69
Setanta anys de diferència CEIP Mossèn Jacint Verdaguer Espanya	Iñaki Gonzalez Ballell	71
Castanyes bordes Roig Tesalia Espanya	Martí Casal Pelegrí	77
La Caputxeta, la bruixa i els set caçadors Mestral Espanya	Jordi Casanellas Casanovas	80
Khalid Jardí Espanya	Clara Sarrià Moreno	83
Una porta entreoberta Institut Obert de Catalunya Espanya	Valèria Sorolla Puig	86
Fusta de cirerer IES Antoni de Martí i Franquès Espanya	Irene Martí Gil	89
El meu últim treball St. Paul's School Espanya	Albert Lázaro Pascual	92
Injustícia St. Paul's School Espanya	Albert Arnal Bauxell	94
Una ajuda immillorable St. Paul's School Espanya	Pablo Oliver Labarta	96
Absenta St. Paul's School Espanya	Georgina López García	97

Short - Listed Stories - English Language

Title School	Author	Page
The Lost Sisterhood Ardvreck School Scotland	Anna Lithgow	101
A Strange Friendship C.P. Perú Spain	M ^a Angeles Ortega Cuesta	103
My Story Nguyen Du Vietnam	Minh Anh Quach Nguyen	104
Unconscious Ardvreck School Scotland	Cleodie Schneider	105
A Backwards Story St. Paul's School Spain	Maria Altarriba Codinach	106
Mirror, Mirror South Wilts Grammar School for Girls England	Lara May Shavren	107
Bus Number 94 Montclar Spain	Clara Fernández Peláez	109
The Everlasting Amber Game Helen Hansen Elementary School USA	Katia Haugstad	111
The Symbol St. Paul's School Spain	Inés Bartolomé Arenas	116
The Cast Of Life Lahore Grammar School Pakistan	Meraal Mamoon Hakeem	118
The Kill Lady Elisabeth School Spain	Samantha Kathryn Rawle	122
The Road Misr Language School Egypt	Sarah Amr Muhammad Mukhtar ElShazly	123
2135 AD Elians British School Spain	Alexia Keller	125
Am I The Beast? St. Paul's School Spain	M. del Mar Sastre Huete	129
I Will Die Just For You St. Paul's School Spain	Claudia Liang Peng	132

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 1 | Almedia
<i>Callosa d'en Sarrià</i> España | 20 | Elians British School
<i>Alicante</i> España |
| 2 | American School of Madrid
<i>Madrid</i> España | 21 | Escola Pia de Nostra Senyora
<i>Barcelona</i> España |
| 3 | Antim I
<i>Sofia</i> Bulgaria | 22 | Fifth Grammar School of Belgrade
<i>Belgrade</i> Serbia |
| 4 | Antoni de Martí i Franqués
<i>Tarragona</i> España | 23 | Centro de Estudios Freta
<i>Calella</i> España |
| 5 | Antonio Machado
<i>Sevilla</i> España | 24 | Heidelberg
<i>Las Palamas</i> España |
| 6 | Ardvreck School
<i>Perthshire - Scotland</i> Scotland | 25 | Helen Hansen Elementary School
<i>Iowa</i> USA |
| 7 | Azahar
<i>Sevilla</i> España | 26 | I.E.S. Laguna de Joatzel
<i>Getafe</i> España |
| 8 | Bellber International School
<i>Mallorca- Palma</i> España | 27 | IES Alba del Vallès
<i>San Fost de Campsentelles</i> España |
| 9 | C.P. Gabriel Garcia Marquez
<i>Getafe</i> España | 28 | IES Algarb
<i>St. Jordi de Ses Salines- Eivissa</i> España |
| 10 | C.P. Peru
<i>Madrid</i> España | 29 | IES Anna Gironella de Mundet
<i>Barcelona</i> España |
| 11 | Ceip Mas Clarà
<i>La Bisbal de l'Empordà</i> España | 30 | IES Arnau Cadell
<i>Sant Cugat del Vallès</i> España |
| 12 | Ceip Mossèn Jacint Verdaguer
<i>Sant Sadurní d'Anoia</i> España | 31 | IES Arxiduc Lluís Salvador
<i>Palma</i> España |
| 13 | Ceip Sentfores - ZER La Plana
<i>Vic</i> España | 32 | IES Bruguers
<i>Gavà</i> España |
| 14 | C. Educativo Agora Masia Bach s.l.
<i>San Esteve de Sesrovires</i> España | 33 | IES de Castellbisbal
<i>Castellbisbal</i> España |
| 15 | Claret
<i>Barcelona</i> España | 34 | IES Guillem de Berguedà
<i>Berga</i> España |
| 16 | CPEPS Ntra. Sra. de Begoña IBHIP
<i>Bilbao</i> España | 35 | IES Jaume Callís
<i>Vic</i> España |
| 17 | Cristo Rey
<i>Cajamarca</i> Perú | 36 | IES Jaume Salvador i Pedrol
<i>Sant Joan d'Espí</i> España |
| 18 | Edelmira del Pando
<i>Perú</i> Perú | 37 | IES Joan Puig i Ferrer
<i>La Selva del Camp</i> España |
| 19 | El Carme
<i>Mollerussa</i> España | 38 | IES Josep Serrat i Bonastre
<i>Barcelona</i> España |

- 39 IES Sandoval y Rojas
Aranda de Duero España
- 40 IES Vila de Gràcia
Barcelona España
- 41 Institut Obert de Catalunya
Barcelona España
- 42 International School of Madrid
Madrid España
- 43 IOC
Barcelona España
- 44 IPSI
Barcelona España
- 45 Jardí
Granollers España
- 46 Jesús, Maria i Josep
Barcelona España
- 47 Joan XXIII
Hospitalet de Llobregat España
- 48 La Salle Comtal
Barcelona España
- 49 Lady Elisabeth School
LLiber España
- 50 Lahore Grammar School
Lahore Pakistan
- 51 Lestonnac
Calella España
- 52 Libertador de América "Simón Bolívar"
Campeche México
- 53 Llanes
Sevilla España
- 54 Luis Vives
México México
- 55 The International School of Lusaka
Lusaka Zambia
- 56 Manuel Solá
Buenos Aires Argentina
- 57 Mare Nostrum
Tarragona España
- 58 Mestral
Sant Feliu del Llobregat España
- 59 Miguel de Molinos
Zaragoza España
- 60 Misr Language School
Cairo Egipt
- 61 Modern Academy Inter College
Lucknow India
- 62 Montclar
Jorba España
- 63 Mossèn Alcover
Manacor España
- 64 Mulhacén
Granada España
- 65 Nacional Buenos Aires
Buenos Aires Argentina
- 66 Nguyen du
Vietnam Vietnam
- 67 Nuestra Señora de la Consolación
Vila-real España
- 68 Oak House
Barcelona España
- 69 Oak Meadow High School
Brattleboro USA
- 70 Colegio Preparatorio de Orizaba
Orizaba-Veracruz México
- 71 Pare Manyanet
Barcelona España
- 72 Plaza de la Cruz
Pamplona-Iruña España
- 73 Politecnico
Sória España
- 74 Pompeu Fabra Martorell
Martorell España
- 75 Ramon Llull
Mallorca España
- 76 Reial Monestir de Santa Isabel
Barcelona España
- 77 Roig Tesalia
Barcelona España
- 78 Salesià de Sant Josep
Barcelona España
- 79 San Agustín
Alacant España
- 80 San Bartolomé
Godella España
- 81 San Francis
Sao Paulo Brazil
- 82 San Martín de Tours
Caba Argentina
- 83 San Pedro
Gavà España
- 84 Sant Josep
Sant Hilari Sacalm España
- 85 Santa Eulàlia -Escolapias-
Mérida España
- 86 Santo Angel
Palencia España
- 87 Sead
Cuautla, Morelos México
- 88 IES Secretari Coloma
Barcelona España
- 89 Sevilla, Instituto
Lima Perú
- 90 Sierra de San Quílez
Binefar España
- 91 St. Paul's School
Barcelona España
- 92 Súnion
Barcelona España
- 93 Thau
Barcelona España
- 94 The Mama Parsi High School
Karachi Pakistan
- 95 Trilce
Lima Perú
- 96 Valldemia
Mataró España
- 97 Xarxa
Berga España
- 98 Zs Velkomoravska
Slovakia Slovakia



s encantats i princeses bellíssimes preses en torres
legendes de guerrers que s'enfronten a dracs poders
apids com la tramuntana i espases que ho poder
històries absurdes que distreuen la canalla abans
eu, també hi ha qui les considera una pèrdua de
quest serà un relat seriós i formal, doncs està ben
ria absurda per llegir després de fer el got de llet
totes:

llunyà, hi havia un regne enfrontat amb el seu veí
gu no el recordava pas, ja que feia ben be vint anys
s sortien de palau amb cent soldats, i es trobaven
els soldats, com a treballadors formals i puntuals,
campana que marcava l'hora de dinar, els soldats
llana, menjant entrepans de cansalada i formatge,
i jugant a cartes. Mentrestant, els reis decidien
talla a pedra, paper, tisores, ja que de cap altra
açà que els soldats s'havien unit en un sindicat per
rrir en Combat Exceptuant els Casos Accidentals,
els reis i els soldats se'n tornaven a casa, cadascu
uns i estalvis carregaven amb la meitat dels ferits,
saven de nit, i es despertaven eixerits i a punt per

ls dos regnes es van cansar de pagar cent sous
i van enginyar un pla per posar fi a la guerra sense
mar res de res. Van decidir unir en matrimoni el
e pas resoldre el dilema de la successió reial. Així
ben emboladors i guarnits es van presentar a la

moment que era una bona multitud
seu **met Yehuyina** stir a una boda reial
hi havia, a primera fila, l'ambaixador
ngut per **corissia**
que portava la Princesa. En arribar, en
setla es va **hoyé de** retirar cinc minuts
ella, **senzibant** ni perquè ningú podia

... Augustus was
... with blood
... and Marcus
... They stopped off
... they went to
... They are their
...
... "Go straight
... they both layed the
... was so refreshing.
... plashed about, they
... old boys than the

... when they heard a
... ink it came from up
... the Gods are angry!"

"I guess I have some you can borrow," Lydia said. She handed me a small elf suit in her size. When Lydia came back, she had six elf suits in her bag. "They are way too big for me," she said. I smiled gratefully. "How many more do you need to make?" Santa said. Lydia blushed. "I need one more. Violet. It was a pleasure meeting you!" she waved, and she sat on the chair closest to Santa.

"Do you want your breakfast?" asked Mrs. Claus. I nodded and went to the kitchen.

Months went by. By then, I had settled into a daily routine. I had breakfast and milk breakfast with Santa and Mrs. Claus, and then I went to work with Lydia. We spent about two hours preparing for the next day's work, which consisted of making gifts, cookies, and chocolates. After lunch, we would play in the snow in the reindeer barn. At four sharp, I would head to the reindeer barn to check on the personal liking for Comet, but the other reindeer were just there for fun. I had some free time, we would go sledding or ice skating. I would be with the other elves. The dinners were constantly changed, so I really didn't have a personal liking for Kate or the others. One day at breakfast, I asked Santa why I was going to leave.

"I'm here because I saw what a hard time you were having at that place. I cared for you the way you deserved to be cared for."

"What about going back?" I asked.

"No," he said. I fiercely argued. "I don't want to go back." He replied. Just at that very moment, I didn't startle me as much as I thought I would. "Or you can stay here."



ST. PAUL'S SCHOOL

Avda. Pearson 39-45. 08034 Barcelona

Tel. 93 203 05 00 e-mail: secretaria@stpaul.es www.stpauls.es

La marmita era una bruja. Era famosa por sus encantamientos. La bruja, que siempre que se preciosa se llamaba Maruja, tenía un gran poder y podía convertir las cosas en lo que quisiera. Así que la madre le contó lo que ocurría con las niñas y decidieron que lo mejor sería darles una lección. La bruja se sentó delante de la marmita pestilente donde hervía un mejunje verdoso y dijo unas extrañas palabras. Entonces de la marmita salieron unas burbujas enormes y dentro de ellas aparecieron las figuras de las dos niñas. Terminado este ritual, la bruja le dijo a su madre que se fuera a casa que todo estaba en marcha.

La madre llegó, estaba sucediendo lo mismo de siempre, sus hijas se estaban quedando calvas. La madre pensó que se quedarían calvas y para eso se fue a casa. Esa fue la que ocurrió. Se quedaron con el pelo en la mano y la cabeza se les caía. Eso empezaron a gritar y a insultarse de tal modo que los dientes salieron